



CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

**HOMBRES DE LA NACIÓN.
MASCULINIDAD Y MODERNIDAD EN TRES NOVELAS DEL MÉXICO
INDEPENDIENTE, 1857-1869.**

Tesis que presenta

Martín Humberto González Romero

Para obtener el título de

Maestro en Estudios de Género

Directora

Dra. Erika Pani

Lectores

Dra. Gabriela Cano

Dr. Rafael Olea Franco

México, D. F. 2014.

A Guadalupe González, mi padre.

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación es el producto de una curiosidad personal e intelectual cuyo desarrollo no hubiera sido posible sin los valiosos apoyos que he recibido en el transcurso de mi estancia en El Colegio de México. Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología CONACYT por el financiamiento brindado durante mi Maestría en Estudios de Género, así como a El Colegio de México por darme la oportunidad de formar parte de la institución, en un ambiente de excelencia académica y avidez de conocimiento. Particularmente, agradezco al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer y al Centro de Estudios Sociológicos por haber visto potencial en mí y en mi proyecto de investigación. Les debo el logro de profundos sueños y aspiraciones personales.

Agradezco a Erika Pani, mi directora de tesis, por la infinita paciencia, la calidez de su trato y, sobre todo, por la genialidad y el compromiso con que dirigió este esfuerzo de investigación. Gracias por interesarse en mis ideas, por compartir su experiencia y conocimiento y por permitirme trabajar de cerca con usted. Los fascinantes diálogos con que condujo mis reflexiones desorganizadas me han absorbido y guiado en una disciplina y un terreno de investigación antes completamente desconocidos para mí.

Agradezco también a Gabriela Cano por la generosidad de su trato durante mi estancia en El Colegio de México, por sus atenciones como coordinadora de la Maestría en Estudios de Género y por sus valiosos comentarios y contribuciones como lectora de esta tesis. Como profesora, su agudeza y profundo conocimiento han sido trascendentales para mi crecimiento académico y, con suerte, le han brindado a esta investigación la proporción adecuada de claridad y complejidad.

A Rafael Olea Franco agradezco su interés en este proyecto y la minuciosidad de sus lecturas y aportaciones. Gracias por los valiosos comentarios y por las fascinantes recomendaciones literarias que han aportado mucho a esta investigación y a mi interés general por la literatura mexicana del siglo XIX.

A mis profesoras Karine Tinat, Lucía Melgar, Camelia Romero, Ana María Tepichín, María Jesús Pérez, Soledad González y Cristina Herrera agradezco por compartir su conocimiento y experiencia en el aula y por mostrar interés en mi investigación. Gracias

a mis compañeros de maestría Sebastián, Eva, Ana, Hilda, Cecilia, Lourdes, Caroline, Salomón, Fidel y Luis Guillermo por los sugerentes diálogos y discusiones que, dentro y fuera del salón de clases, completaron esta experiencia académica y dieron amplio material para la reflexión.

Agradezco a Alfredo Narváez su interés en mi investigación, su apoyo, sus recomendaciones bibliográficas y las conversaciones que ayudaron a darle forma a este proyecto. Asimismo, agradezco a Alfonso Miranda y al Museo Soumaya-Fundación Carlos Slim por abrirme sus puertas para seguir haciendo preguntas de investigación. Particularmente, gracias a Eva Ayala por recibirme en el Museo Soumaya Plaza Carso y compartirme su experiencia como curadora y su conocimiento sobre moda y cultura material del siglo XIX.

A la profesora Clara E. Lida agradezco haberme recibido como oyente (leyente y discutiente) en su curso sobre historia social y cultural europea del siglo XIX. Gracias por la cordialidad de su trato y por compartir conmigo lecturas, reflexiones y su vasta experiencia. Agradezco también a Luis de Pablo por los detallados apuntes y comentarios a esta versión final. Gracias por las largas conversaciones sobre nuestros intereses de investigación en común y también por las de nuestros intereses menos serios.

Gracias a mi profesora Anne Fouquet por creer en mí y ayudarme a iniciar este proyecto. Gracias también a mi profesora Blanca López que con una sencilla pregunta abrió un mundo de interrogantes que aquí no se terminan de resolver. Gracias a Bertha Bermúdez por motivarme a tomar la decisión que aquí se materializa. Gracias a Hilda, Iván, Ana Verónica, Adrián, Angélica, Abelardo, Mauricio, Issa, Gian, Claudia, Ariana, Gustavo, Karen y a todos mis colegas por formar una red de amistad y apoyo desperdigada por el mundo. Gracias a Pedro por recibirme en esta ciudad desconocida y acogerme como a un hermano.

Finalmente, agradezco profundamente el apoyo de mi madre Marivel y mi padre Guadalupe, de mis hermanas Gabriela y Ruby, así como del resto de mi familia, que con afecto y comprensión han apoyado siempre mis decisiones personales y profesionales. Gracias por darme la confianza para seguir trabajando por lo que más amo: la libertad de hacer preguntas. Ustedes lo saben bien.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, 5.

Gobierno, política y conformación de valores culturales, 15.

Masculinidad y modernidad, 18.

Literatura y representación en el estudio de las realidades sociales, 20.

1. MASCULINIDAD MODERNA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA EN MÉXICO: IGLESIA, FAMILIA Y NACIÓN, 25.

Las publicaciones impresas y la esfera pública moderna en México, 31.

Visiones encontradas de modernidad. Dificultades políticas y económicas, 35.

El matrimonio civil. La familia y la esfera privada en el Estado moderno, 37.

Las efemérides patrias. Héroes nacionales e identidad, 39.

2. TRABAJO, GASTO Y PATRIMONIO: EL HÉROE DE NOVELA Y LA ECONOMÍA, 42.

Literatura y cambio social. La trama económica en tres novelas del México independiente, 45.

Un patrimonio propio. Trabajos dignos del vigor masculino, 53.

Rancias preocupaciones. El amor al lujo y la forma de gastar, 62.

3. “ENTERNECERME ES UNA DEBILIDAD INDIGNA DE MI SEXO”. CRISIS Y REPRESENTACIÓN DE LAS EMOCIONES MASCULINAS, 66.

Transformación de los sentimientos y emociones en la conformación de la esfera pública, 74.

Sinceridad y sentimientos: cortejo, seducción y matrimonio, 85.

4. LA IMAGEN DEL HOMBRE. MODAS, OBJETOS Y PRESENTACIÓN PERSONAL, 91.

Los excesos de la libertad: el desparpajo y el afeminamiento, 98.

Feo, fuerte y formal: la estética masculina moderna, 107.

CONCLUSIONES, 112.

BIBLIOGRAFÍA, 117.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es un hombre y qué define la masculinidad? Cuando en 1949 Simone de Beauvoir escribió en *El Segundo Sexo*, la famosa sentencia “no se nace mujer: se llega a serlo” instauró un aforismo que en gran medida da sentido al desarrollo de los estudios de género como un área de interés académico cada vez más consolidada. En su momento, Beauvoir estaba interesada en dejar claro que los atributos considerados femeninos no forman parte de una naturaleza esencial al sexo. La construcción de la identidad en torno al sexo, individual y colectiva, está mediada por la invención humana. Además del carácter emancipador para las mujeres que tuvo esta idea, significó destapar un potencial de análisis y producción de conocimiento que implicó distintos acercamientos a la comprensión de los mecanismos sociales y culturales que dan sentido a todo aquello que se erige por encima del sexo para darle un contenido particular: qué significa ser mujer más allá de la diferencia sexual misma. Estos ejercicios de investigación no se han restringido al terreno de la definición misma de dicho significado. La complejidad de las realidades ha permitido demostrar procesos de resistencia y negociación ante esta definición social y cultural del sexo.

En el caso de la investigación histórica, la búsqueda ha derivado en el reconocimiento de los cambios y las permanencias de los significados y las dinámicas en torno a la diferencia sexual, así como en el estudio de las fuerzas que se involucran en los debates públicos y en las prácticas cotidianas que inciden en su definición. Es esa la conclusión a la que llega Joan W. Scott en uno de los textos germinales que puso en relación el género y la historia. El ejercicio de una historia de género guarda la ineludible premisa básica de que “mujer” y “hombre” son categorías vacías y, al mismo tiempo, a punto de desbordar. Son vacías porque no hay nada esencial ni permanente en su significado y están a punto de desbordar porque, aunque pretenden ser fijas, están llenas de contradicciones internas (Scott, 2008a: 73-74). El desarrollo de ejercicios de investigación histórica que se dedican a estudiar las fluctuaciones y las tensiones en la definición y el sentido de “mujer” y “hombre”, así como de “masculino” y “femenino”, tienen una importancia que trasciende la comprensión de la realidad particular de un momento en la

historia. Al comprobar y comprender la naturaleza fluida y la dimensión social y cultural de lo que definimos como masculino y femenino se abren espacios de discusión para arreglos más inclusivos. Cuando hemos comprendido que no hay algo inherente ni fijo que defina conceptos como “hombre” y “mujer”, ¿qué hay de inapropiado en la reivindicación de formas de definir y vivir el género que se perciban como diferentes o innovadoras?¹

El terreno de estudio de las transformaciones de significado y las dinámicas sociales en torno a ser hombre y lo masculino se enfrenta a una problemática particular con la historiografía tradicional. En su búsqueda por dar sentido a una nueva lógica de investigación en el campo de la historia, quienes han promovido una historia de las mujeres han denunciado el sesgo androcéntrico de la historiografía tradicional y criticado la forma en que ésta ha segmentado el tiempo histórico de acuerdo a un paradigma político y económico, ocultando cómo se ven afectadas las realidades concretas de las mujeres. Las visiones dominantes de la historia han privilegiado una lectura que se centra en los espacios de poder masculino y generalizan sus conclusiones, como si la historia política y la económica fueran las únicas, más relevantes o más neutrales formas de dar sentido al pasado. Otras tradiciones, como las de la historia social, de la vida cotidiana y de las mentalidades, han contribuido a desestabilizar esta noción de la historiografía, invitando a pensar en nuevas dimensiones para entender el pasado que permitan iluminar aspectos antes ignorados, en un diálogo constante con los intereses del presente. Las complejas discusiones y ejercicios de investigación en este sentido han promovido también la creatividad interdisciplinaria en la construcción de conocimiento.

Y aunque las portavoces de una historia de las mujeres han hecho una gran

¹ Esta postura que, aunque política, se deriva de una premisa teórica, obliga también a realizar un ejercicio de reflexividad en la investigación. Aquí la comprensión del propio trabajo académico no se limita a la construcción de conocimiento para contribuir a la identificación de las transformaciones en los discursos y las prácticas sociales y culturales que significan, y por lo tanto, limitan los cuerpos sexuados. La idea de que es posible lograr un conocimiento complejo y sistematizado de estos procesos de significación históricos no sólo revela un carácter construido de los sexos que contribuye en cierta medida a liberarlos de dichas construcciones, sino que es también el producto de un proceso histórico y transformador de elaboración discursiva en torno al género. El concepto de libertad en la construcción de identidades sexogenéricas y la aceptación de las mismas forma parte de un proceso cuyos debates pueden también ser objeto de investigación. En todo caso, habría que preguntarse si es posible abogar por una total libertad en la construcción de las identidades, cuáles son los límites de ésta y si no está mediada siempre por la cultura y la interacción social. Esta discusión de carácter teórico y filosófico ya forma parte de los debates actuales de una visión performativa del género (Soley-Beltrán y Preciado, 2010; Butler, 1997).

contribución señalando el sesgo androcéntrico de una historia que pretende ser general, la discusión ha debido dar un salto trascendental. El ejercicio de la historia de las mujeres ha dejado patente el carácter relacional del género. El análisis de las continuidades y las transformaciones de distintas dimensiones de las vidas de las mujeres se ha nutrido del diálogo constante entre su especificidad como mujeres, sus diferencias, sus espacios y sus relaciones entre ellas, así como sus relaciones de poder y negociación con los hombres. Este giro, que ha significado virar la atención desde la construcción de una narrativa histórica en que las mujeres formen parte o sean el centro del relato, al estudio sistemático de las definiciones de lo femenino y la forma compleja en que se involucran con sus vidas concretas, los ejercicios y las luchas de poder en éstas, ha sido abordado desde perspectivas teóricas (Scott, 2008b), así como desde el seguimiento histórico de la trayectoria del concepto “género” en términos académicos (Meyerowitz, 2008).

En contraste, la aparente neutralidad de una ortodoxa historia política y económica, a pesar de que centra su atención en espacios y dinámicas eminentemente masculinas y que afectan las vidas concretas de los hombres, no sólo ha ocultado su sesgo androcéntrico, sino que ha contribuido a la ilusión de que los hombres y lo masculino han tenido sólo un significado fijo a lo largo de la historia. Aunque la tradicional historia política y económica ha centrado su atención en la transformación de las vidas de los hombres, no se ha preocupado por el significado y contenido de ser hombre y de lo masculino, ni se ha preguntado cómo todos esos eventos coyunturales que transforman sus vidas concretas han hecho cambiar el contenido de esa definición a lo largo de la historia. En ese sentido, se requieren mayores ejercicios de investigación que, más allá de contar una narrativa histórica desde los hombres, se pregunten por sus realidades concretas en cuanto hombres y por la forma en que se han transformado las relaciones entre sus pares y con las mujeres. Además, impera la necesidad de preguntarse por el papel de los imaginarios y los ejercicios de representación cultural en dichas transformaciones.

En la historia nacional mexicana, la continuidad de una retórica que pone de manifiesto la particularidad de una masculinidad exacerbada invita a preguntarse por los trayectos, las tensiones y las luchas por la definición del poder y la medida en la que la búsqueda por la invención de un ciudadano mexicano ha cambiado consigo la construcción

misma del ser hombre y de la masculinidad en México. En este caso, cabría repensar la forma en que la constitución moderna del Estado mexicano ha significado un punto de inflexión particular que ha modificado la forma de entender lo masculino y las características apropiadas y deseables para los hombres. La idea del surgimiento de una nación moderna, en un debate público que, tras las pugnas por la independencia nacional puso sobre la mesa un pensamiento liberal mexicano, podría también nutrirse del análisis de los cambios profundos que generó en la organización social, que incluye una dimensión de género.

Es necesario, sin embargo, negar una visión teleológica de la historia que comprende los eventos coyunturales como escisiones contundentes con el pasado y atribuye a éstos un carácter de ruptura. Si bien es inexacto e ilusorio pretender que un evento como el de la independencia nacional signifique un cambio inmediato en la organización de las relaciones sociales, sí se puede entender como un catalizador de discursos que contribuyeron a buscar nuevas formas de imaginar la nación y el papel del individuo en ésta. Es decir, se comenzaron a buscar nuevas formas de comprender la organización social que dieron paso a la constitución, aunque acaso imaginaria, de la ciudadanía moderna. Es en medio de este intercambio de ideas que se pueden estudiar las transformaciones del significado de ser hombre y de lo masculino para la nueva nación independiente. Si los espacios de la política y la organización económica se entienden como tradicionalmente masculinos en el orden social, entonces una transformación en sus formas más básicas de concebirlo, como lo significaron las disputas políticas por la definición de la nación mexicana, debieron también involucrar un cambio sustancial en el significado de lo masculino y de los roles sociales básicos atribuidos a los hombres.

Como no se puede esperar que la sola transformación declarada de la realidad nacional involucre un cambio contundente en las conciencias, el ejercicio de investigación de estos cambios debe entenderse con una lógica de larga duración. En su análisis de la figura de los españoles y lo español en los debates públicos nacionales de las primeras décadas de vida independiente, Tomás Pérez Vejo (2008) concibe la independencia de México como un conflicto bélico civil largo, que no acabó sino hasta el fusilamiento de Maximiliano en 1867, el fin del Segundo Imperio y la victoria definitiva del proyecto

liberal. Así también, este ensayo parte de la premisa de que los años posteriores a la independencia significaron una profusión de ideas y discursos en que se discutió el destino de la nación y el sentido de la identidad nacional, modificando acaso lo que se comprendía apropiado para los hombres. Si las vidas concretas de los habitantes del nuevo territorio mexicano no cambiaron de un día para otro, sí lo hicieron las condiciones que permitieron discutir el sentido de la nueva situación. Desparecidos los controles coloniales sobre la imprenta, proliferaron nuevas publicaciones, diarios informativos y semanarios culturales que consolidaron nuevos públicos lectores entre las clases letradas mexicanas (Suárez de la Torre, 2005). Estos fueron medios de circulación que permitieron desarrollar un espacio público de discusión ante la nueva realidad política. Aunque se puede argumentar que la nueva visión liberal y republicana puesta sobre la mesa de discusión —que implicó la desaparición del orden virreinal y de los privilegios de raza y estamento— no tuvo un impacto efectivo en las vidas concretas de los nuevos mexicanos, quienes aún conservaban privilegios debieron imaginar nuevas formas de justificarlo. Si el abolengo y la familia ya no definían el poder de un hombre frente al orden social, ¿cuáles serían las nuevas directrices que regirían las normas de su sexo?

La incipiente literatura nacional que se empezó a difundir en este nuevo panorama de derechos civiles y políticos, que acrecentó las libertades editoriales y de imprenta, comenzó a dejar patente la búsqueda constante de un sentido de identidad nacional. La historiografía de la literatura nacional se ha encargado de etiquetar a estas obras decimonónicas como la literatura fundacional mexicana. Ante la nueva circulación de obras y de ideas, las primeras novelas mexicanas fueron muestra de un eclecticismo que recuperó mucho de las tradiciones literarias europeas. Divididos entre la consigna neoclásica del aprendizaje moral lúdico, una estética romántica que permitió dar cauce a los sentimientos nacionalistas —los actos heroicos de sus defensores y la belleza de sus paisajes—, así como un realismo social que pretendía retratar las problemáticas de su tiempo, los novelistas mexicanos decimonónicos comenzaron a dar forma a sus ideales ante los debates públicos de la definición política del país. Los retratos de mujeres y hombres ejemplares darían forma a modelos de hombre y mujer acordes a los ideales políticos de conformación nacional de algunos de los escritores de las clases letradas nacionales. En conjunto con un

periodismo que, más que informativo, fue un periodismo de opinión en el centro de los debates por la conformación política nacional, la trayectoria y contribución de muchos de estos escritores constituyeron un espacio en que se gestaron imaginarios para entender la nueva realidad.

Este ensayo centra su atención en tres novelas de escritores mexicanos y busca encontrar, en sus representaciones particulares, nuevos referentes para una masculinidad ligada a los debates de la conformación política de la nación. Las obras y trayectorias de José María Roa Bárcena (1827-1908), José Tomás de Cuéllar (1830-1894) e Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) permiten explorar un espectro de posiciones políticas y sus respectivas ideas en torno a las relaciones sociales que devendrían con éstas. Roa Bárcena, hijo de una familia acomodada de Xalapa, fue un convencido conservador católico que participó de los debates y la vida pública nacional durante sus años de definición política. Destacó en la Ciudad de México por su trayectoria literaria como novelista y poeta, así como por su periodismo de opinión, codirigiendo el famoso periódico conservador *La Cruz*. Ignacio Manuel Altamirano, acaso una de las figuras más representativas de la literatura decimonónica, nació en una familia indígena y fue un rotundo defensor del liberalismo político. Participó de los conflictos bélicos de la Revolución de Ayutla (1854-1857), de la Guerra de Reforma (1857-1861) y, posteriormente, durante la intervención francesa. Altamirano tuvo una prolífica producción como escritor y periodista, tomando parte en las discusiones y los intercambios en la prensa de la época. Por su parte, José Tomás de Cuéllar tuvo una educación privilegiada. Asistió al Antiguo Colegio de San Ildefonso y estudió pintura en la Academia de San Carlos. Además formó parte del Colegio Militar de Chapultepec y participó combatiendo la intervención estadounidense de 1846-1848. Como escritor, hizo circular textos periodísticos en importantes publicaciones como *La Ilustración Mexicana*, además de poemas en el *Semanario de Señoritas*. Durante una estancia en San Luis Potosí, publicó sus primeras novelas en la *La Ilustración Potosina*, que vio nacer su proyecto literario *La Linterna Mágica*, un conjunto de novelas de realismo social. Tuvo una ulterior participación política y diplomática en el México de la República Restaurada y fue un liberal cuyas opiniones revelan un sentido crítico de su época.

Las distintas posiciones políticas, culturales y sociales de estos personajes nos permiten explorar su obra y establecer algunos contrapuntos en la circulación de representaciones literarias. Más allá de la recepción limitada de los textos, para una clase letrada que apenas se consolidaba como público lector, los ejercicios de representación por sí mismos ayudan a revelar algunas claves de los conflictos culturales que se estaban disputando a la par del debate público para la consolidación del Estado moderno mexicano. Roa Bárcena (2006) publica *La Quinta Modelo*, su única novela, en 1857 por entregas en el periódico conservador *La Cruz*, en un momento en que aún se recordaban los estragos de la intervención estadounidense y en un punto germinal de los conflictos que resultarían en la Guerra de Reforma, entre las facciones liberales y conservadoras. En ella nos muestra, desde la historia de un experimento político de un acaudalado legislador liberal que decide implementar en su hacienda un pequeño Estado utópico democrático, los vicios a los que conduce la manía liberal por igualar, secularizar, repartir y privatizar. En contraste, la novela *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano (1990), publicada por primera vez por entregas en 1869 en la revista literaria *El Renacimiento*, nos presenta a dos personajes que forman parte del ejército liberal durante la guerra contra los franceses en 1863. Uno de ellos apuesto y simpático y el otro malcarado y hosco, parecieran representar la virtud y la vileza. Sin embargo, los buenos modales y las habilidades sociales del primero en realidad escondían a un traidor a la patria, mientras que el segundo era un verdadero héroe con ideas liberales y una intensa vida interior. Finalmente, en *Ensalada de Pollos*, publicada por entregas en la revista *La Ilustración Potosina* en 1869, José Tomás de Cuéllar (2007) pretende hacer una denuncia a la forma en que la idea de movilidad social que viene con el liberalismo y el republicanismismo, ha confundido a unas nuevas generaciones de jóvenes que, en vez de dedicarse a un trabajo honrado, prefieren aprovechar las oportunidades con la falsa sensación de que la imagen adecuada y las buenas relaciones les permitirán acceder a escalafones que asegurarán su bienestar.

La historia política de México tras la Independencia estuvo marcada por la inestabilidad en el gobierno y por la profusión de ideas en torno al futuro político del país. Tras los conflictos que derivaron de la intentona de Iturbide, quien se proclamó emperador, México tuvo a su primer presidente y logró consolidar su primera Constitución federal con

el Constituyente de 1824. Sin embargo, los problemas ideológicos y las dificultades para gobernar se expresaron en distintos conflictos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Así, por ejemplo, las logias de yorquinos y escoseses se disputaron el futuro de los españoles en el territorio nacional. A su vez, el interés por reconstruir las finanzas públicas y tomar control del poder político, así como la negociación con las élites locales interesadas en aprovechar las libertades del esquema federal, provocaron una disputa entre federalismo y centralismo. Cada una de las propuestas de gobierno, aunque apelaba a las necesidades prácticas de su ejercicio, estaba también en función de formas encontradas de concebir a la nación (Pérez Vejo, 2008).

Mientras el federalismo llamaba al ejercicio de las libertades regionales en la forma de administrar el poder nacional, el centralismo, aunque republicano, buscaba un modo de gobierno desde el centro que algunas veces se asoció con un antiguo poder absoluto. El intento de reconquista en 1829 por un lado, y la independencia de Texas, así como la efímera de Yucatán en la década de 1830, por el otro, se pueden entender como consecuencias opuestas de un conflicto que enfrentaba dos formas distintas de gobierno. El centralismo amenazaba porque hacía pensar en absolutismo y en el retorno a un régimen monárquico e incluso colonial, mientras que el federalismo preocupaba por el descontrol y la pérdida de territorio. Estas disputas dominaron la década de 1840, con el fracaso del Constituyente de 1842 y la centralidad de la figura de Santa Anna en sus múltiples administraciones. Las descontroladas gestiones internas no permitieron darle seguimiento a una política exterior y, para el año de 1846, México se enfrentó a una guerra con los Estados Unidos, que devino en una invasión y la cesión de gran parte del territorio nacional.

La juventud de los autores cuyas novelas aquí se estudian estuvo marcada por este episodio de derrota. Algunos de ellos participaron en el conflicto bélico y lo rememoraron en distintos momentos de su trayectoria como periodistas, escritores o servidores públicos. Y aunque ninguno vivió las guerras de insurgencia ni participó en la transición del periodo novohispano al del México independiente, esta investigación hace hincapié en sus personalidades y en su creación literaria como el producto de un proceso, entendido como un largo camino hacia la estabilidad política de la nueva nación. El peso de los primero

años de vida independiente cayó sobre los hombros de una generación de hombres que, hija de la Independencia, debía consolidar el destino de la nación. “La inmensa carga de estas décadas, heredada a la nueva generación de mexicanos nacida después de 1821, fue darle estabilidad política al país. Al contrario de lo que sucedió en otros lugares, ni siquiera las amenazas del exterior lograron unificar las voluntades de todos los actores políticos” (Vázquez y Serrano Ortega, 2010: 441).

El periodo posterior a la intervención norteamericana vio consolidarse una dictadura que terminó por resquebrajarse con la proclamación del Plan de Ayutla. Éste, cuya principal intención era sacar a Santa Anna finalmente del poder, significó el relevo que puso a una nueva generación de mexicanos en la mesa de decisiones y en el foro público de discusión sobre el destino de México. La Constitución de 1857 y los conflictos que en torno a ella se desataron, dejaron claro que la polaridad de las posturas políticas no estaba aún solucionada. Así, los conflictos que durante una década habían aquejado al país se cristalizaron en la Guerra de Reforma, que definió más claramente un bando liberal y otro conservador. Las novelas aquí estudiadas se sitúan, tanto en su producción como en los momentos históricos que retratan, en tres episodios distintos del drama nacional. *La Quinta Modelo* de Roa Bárcena es escrita en un momento germinal de las disputas entre liberales y conservadores, al tiempo en que aparece la constitución liberal. Su sátira pretende denunciar los excesos del liberalismo en un momento en que parecían consolidarse en una carta magna. Por su parte, *Clemencia* de Altamirano se publica después del Segundo Imperio, pero como novela histórica se sitúa durante la guerra frente a la intervención francesa. Aunque se trata de una historia de amor, la novela de Altamirano pretende crear héroes nacionales en una tradición bélica del romanticismo. Finalmente, la *Ensalada de Pollos* de José Tomás de Cuéllar retrata el México independiente y moderno de la República Restaurada. En su novela se ponderan los efectos sociales de un discurso que estuvo en disputa durante más de medio siglo.

Estas tres novelas, de cuyas características estéticas y de estilo se podrán decir comentarios muy dispares, reflejan una preocupación que en gran medida parece motivar la producción literaria del momento: cómo darle lectura a la realidad social y a los conflictos de la misma en un marco de nuevos valores políticos. Las problemáticas planteadas en cada

una de ellas ponen en jaque consideraciones culturales de una organización social y se sitúan en el marco de una realidad política concreta. Como otras novelas decimonónicas mexicanas, se trata de textos que contienen una crítica o lección moral clara y contundente. Son novelas con una visión política y social del mundo más o menos transparente, que ayudan a situar a sus autores en el panorama de las discusiones de la época. Esta transparencia es acaso una de las explicaciones que hay detrás del reclamo de pobreza de forma que comúnmente se adjudica a la literatura mexicana del XIX. Los escritores eran malabaristas del texto que a la vez escribían opiniones políticas, artículos informativos para semanarios culturales, composiciones poéticas y textos literarios. No pocos participaron activamente en la vida política nacional desde las trincheras o en un cargo público, trascendiendo sus textos. En las novelas en cuestión, la función y el mensaje imperan por encima de la forma. Rafael Olea Franco (2003), por ejemplo, nos recuerda que el mismo maestro Altamirano creía que la literatura mexicana debía obedecer a una formación de públicos lectores y que no podía estar a la altura de los europeos, por razones meramente cronológicas. Esta formación de lectores se traduce en una búsqueda por la educación moral, cultural y política, en momentos en que las discusiones públicas se debaten el sentido mismo de la identidad nacional y, por tanto, cada obra avanza en una dirección distinta que se puede situar en el marco de ésta.

Es ahí donde surge una reestructuración o transformación de la masculinidad. Y aunque no se trata de una discusión explícita, el cambio de los discursos en torno a la organización social del Estado moderno mexicano implica la aparición de nuevos valores culturales que inciden en la posición social de los varones y, particularmente, en la forma en que éstos la imaginan. Se trata, pues, de una discusión sobre el sentido que se le da a la realidad social y cultural, aunque algunos de los privilegios tradicionales se mantengan estáticos en concreto. Una vez destruidos los privilegios de raza y estamento, al menos en el discurso, el rol que los hombres imaginan de sí mismos como proveedores —*breadwinners*— de un motor económico familiar y frente a una nueva esfera pública de organización política, debe asirse de nuevas características de personalidad. Este ensayo aborda tres elementos que resultan trascendentales en ese sentido: la importancia que cobra el manejo de las finanzas personales y el gasto, el control de la dimensión emocional y de

los sentimientos, así como el lugar que adquieren el gusto y la presentación material del hombre en sociedad. Aunque estos tres se presentan como elementos para un análisis, son rasgos que se articulan en una discusión que agrupa más dimensiones axiológicas. Para esto, aquí se pondera, en un primer capítulo, la relación que tuvo la masculinidad con la transformación de algunos espacios de interacción en el marco de la construcción de una nueva esfera pública del Estado mexicano: la Iglesia, la familia y la nación.

Aunque aquí se presenta el resultado de un análisis en torno a las tres novelas planteadas, se trata de un proceso complejo cuyas lecturas se podrían ampliar a otros textos, otros elementos conformadores de la personalidad y a las vidas y obras de distintos personajes de la época. En todo caso, cabe antes presentar algunas de las premisas que dotan de un soporte teórico-metodológico al ejercicio de análisis: el papel del gobierno y la política como un elemento configurador de valores culturales, la idea de una transformación a gran escala que construye una masculinidad moderna y el ejercicio de un análisis, a la vez histórico y social, desde la representación literaria. A continuación se presenta la síntesis de algunas aportaciones teóricas que intervienen en la lectura realizada, en conjunto con algunos resultados de investigación derivados de un estado del arte en torno a la problemática estudiada, en lecturas en que permutan las discusiones sobre masculinidad, modernidad, la consolidación de los Estados modernos latinoamericanos, los imaginarios y la representación literaria.

Gobierno, política y conformación de valores culturales.

Existen distintas posturas teóricas que permiten sostener una visión general de que la concepción de la política y el gobierno, en cada una de sus modalidades posibles, así como las estructuras de organización económica de las sociedades, guardan una dimensión axiológica que permitiría trascender las características de la organización misma para traducirse en valores determinados que organizan, en cierta medida, la sociedad y algunos de sus rasgos culturales predominantes. El concepto de *habitus* que elabora Bourdieu (1988) en *La distinción* supone que existe esta dimensión de valores que permea el gusto y la selección de las actividades propias de un grupo social desde una perspectiva de clase.

Esto significaría que muchas de las características culturales de los grupos sociales no son elegidas ni se construyen de forma deliberada, sino que representan de diversas formas la importancia que éstos otorgan a valores que no necesariamente se encuentran en los gustos por sí mismos. Este análisis, que fue elaborado pensando en torno a una perspectiva de clases sociales, puede hacerse desde una lectura “macro” para las formas de organización política más amplias. Elias (1982), por ejemplo, explica cómo algunos gustos y prácticas de los grupos aristocráticos en sociedades dinásticas eran el reflejo de necesidades relativas a su estructura económica y política. La aceptación del derroche y la ostentación es entendida como una dimensión de una sociedad que está estructurada por un modelo que, en vez de abocarse a la producción, invita a las familias cortesanas a utilizar el gasto para mantenerse cerca de los círculos de poder, que les garantizarían títulos nobiliarios y rentas más altas. Esta dimensión axiológica de la organización económica y del gobierno se puede encontrar también en Weber (1980), quien en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, establece una relación de valores entre la organización económica y la religión de las sociedades.

Para el caso mexicano se pueden mencionar algunos ejercicios que dejan patente dicha relación, en la que la organización política y económica incide en las formas de organización social y en distintas características culturales de ésta. En el ya mencionado estudio sobre la imagen de España y los españoles en el debate público tras la independencia, Pérez Vejo (2008) argumenta que las disputas políticas en los años sucesivos a la independencia nacional obedecieron a una problemática de orden identitario. Lo que estaba en juego en los debates en torno a dos posturas políticas con dos proyectos de nación más o menos consistentes en sí mismos, no era sólo una forma de organización pública para el futuro, sino dos formas enteras de entender la identidad nacional, en las que Pérez Vejo asume que el valor dado a España y lo español tiene un papel fundamental. De la misma forma, Quezada y Pérez Vejo (2009) identifican, en una colección de retratos que atraviesa el final del período novohispano y los primeros años de la independencia nacional, algunos rasgos de cambio trascendentales. El influjo de nuevas ideas en el período independiente haría desaparecer de los retratos, casi de manera total, los elementos simbólicos que vinculan al retratado con su linaje, su abolengo y su origen, para centrarse

en rasgos de su personalidad, sus actividades y, en el caso particular de los hombres, su oficio o actividad profesional. Cabe aquí especular que, más allá de un proceso sistemático ligado a la circulación de ideas, las nuevas formas de organización social que se pusieron sobre la mesa con los debates en torno a la consolidación política del México independiente, hayan constituido un proceso de consolidación de nuevos valores, del cual forman parte la organización política y las actividades económicas.

Por otra parte, en un análisis ligado a la situación material, Dore (2000) en “One step forward, two steps back” realiza una reflexión que vincula el cambio político con el orden de género. En una crítica a la visión teleológica que asume que las reformas liberales características de la conformación de los Estados modernos en América Latina fue generalmente positiva para todos, explica que la privatización y la secularización impidieron que muchas mujeres privilegiadas tuvieran acceso a herencias tradicionales que las convertían en propietarias, así como a la protección de la Iglesia en casos de violencia conyugal. Se trata de un contrapunto interesante que permite completar un cuadro con una reflexión relativa a las realidades cotidianas, ancladas a reformas de carácter político. Además de una dimensión de valores que surge de la discusión pública, el papel del gobierno en la construcción de significados en torno a lo masculino y lo femenino tiene un carácter normativo que regula las posibilidades de unos y de otros, contribuyendo también a nociones que cobran forma en el discurso. Aquí nos enfrentamos a procesos complejos de definición cultural y de ejercicio de poder en que la representación tiene también un papel importante. Algunos cambios quizás no cobran forma en la realidad, pero sí lo hacen en la medida en que ciertas ideas circulan entre los grupos sociales. Para ello, la creación literaria y la circulación de prensa tienen un rol trascendental. La idea de que estas circulaciones crean un sentido de comunidad, aunque sea imaginado, es fundamental también para las consideraciones teóricas que Benedict Anderson (1993) presenta en *Comunidades Imaginadas*, en donde aborda los procesos de consolidación del sentido de comunidad en el nacionalismo de los Estados modernos.

Finalmente, cabe recuperar algunas de las reflexiones de Farge (1991) en “La historia de las mujeres. Cultura y poder de la mujeres”, en que invita a pensar las conmociones históricas tradicionalmente concebidas y preguntarse por la forma en que

actúa la diferencia entre los sexos a partir de éstas. En ese sentido, este ensayo aborda la independencia de México como una conmoción histórica que deviene en debates públicos en torno a la configuración del Estado, para preguntarse por el papel de lo masculino en un momento en que la ciudadanía aparece en el discurso.

Masculinidad y modernidad.

En el caso del estudio los roles de los hombres y el significado de lo masculino, existen distintas aportaciones que invitan a pensar en un proceso de transformación a una masculinidad moderna, ligada a los valores de la organización económica y política de los Estados. Connell (2000) recupera y problematiza una aproximación teórica del noruego Oysten Holter quien, en vez de entender lo masculino y lo femenino como dos terrenos antitéticos con roles separados y opuestos *a priori*, identifica en el capitalismo industrial la construcción de una esfera masculina de producción que inventó a su opuesto en una esfera de domesticidad femenina. Connell propone profundizar esta explicación y superar su eurocentrismo, investigando la forma en que las estructuras imperialistas han hecho de esa dicotomía una noción generalizada en Occidente. Aquí se considera que este proceso puede anteceder al terreno de la producción y la industrialización. Conceptos como el liberalismo, la igualdad y la modernidad, alineados a un cambio epistemológico más amplio en el terreno político, hicieron mucho para moldear nuevas formas de organización social en que los hombres cercanos al poder tuvieron que adquirir valores que, más allá del linaje, los posicionara en un panorama en que los ideales en torno al Estado no implican una estructura jerárquica.

Algunos de estos cambios cobran sentido en el terreno de la cultura material, en el que la economía, entendida como un modelo “macro”, se cristalizó en las vidas de los hombres y sus gastos. En un esbozo de una historia política del consumidor y el consumo, Kroen (2004) explica cómo el liberalismo y el republicanismo decimonónico construyeron un rechazo al consumo conspicuo e irresponsable de las sociedades de Antiguo Régimen, caracterizándolo de femenino y enarbolando virtudes masculinas en torno a un consumidor contenido y responsable, esencialmente productivo. Se trata de un proceso de

transformación cuyos cambios se pueden encontrar desde mediados del siglo XVIII, como consecuencia de los ideales de la Ilustración y de la Revolución Francesa en la identidad masculina. En la *Historia política del pantalón*, Christine Bard (2012) da cuenta de este cambio al referirse a la lenta pero segura adopción del pantalón como prenda distintiva masculina, cuya predilección significaba la renuncia a la erotización del cuerpo masculino de calzas y calzón, pero lo coloca como protagonista práctico del mundo moderno. Esa es la histórica “gran renuncia masculina” acuñada por el psicoanalista John Carl Flügel y a la que también hace referencia Lipovetski (1990) en su estudio sobre la moda en las sociedades modernas. Para el caso de México, Pérez Monroy (2005) dedica también un estudio al cambio del traje masculino barroco aristocrático, al nuevo traje neoclásico, ligado a ideales de la Ilustración y antecesor del traje burgués. A esto podemos agregar, por ejemplo, la ulterior adopción del traje de chinaco como vestimenta típica de terratenientes y hacendados en México, que añade a estos valores el del esfuerzo y la rudeza para el trabajo, aun cuando éste no fuera directo.

Estos estudios consolidan una noción de cambio axiológico que se refleja en la presentación material del hombre. Cabe también agregar algunas investigaciones que permiten trasladarse a otros terrenos. Con base en el estudio de la correspondencia de una mujer a su marido en la Colombia de la década de 1860, Brown (2010) deja entrever que el nuevo esquema de una dignidad alcanzada por méritos ponía en jaque la masculinidad de un esposo héroe de guerra, que debía ingeniárselas en la medida en que su cuna y su linaje no eran ya atributos suficientes para satisfacer su papel como proveedor. Sobrevilla Perea (2011) por su parte, realiza un estudio de las trayectorias políticas y militares de los liberales españoles que pelearon en la batalla por el último virreinato continental español en América: el del Perú. En éste observa que, tanto en España como en las nuevas naciones latinoamericanas, el contexto político inestable y la situación bélica permitieron que sujetos de orígenes humildes llegaran a ostentar cargos públicos a raíz de su experiencia militar y su astucia. En ese sentido, podría quizás decirse que nos acercamos a la instauración de una cultura masculina de méritos, en este caso ligada a la experiencia militar. En un análisis de la prensa mexicana que gira en torno a la participación política de las mujeres durante el Segundo Imperio, Pani (2001) identifica las críticas liberales de lo que se percibe como una

desmesurada búsqueda femenina de la opulencia con base en modelos extranjeros y una especie de arribismo social de las mujeres en su participación política, al pretender establecer vínculos de parentesco con la nobleza extranjera. Esto consolida una visión austera como parte fundamental de un naciente esquema de valores, aún en constante tensión y conflicto, en torno a un discurso civil, republicano y liberal.

Finalmente, en su análisis del discurso sobre el crecimiento poblacional y la resistencia de las clases criollas argentinas hacia finales del siglo XIX, Graciela Montaldo (2010) explica un fenómeno que habría aquejado al pensamiento conservador latinoamericano finisecular. La instauración del régimen liberal republicano, con su sistema igualitario, pone en jaque un ideal de cultura y despoja el valor de lo que juzgaban como lo original, lo auténtico y las normas de la tradición. Para algunos hombres conservadores, la resistencia reside en reivindicar la aristocracia de espíritu, el buen gusto y la alta cultura como valores primordiales. Esta reivindicación quedaría acaso patente en algunas expresiones del modernismo latinoamericano que, como se verá más adelante, aunque sus representantes lo entendían como un movimiento “moderno”, ha sido juzgado en algunos casos como una expresión cultural no sólo anacrónica, sino particularmente feminizada.

Todas estas aproximaciones, desde una multiplicidad de plataformas de investigación, ilustran la profusión de expresiones culturales que ayudan a entender los axiomas de lo masculino. Además, permiten situarlos en torno al cambio cultural que significó la modernización de los Estados, su organización social y su estructura económica, ayudando sostener un estudio particular en torno a la masculinidad, el México independiente y la producción literaria decimonónica.

Literatura y representación en el estudio de las realidades sociales.

Para realizar un análisis que, desde la lectura de textos literarios, aborde las premisas que hasta ahora se han expuesto, surgen dos complicaciones básicas. En primer lugar, se encuentra el carácter sexuado del ejercicio de escritura. La literatura mexicana de la época es aún una literatura escrita primordialmente por hombres, para un público lector de clases privilegiadas. A diferencia de los ya tradicionales análisis que se realizan sobre la

normatividad de lo femenino en los manuales de comportamiento, este análisis gira en torno a una transformación de concepciones de masculinidad que resulta más escurridiza. Si en el estudio de las mujeres y de lo femenino, el ejercicio de una dominación de la producción cultural por parte de los escritores hace más transparente el carácter normativo de sus representaciones, que buscaban controlar los rasgos deseables de las mujeres —y que a veces pueden reconocerse en la voz misma del narrador—, el estudio de los hombres y lo masculino requiere de un análisis más fino. Obedeciendo a la recomendación de Farge (1991) de no permitir que una dialéctica de dominación de los hombres y subordinación de las mujeres acapare los análisis históricos de género, oscureciendo otras dinámicas de interés, cabe reflexionar sobre la medida en que las concepciones de masculinidad implican también un control del comportamiento de los cuerpos sexuados de éstos, que limitan su capacidad de actuar de acuerdo a ciertas normas. A menudo, estas concepciones de masculinidad se encuentran ocultas en nociones generalizantes de honor, patriotismo, orgullo o mérito.

El análisis de las representaciones de personajes masculinos se nutre necesariamente de una comprensión de la ideología política del autor, así como de una ponderación del papel que tienen los roles públicos a los que deben enfrentarse los hombres de la época. En todo caso, el análisis obliga a vincular algunas dimensiones de la representación con otros elementos de la organización social o de los espacios presentados, en un ejercicio de construcción teórica que obedece a la identificación axiológica de rasgos. Para este ejercicio es de especial utilidad recuperar las recomendaciones de Scott (2008a) en el ya tradicional artículo “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en que elabora un modelo analítico de cuatro partes: invita a estudiar los conceptos normativos, el orden simbólico, el plano de las instituciones y la dimensión subjetiva de la identidad. Aunque se identifica en la literatura, como fuente primordial para el análisis, una herramienta para la representación simbólica, el conocimiento que de ella surge tiene implicaciones que ayudan a comprender el carácter complejo del entramado de poder y relaciones detrás de las formas de diferenciación sexual. Esto permite nutrir el análisis con reflexiones en torno a las otras tres partes del modelo.

La segunda problemática tiene que ver con la naturaleza de los textos, la posibilidad

de utilizarlos como una fuente para el análisis histórico y las implicaciones que tienen las tradiciones discursivas en que se inscriben las novelas. Un repaso de los estudios que surgen de la lectura de textos literarios de la época para realizar análisis de género revela una ambivalencia entre la comprensión del texto como una fuente más o menos mediata, que arroja información importante sobre la realidad social y política de la época y, por otro lado, como un instrumento que sirve para lanzar un mensaje y fijar una imagen de identidad nacional determinada. Aquí se entiende la relevancia de ambas visiones. Por un lado, los textos literarios pueden revelar preocupaciones en los autores que derivan de las implicaciones que tienen los debate públicos. Estas preocupaciones pueden aparecer sin ser intencionales en los textos y dar cuenta de un proceso de construcción colectiva de significados. Por otra parte, el posicionamiento político de los novelistas implica una clara intención de dar un mensaje contundente sobre su realidad. En todo caso, los textos revelan una búsqueda por entender la realidad ante unas discusiones públicas que enarbolan nuevos sistemas de valores.

Los estudios sobre literatura decimonónica mexicana de Montero (1996) e Illades (2005) centran su atención, respectivamente, en la fijación de tipos sociales como parte de un ejercicio de construcción nacional de identidad y en la tradición literaria del romanticismo como una estética que permitió dar cauce a los deseos reformadores de las nuevas ideas liberales, en una clave de utopía. Por otra parte, en sus reflexiones historiográficas sobre literatura decimonónica, Bobadilla Encinas (2009) nos invita a reconocer el eclecticismo de la producción literaria mexicana e identifica una especie de tradición cronística de la literatura nacional, que data desde las relaciones de la Conquista. Aquí nos invita a revalorar las intenciones de la literatura decimonónica por realizar una crítica de los problemas de sus tiempos y la riqueza que ésta implica.

El análisis que realiza Sommer (1991) ya nos invita a pensar en la literatura decimonónica latinoamericana desde la misma visión de una construcción de identidad y proyecto de nación, pero en la que se implican discursos de género. Sommer centra sus análisis en la forma en que los modelos de representación, que atraviesan gran parte de la ficción de la época, incentivan el amor heterosexual, el matrimonio y la procreación como un proyecto fundacional extendido. En esta retórica del amor romántico —en su acepción

coloquial— Sommer plantea la conquista amorosa como una alegoría de la resolución no violenta de conflictos políticos que, en la instauración de nuevas repúblicas, deja clara la necesidad de un pacto social liberado de absolutismos.

Otros ejercicios ilustran de forma más particular los procesos de transformación de los valores asociados a la masculinidad. La investigación de Irwin (2010) explora en la literatura decimonónica indicios de la representación de relaciones homoeróticas en el México de la época. Identifica espacios de sociabilidad y un erotismo entre hombres que no se somete a juicio moral en los textos, reconociendo que los discursos patológicos de la homosexualidad aún no aparecen en el panorama. En su análisis sobre la novela *Venezuela Heroica*, de Eduardo Blanco, González Stephan (2010) se refiere a un proceso de desaristocratización de la literatura, en que se plantea la idea de un proyecto de domesticación masculina para el modelo productivo, a través de imágenes de virilidad ligadas al heroísmo de la guerra y a la camaradería entre iguales, como parte una nueva esfera de interés masculino.

En contraste, las aproximaciones de Sánchez Prado (2010) y Molloy (2001) sobre la vida y obra de Amado Nervo, revelan la forma en que la creación literaria del modernismo latinoamericano se erige como una resistencia masculina conservadora de finales de siglo, cuyos rasgos se aperciben ya feminizados. En un análisis de la novela “El Bachiller”, cobra significancia simbólica el drama de un joven conservador que, al verse turbado y amenazado por los avances seductores de una mujer que lo acosa, decide castrarse. Estos estudios sitúan simbólicamente a la pugna conservadora como una que ha sido sobrepasada por la pérdida de valores aristocráticos que, en el mundo moderno, se perciben como feminizantes.

Todas éstas son puertas de entrada e invitaciones a reflexionar la literatura como un espacio en que también, a través de la creación, se están discutiendo las problemáticas de la época. Y más que una discusión, los textos se revelan como ejercicios de imaginación en que queda patente la complejidad de una reorganización social en que, para las clases letradas de una Latinoamérica transformada, los discursos de modernidad obligaron a concebir realidades acordes a los nuevos valores. En este contexto, los hombres compartieron una imagen de sí mismos acorde a una nueva estructura atomizada de

ciudadanos, despojándose poco a poco de una visión del mundo como un todo jerárquico y de los valores que la acompañaban.

1. MASCULINIDAD MODERNA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA EN MÉXICO: IGLESIA, FAMILIA Y NACIÓN

La historia del desarrollo político moderno de los Estados latinoamericanos a menudo ha sido considerada como un correlato de los procesos de modernización más amplios sucedidos en Europa. La noción de la circulación de ideas y productos culturales de la organización colonial ha hecho pensar que los conceptos de libertad individual, liberalismo económico y democracia fueron importados y asimilados, no sólo en el discurso y en el imaginario social y cultural, sino también en sus formas de organización política y económica más específicas con cierta contundencia. La historiografía más reciente, con profundos esfuerzos de investigación, ha ayudado a revalorar el proceso de constitución del Estado moderno mexicano como un fenómeno complejo y específico que nutre nuestra comprensión de la complicada transformación cultural de la modernidad y, particularmente, del violento encontronazo de ideas que dicha transformación supuso en nuestras latitudes.

La noción habermasiana de “publicidad” burguesa —en su acepción más primaria relativa a su carácter público— refiere a un proceso paulatino en que las actividades mercantiles de los particulares, por definición miembros de una esfera privada premoderna, se tornaron cada vez más complejas y cobraron importancia para los monarcas europeos y su función pública de organización política y de regulación de actividades económicas. Su explicación de una transformación estructural de la vida pública implicó un estadio anterior, propio de lo que los franceses llamaron el Antiguo Régimen, en que el carácter público estaba marcado por su representatividad. En esta publicidad representativa los monarcas y los miembros de la nobleza encarnaron, en sus actitudes, cualidades relativas a su capacidad para gobernar, en actos públicos que a menudo podían estar circunscritos a sus residencias. La tradición cortesana de enclaustramiento de la nobleza en la residencia del monarca que tuvo lugar en distintas sociedades del Antiguo Régimen ayuda a explicar la medida en que la visión dicotómica de lo público y lo privado como una división marcada por su distancia del espacio doméstico es en realidad una invención de la modernidad (Habermas, 1997).

Habermas (1997) explica que la creciente importancia de las actividades mercantiles de los particulares obligó eventualmente a los monarcas, como parte de su función pública, a desarrollar formas de comunicación con éstos para informar de noticias y disposiciones del Estado que mediaran con el pleno funcionamiento de sus movimientos comerciales, catalizados también por las empresas coloniales. En un giro trascendental, las clases burguesas comenzaron a tomar control de sus actividades y desarrollaron modos propios de comunicación de noticias. La aparición de una prensa burguesa marcó el inicio de un proceso en que se encontraron formas para expresar opiniones contrarias a las disposiciones del Estado, así como a convertir los asuntos de particulares en problemas relativos a una nueva y creciente esfera pública que ya no residía en las estructuras del poder monárquico, sino en el seno de las familias y sus medios de subsistencia económica.

Este proceso no es ajeno a una reconfiguración de las nociones de género. La aparición de este nuevo espacio de interés colocó al hombre como el protagonista de la facción pública de las familias. En palabras de Habermas, “el status de varón privado combina el rol de poseedor de mercancías con el de padre de familia, el del propietario con el del «hombre»” (66). La idea de transformación estructural de la esfera pública está nutrida, además, por la aparición de nuevos valores de igualdad en el intercambio de opiniones. La creciente importancia de las clases burguesas para la subsistencia del Estado propició el desarrollo de intercambios con una sociedad aristocrática ya nutrida por ideales humanísticos de la Ilustración. Estos intercambios se construyeron sobre la base de una paridad que es clave para el pensamiento liberal moderno y que, según Habermas, permitió además la problematización de asuntos antes incuestionados y el desenclaustramiento del público que tenía acceso a las nuevas circulaciones de prensa.

Diversas críticas feministas han puesto atención particular a esta ilusión de igualdad generada por el concepto de publicidad burguesa, que es también germen del pensamiento liberal. Para Pateman (1996) la concepción moderna de la dicotomía público/privado naturaliza la posición femenina en el hogar, divide la sociedad civil y otorga control al sujeto privado masculino sobre todo lo que sucede en la esfera privada más íntima. Como aquello que se discute en la esfera pública debe ser de interés común, la situación de las mujeres queda en total desprotección, dotando de un carácter particular y exclusivamente

privado a problemas como la violencia en el hogar. Estas complicaciones han sido estudiadas en su devenir histórico a partir de las reformas liberales decimonónicas en los países latinoamericanos por Elizabeth Dore (2000).

Por su parte, Nancy Fraser (1997), quien se refiere específicamente al desarrollo teórico de Habermas, desmitifica la supuesta apertura de la esfera pública burguesa como un espacio deliberativo en que se suprimen todas las diferencias. Además de dejar a las mujeres y sus asuntos fuera de la discusión, Fraser reconoce que en la esfera pública se reproducen desventajas estructurales preexistentes y que la imaginada igualdad realmente esconde la consolidación de los rasgos supuestamente democráticos que distinguen a la clase burguesa. Esto queda patente en el desarrollo de las discusiones liberales para la construcción del Estado moderno mexicano a lo largo del siglo XIX, particularmente en torno a la desamortización de las tierras de propiedad comunitaria laica de algunas poblaciones indígenas.

Por un lado, el interés de los reformadores liberales en torno a la transición de un sistema de tierras de propiedad comunal a uno individual para las comunidades indígenas tenía un motivo ideológico: la aparición de un propietario indígena empoderado que pudiera formar parte de los intercambios públicos, comerciales y deliberativos. Sin embargo, en la práctica no se logró solucionar la falta de interés de las comunidades por personalizar la propiedad ni se imaginó una estrategia para que el mercado no empujara a los nuevos propietarios indígenas a entregar sus tierras en manos de hacendados que perpetuaran la estructura latifundista, situación que terminó imperando hacia finales del siglo XIX salvo algunas excepciones (Gómez Galvarriato y Kourí, 2010). En todo caso, la confusión de las élites liberales revela la operación de un interés por un cambio en las personalidades. Aunque el ideario liberal abogaba claramente por la protección y la estimulación de libertades individuales, éstas estuvieron fundadas en la construcción de rasgos de personalidad muy específicos de pensamiento racional en el marco de una lógica burguesa de mercados.

Además de que se puede discutir si la cimentación de estos nuevos valores termina por limitar la libertad de la construcción subjetiva de las identidades individuales, se puede reconocer que había profundas discrepancias entre los cambios de la modernidad y el

arraigo cultural de valores comunitarios en el nuevo México en proceso de transformación. Más allá de la discusión sobre las posibilidades de consolidación política y económica de esta modernización, resulta relevante reconocer que, en el fondo de las discusiones que estos desacuerdos produjeron, reside también una transformación que situaba nuevos rasgos de personalidad específicamente en el sujeto masculino y los concebía como determinantes para la posibilidad de un progreso nacional.

La lógica habermasiana de transformación estructural del espacio público explica un proceso paulatino de reconocimiento de los poderes de la publicidad burguesa y del ejercicio crítico que surgió en las nuevas circulaciones de prensa, en constante negociación con el poder monárquico y de la nobleza. En contraste, en México el concepto de opinión pública “fue importado, y lo fue en el momento en que, por primera vez, se daban las condiciones de la existencia de la opinión como parte de una constitución política liberal” (Lempérière, 2003: 566) La legislación sobre libertad de imprenta que otorgaron las Cortes de Cádiz a principios del siglo XIX en Nueva España marcó la apertura a una expresión pública antes desconocida en Hispanoamérica y que prevaleció a lo largo de todo el siglo XIX mexicano, salvo durante el episodio de censura que marcó la dictadura santannista.

En su estudio sobre el concepto habermasiano de opinión pública y su aparición en la prensa mexicana de la primera mitad del siglo, Lempérière (2003) reconoce el encontronazo de ideas que la nueva libertad supuso. Para los ideólogos liberales, la posibilidad de deliberación en las nuevas plataformas de prensa implicaba la posibilidad de construcción de una opinión pública que fuera guiada e ilustrada. Su propósito era la transformación, a través de la opinión, de los tradicionales modos de comprender la asociación política. Sin embargo, los usos ideológicos del concepto en la primera prensa mexicana revelan la prevalencia de nociones preexistentes. La idea de soberanía del pueblo a menudo sostuvo argumentos relativos a la opinión pública concebida como una opinión comunitaria o “voluntad del pueblo”, que llevaron a presiones políticas sobre la conformación de la nación a través de corporaciones como la Iglesia o el ejército. Los liberales identificaron en estas corporaciones a los enemigos del progreso. A su vez, el desarrollo de posturas corporativas por medio de la nueva prensa libre implicó una presión constante para el ideario político que trataron de impulsar los congresos constituyentes,

tanto de 1824 como de 1857.

La lectura histórica de Habermas implica que la circulación de prensa fue un espacio público burgués cuyo constante desarrollo materializó la modernidad. Sin embargo, la realidad de las discusiones en México revela que, más que ser el origen de una transformación, el nuevo espacio público fue un espacio de enfrentamiento. La aparición de nuevas ideas para la organización de la sociedad generó una ansiedad por su definición que halló su cauce en la prensa escrita gracias a las nuevas libertades. Las ideas de paridad que la noción de transformación del espacio público burgués atribuye al modelo de deliberación con que se condujeron estos intercambios, se gestaron en realidad en Europa. Cuando en México existe la posibilidad de deliberar de este modo, los conceptos de libertad individual e igualdad ya están plenamente formados. El nuevo aparato público construido por la libertad de prensa no gestó las ideas, sino que constituyó un espacio para que éstas se enfrentaran con el estilo comunitario que condujo la vida política, económica y social de la Nueva España.

Los hombres letrados del XIX que participaron en las primeras discusiones públicas contribuyeron con ejercicios deliberativos en los que no se limitaron a imaginar las realidades concretas con que sus ideas de organización de la nación podían llevarse a cabo en términos legales, ni sus respectivos efectos políticos y económicos. Se preguntaron también por las consecuencias que dichas transformaciones podían tener sobre los nuevos mexicanos. No es de sorprender que muchos de estos esfuerzos, que caracterizaron la prensa periódica a lo largo del siglo XIX, hallaran en la literatura un laboratorio para comprender las modificaciones sociales y culturales que los preceptos de igualdad y libertad individual supondrían.

Si los cambios propuestos por el ideario liberal moderno ponían al varón como protagonista de un nuevo espacio de interacción entre ciudadanos iguales, es natural esperar que muchos de los textos literarios revelen una profunda preocupación por los valores asociados a la masculinidad. Aunque puede existir alguna resistencia a apreciar la literatura como parte de una teoría de la organización social que se aleje del artificio de la ficción, el estudio de textos literarios para el análisis de una transformación o una contienda en el orden de género no tiene nada de ilegítimo. Las novelas que a lo largo del siglo XIX

mexicano se publicaron en distintas revistas y semanarios culturales ya han sido comprendidas por la historia de la literatura como elementos fundacionales de la cultura nacional. Y aunque en el concepto de cultura nacional puede apreciarse una resonancia más cercana a la tradición de los estudios literarios, ésta no deja de ser un elemento propio de una lectura política de la historia que refiere a la construcción de la identidad de los Estados-nación modernos.

Con el propósito de situar los textos literarios estudiados en el marco de un proceso de transformación nacional, a continuación se abordan algunos elementos esenciales que formaron parte de las discusiones públicas de la época, conjugados con reflexiones relativas a su carácter de género. En primer lugar se abordan algunas de las implicaciones que tuvo la prensa para la constitución del ciudadano específicamente mexicano, tomando en cuenta que, como se ha dicho, el desarrollo de la esfera pública no devino necesariamente de un intercambio burgués en dicha plataforma, sino que ésta irrumpió en medio de una convulsión política. Posteriormente se ponderan las complicaciones prácticas que devinieron del interés por consolidar un ideario de organización política democrática y de fomento a la libertad económica por parte del liberalismo mexicano. Estas ponderaciones apuntan a los valores específicos para la nueva ciudadanía mexicana que surgen de dichos esfuerzos. Además, se realizan algunos apuntes en torno a la transformación del matrimonio como un contrato civil laico y los efectos que tiene sobre la familia a lo largo de la historia del siglo XIX mexicano. Finalmente, se reflexiona sobre el concepto de identidad nacional propio del surgimiento de un Estado-nación moderno y la forma en que los símbolos del caso mexicano invitan a pensar el papel del hombre.

Las tres novelas estudiadas abordan y se sitúan en tres momentos específicos de la compleja transformación del Estado moderno mexicano. Sin embargo, en los ejercicios críticos que Roa Bárcena, Altamirano y José Tomás de Cuéllar tratan de desarrollar en sus obras, salen a relucir reflexiones, más o menos mediadas por el discurso literario, que revelan la prevalencia de estas discusiones a lo largo del siglo XIX. En las novelas, los personajes masculinos se enfrentarán a situaciones relativas a su subsistencia económica o a los modos de organización de la vida social que pondrán a prueba, revelarán el valor o demostrarán la falencia de sus cualidades y sus rasgos de personalidad. Más que ser el

soporte para mediar la disputa directa de las ideas, el espacio literario permitió en muchos casos dar cauce a confusiones profundas sobre el sentido de la vida social en el marco de discrepancias políticas y económicas.

Las publicaciones impresas y la esfera pública moderna en México.

Como se ha dicho, la prensa en Latinoamérica no sigue el proceso habermasiano de engranaje para la consolidación de un espacio público burgués que haga nacer las ideas de igualdad como producto de un ejercicio deliberativo. Sin embargo, una revisión al estudio que Benedict Anderson (1993) realiza en torno a la consolidación de los nacionalismos modernos como comunidades imaginadas, permite reconocer que ésta sí fue un factor importante para la consolidación de un sentido de unidad nacional y de pertenencia a ésta. Además del lenguaje y de la particular organización política y económica de los gobiernos coloniales, que en el caso mexicano se cumple a la perfección, Anderson reconoce que el desarrollo de la prensa escrita contribuyó a imaginar la nación como una comunidad, a pesar de la separación de sus miembros. La posibilidad de imaginarse parte de una comunidad la dicta la forma en que la prensa permite un cambio en la concepción del tiempo.

Para Anderson, en el período premoderno, marcado por la falta de acceso de grandes masas a las lecturas simultáneas, el tiempo se entendía en un sentido mítico o cosmogónico. Las explicaciones religiosas de sucesos cardinales del pasado invitaban a pensar en una lógica yuxtapuesta, que les permitía tener una repercusión directa en la actualidad y, a su vez, una conexión directa con el fin de los tiempos. Esa concepción del tiempo, según Anderson, permitía la resonancia de las lecturas religiosas a lo largo de la historia. Para explicarlo, se refiere a las representaciones pictóricas anacrónicas de pasajes bíblicos en períodos premodernos. Anderson cree que los personajes bíblicos eran retratados en el arte medieval con vestimentas anacrónicas, propias del momento de sus creadores, porque no existía una noción de cambio de las realidades a lo largo del tiempo.

La modernidad, con la capacidad técnica de reproducción de los textos, el capitalismo en su distribución y el desarrollo de públicos lectores en lenguas vernáculas,

permitió una noción de simultaneidad que denomina como “tiempo vacío homogéneo”. La práctica de la lectura del periódico es el ejemplo que escoge para desarrollar la forma en que se logra imaginar la comunidad: “un lector de periódico, que observa réplicas exactas del suyo consumidas por sus vecinos en el metro, en la barbería o en la vecindad, confirma de continuo que el mundo imaginado está visiblemente arraigado en la vida diaria.” (Anderson, 1993: 61) Además, el periódico acumula el reporte de ciertos eventos a los que, aunque no tengan una relación directa entre sí, se les atribuye una lógica comunitaria, asumiendo que el conocimiento de los mismos se vuelve trascendental para un determinado grupo de personas.

Anderson (1993) también realiza un breve estudio narratológico de unas cuantas novelas decimonónicas para dejar entrever que, en el clásico narrador omnisciente de la literatura de la época, se esconde esa concepción del tiempo que no existía en las anteriores formas de narrar. Así, estos textos dejan entrever la forma en que ciertos sucesos —tan sencillos como un amanecer— son percibidos o tienen una repercusión en distintos miembros de la comunidad. Otros generan una visión panorámica de distintos entornos cotidianos que se imaginan como ejemplares típicos del entorno comunitario que se quiere retratar. Si bien Anderson no llega a esas conclusiones, podría decirse, incluso, que el auge de la novela como género predilecto para el período de modernidad que él ilustra —siglo XIX y principios del XX— tiene una relación directa con la forma de imaginar la comunidad nacional. Las novelas del realismo social se convirtieron en el medio para retratar entornos sociales con características particulares a la vez que la estética romántica en la novela permitió ensalzar los llamados sentimientos nacionales o nacionalistas, con un interés particular en la emotividad y la nostalgia evocada por el terruño natal.

Para entender la importancia de la literatura en este proceso basta hacer una comparación. La posibilidad de concebir la simultaneidad de los procesos para un grupo de individuos que viven realidades paralelas a las del lector, a través de la primera prensa escrita del siglo XIX mexicano, no está del todo alejada de la experiencia literaria en la que un narrador omnisciente, a través de los vaivenes de su narración, permite comprender el sentido moderno de una realidad social comunitaria. Después de todo, la nueva libertad de prensa en México permitió también la aparición de publicaciones que trascendían los

intereses específicos de la comunidad en términos prácticos. Las revistas literarias hacen también su entrada en el ámbito de la cultura nacional gracias a una libertad de prensa que permitió la aparición de textos seculares. Y su importancia no fue menor, “la llamadas revistas literarias, que cobraron auge a partir de la cuarta década del siglo XIX, fueron las otras publicaciones más demandadas. Su contenido también misceláneo, de carácter educativo, las convirtió en un producto apreciado” (Suárez de la Torre, 2005: 14). Sus páginas vieron aparecer no sólo composiciones literarias —poesía, novela y ensayo— sino que difundieron toda clase de artículos de ciencia, historia, geografía y viajes.

Además de desarrollar un sentido de la información que es relevante para una comunidad y que también permitió imaginar la nación, pues sus artículos a menudo contribuían con nuevas técnicas de agricultura o ensayos sobre diversos temas de actualidad, las revistas literarias contribuyeron al ideario liberal de ilustración del pueblo, buscando consolidar una opinión pública informada. En ese sentido, “los impresos jugaron un papel fundamental en la difusión de ideas y cobijaron las expectativas de diversos grupos políticos que comenzaron a desarrollarse en torno a un determinado proyecto de nación” (13). Sin embargo, los impresos no siempre fueron un espacio armónico para la consolidación de un proyecto nacional en sus respectivas esferas de interés. En el contexto de una lucha por la primacía política de proyectos con distintas nociones de progreso, la prensa periódica fue también un espacio de combate que a menudo sostuvo encarnizados intercambios entre particulares.

En su estudio sobre los jurados de imprenta en el siglo XIX mexicano, Pablo Picatto (2003) reconoce una de las principales complicaciones que surgen de la libertad de imprenta en el proceso de conformación de la opinión pública. Picatto indica la importancia del seguimiento de las resoluciones en torno a estos jurados, creados *ad hoc* a las nuevas libertades, porque en estos “se puso en juego el dilema fundamental del liberalismo en relación con la prensa, a saber: la decisión entre la nueva libertad de expresión prometida por la crisis de la monarquía y el imperativo de castigar los ‘abusos’ de esa libertad contra el honor de los ciudadanos” (139). Este dilema implica reconocer que la lógica habermasiana de transformación de la esfera pública tiene un desarrollo particular en el marco de los debates públicos para la conformación política del Estado en México. La

repentina aparición de los espacios de deliberación y el carácter violento del encuentro de ideas supuso no sólo la posibilidad de expresión de opiniones de los particulares, sino también la súbita vulnerabilidad de éstos frente a las opiniones de otros.

De pronto, la esfera pública como la entiende Habermas ya estaba conformada y los jurados de imprenta fueron un espacio en donde se trató de delimitar la línea que separaría la nueva esfera pública moderna de aquella privada. Para Picatto, el concepto de honor cobraría importancia para la libertad de prensa y adquiriría un sentido moderno. Frente a la idea del honor derivado de la nobleza, éste se convirtió en un concepto que definió una cualidad posible para todos los ciudadanos y que legitimó su derecho a proteger la esfera más íntima frente al escrutinio público. Se trata, ante todo, de un proceso de definición y protección de una esfera privada en un momento de expansión de lo público.

Hace falta, sin embargo, reconocer que esta defensa del honor derivado del estatus moderno de ciudadano es específica en términos de género. La construcción de un espacio público de deliberación entre ciudadanos otorgó una prerrogativa masculina a la protección de su vida en la esfera más íntima familiar, convirtiéndola en asunto enteramente personal. Sin embargo, esta prerrogativa no estuvo exenta de tensiones y resistencias. Las múltiples denuncias de transgresión al respeto a la vida privada en la prensa y el obstáculo que implicaba definir la autoría de muchas publicaciones, ilustradas por Picatto (2003), hacen resonar la antigua noción de publicidad representativa habermasiana que otorga legitimidad para el escrutinio público de las vidas de ciertas figuras.

En el terreno literario, estas resistencias derivaron en distintas formas de comprender la relación que los hombres debían tener con su familia, así como opiniones divergentes sobre la economía de sus emociones. Así, por ejemplo, Gaspar Rodríguez, el protagonista de la sátira de Roa Bárcena (2006) en *La Quinta Modelo*, es criticado de forma contundente por su narrador por el carácter marginal con que se ocupa de los asuntos de su familia y la compulsión que tiene por la política y la solución de problemas públicos. En contraste, Fernando Valle, el héroe romántico de Altamirano en *Clemencia*, quien muestra una clara resistencia a transparentar sus emociones y prefiere manejarse con cautela, acatando siempre las disposiciones de la autoridad militar, es concebido como el hombre bueno y esforzado que sabe cuidar la distancia entre su vida pública y sus intimidades,

aunque esto le granjee el desprecio de sus compañeros.

Este enfrentamiento en la concepción de la apropiada economía de las emociones de los ciudadanos mexicanos forma una parte esencial de un enfrentamiento de ideas que se propulsa a un sistema axiológico más amplio. La prensa, más que sólo permitir imaginar los motivos que hacen a un grupo de individuos adscribirse a una comunidad nacional, delineó también los márgenes de una esfera privada moderna. Este proceso, además de construir ciudadanía, hizo surgir preguntas sobre la relación más apropiada que los hombres debían tener con su esfera privada doméstica.

Visiones encontradas de modernidad. Dificultades políticas y económicas.

Se podría pensar que las razones políticas y económicas fueron las necesidades primarias que se tradujeron en el proceso de modernización liberal que marcó la primera centuria del México independiente y que inició desde las disposiciones de Cádiz a principios de siglo en Nueva España. Sin embargo, los estudios detallados sobre los conflictos que desataron los primeros intentos de reorganización en ese sentido para los reformadores liberales, podrían sostener la idea de que éste fue un proceso más paulatino, que se intentó propiciar por motivos más cercanos a lo ideológico. Tanto las resistencias sociales y culturales que se enfrentaron a las modificaciones políticas y económicas de las atropelladas administraciones liberales, como la imposibilidad de sostenerlas estructuralmente en términos financieros y de autoridad parecen apuntar en ese sentido. Independientemente de los motivos detrás de los cambios, esta dinámica ilustra con claridad la colisión repentina que significó la crisis de poder que caracterizó la mayor parte del siglo.

En un estudio sobre la modernización política en México a lo largo del XIX, Luis Medina Peña (2010) reconoce lo complejo que resulta la definición del concepto de modernidad y del proceso de modernización en términos políticos. Con esa premisa, decide situar la modernidad política como parte de un cambio trascendental más largo que inicia en el Renacimiento y que resulta del desplazamiento de las preocupaciones por la divinidad para situar al hombre en el centro de los intereses. El precepto del dominio del hombre sobre su propio destino condujo las razones ideológicas detrás de la construcción del

Estado moderno. Sin embargo, en el proceso de esa transformación, Medina Peña sitúa la sucesión de distintas crisis políticas cuya resolución significaría el tránsito hacia la modernidad política del Estado.

En su análisis hace especial hincapié en la temprana crisis de legitimidad política que la instauración de un planteamiento político moderno para el México independiente significó: “la legitimidad ‘moderna’ del nuevo Estado hubo de construirse prácticamente *ab initio* en diversos episodios, algunos de ellos violentos, a lo largo de los primeros 40 años de vida independiente” (31) Su planteamiento implica que el repentino vacío de poder y las formas de asociación políticas anteriores a los proyectos modernizantes significaron una gran ansiedad en términos de definición social y política. “La mayoría de los componentes de los actores colectivos o corporativos son incapaces de absorber del todo los conceptos que trae la secuela modernizante de las Luces para integrar a la nación en el Estado” (30). Además, Medina Peña detalla que el fracaso de la intentona iturbidista obedece a la misma lógica, pues la instauración de una monarquía constitucional resulta tan moderna como la de una república en el marco de una sociedad corporativista. El planteamiento es de especial importancia porque sitúa a una facción importante de conservadores luchando por instaurar también un Estado moderno en un complejo proceso de transformación. Asimismo, explica el descontento que para algunos otros conservadores provocó el Segundo Imperio mexicano que no detuvo, por ejemplo, el proceso de desamortización de las tierras del clero iniciado durante la Reforma (Gómez Galvarriato y Kourí, 2010).

Por otra parte Medina Peña (2010) se refiere a una crisis de participación o del sufragio y reconoce que desde 1812 la Constitución de Cádiz había otorgado a todo el Imperio el sufragio universal masculino. Esta decisión se corresponde perfectamente con la construcción de un varón racional como protagonista de la nueva esfera pública en el desarrollo de una modernidad liberal. Sin embargo, Medina Peña argumenta que la concreción del voto directo fue difícil de lograr y que el sistema federalista rápidamente subsumió esta prerrogativa de sufragio universal. Preocupados por un pueblo poco interesado en el sufragio o, peor aún, con voluntades electorales contrarias al ideario liberal, el sistema electoral indirecto permitió que la voluntad ideológica liberal de las élites se pudiera llevar a cabo.

Estas preocupaciones por la aparente desconexión del pueblo con el ideario político liberal se reflejan en las inquietudes por la desamortización de las tierras comunales indígenas. Esta reflexión la comparten Galvarriato y Kourí así como Medina Peña (2010), quien identifica que a lo largo de los procesos de desamortización de bienes civiles existieron “más casos de defensa de la propiedad comunal que exigencias de su distribución” (57). Además, reconoce que la necesidad de desamortización devino más de los presupuestos teóricos e ideológicos de los liberales por la construcción de ciudadanos propietarios en un sistema de libre mercado que de reclamos del pueblo. Al contrario, “cómo lograr conjugar la aplicación del programa reformista liberal con la obligación tutelar del Estado frente al ‘atraso’ material y cultural de la población indígena sería tema de múltiples debates a lo largo del siglo XIX y principios del XX” (Galvarriato y Kourí, 2010: 102).

La complicada resistencia que supuso una transformación desde arriba no estuvo, además, exenta de inconsistencias internas, que permiten imaginar la compleja operación mental que debió sucederse en las ansiedades de definición social, tanto de los más convencidos liberales como de sus acérrimos contrincantes. Por un lado, resulta trascendental la pasividad de los reformadores liberales para, más allá de la desamortización, concretar un sistema de división de la tierra que propiciara el esquema de individuos atomizados tomando decisiones de acuerdo a las reglas del mercado, suprimiendo el latifundismo. El hecho de que muchos de los ideólogos liberales fueran hacendados ellos mismos (Gómez Galvarriato y Kourí, 2010) indica en qué medida el proyecto de modernización estaba escindido *a priori*. Además, la imposibilidad de consolidar la estabilidad en las finanzas públicas que permitiera suprimir los impuestos al comercio interno refleja cómo el proceso de cambio produjo incertidumbres no sólo sociales y culturales, sino de la forma de concretar los ideales en una realidad económica y política específica.

El matrimonio civil. La familia y la esfera privada en el Estado moderno.

Por otra parte, los proyectos liberales de modernización significaron una disputa por la

definición del matrimonio. La intención liberal de arrebatar el contrato matrimonial al derecho canónico significó un cambio profundo en la definición de la familia, que se imbricó en las nuevas definiciones de espacio público y privado de la modernidad. A pesar de que el derecho canónico también definía, como parte de los estatutos del matrimonio, la supremacía del marido y el deber de la esposa a obedecerlo, las leyes coloniales contenían mecanismo de protección contra el maltrato, el abandono o la falta de palabra en el matrimonio, que quedaron en jaque con la adjudicación de la legalidad del matrimonio al orden civil. Si la primera Ley del Registro Civil de 1857 significó una escisión entre el tradicional matrimonio controlado por la Iglesia y un nuevo contrato civil que se podía celebrar bajo la tutela del Estado, la posterior Ley del Matrimonio Civil de 1859 le otorgó a éste la capacidad de definir la legitimidad del contrato. Finalmente, el Decreto sobre la Tolerancia de Cultos de 1861 terminó por determinar que cualquier arreglo que se realizara fuera de las reglas del Estado no tendría ningún efecto legal (Núñez Bercerra, 2011).

Esto significó que las mujeres casadas se suscribirían a un contrato legal bajo la tutela de un Estado liberal que había construido un espacio de igualdad para el libre intercambio mercantil y de ideas de los varones, pero que no terminaba por considerar a las mujeres como un individuo libre en este esquema de valores. “Las arduas divisiones en torno al divorcio muestran la dificultad que se tenía en imaginar una forma para reconciliar los deberes de la reproducción social con la libertad individual” (148). De hecho, los estudios realizados por Ana Lidia García Peña (2006) en torno a los juicios de divorcio en el siglo XIX mexicano revelan apenas un incipiente y muy lento desarrollo de un discurso de libertad de las mujeres, y sólo para aquellas de unas clases privilegiadas.

En realidad, la mayoría de los divorcios terminaron por favorecer a los maridos y “bajo el ideal teórico de la libre elección del individuo, se abusó de mujeres ignorantes y pobres” (628). La prevalencia de la institución del depósito femenino, que actuaba bajo la premisa de que las mujeres no podían autogobernarse y debían estar bajo tutela y vigilancia, significó una clara resistencia a la extensión de los ideales modernos de libertad e igualdad de los individuos para la mujeres, subsumiéndolas en un espacio privado enteramente dominado por la cara pública masculina y con muy pocos mecanismos para escapar de situaciones de violencia, mucho menos de mera infelicidad. Más que eso, para

lograr ser convincentes y obtener protección, las mujeres que accedían a estos mecanismos debieron usar estrategias de victimización y total resignación femenina que no dejaran entrever su voluntad, sino su total derrota y sufrimiento (García Peña, 2006).

En todo caso, la constitución de un orden laico y civil particular para el matrimonio deja claro que la consolidación de la modernización del Estado en México significó una reestructuración de los espacios públicos y privados en que operó también una modificación del orden de género. Si para las mujeres esto implicó la desaparición de los mecanismos comunitarios de protección y el nuevo reto de suscribirse a los ideales teóricos de libertad individual, los hombres se situaron como nuevos protagonistas y mediadores entre la esfera pública y la privacidad doméstica. Aunque con más libertad y movilidad, este cambio constituyó una crisis en las actitudes apropiadas de los hombres en relación con la subsistencia económica de su familia, con la economía de sus emociones en torno a ese núcleo familiar y, como se verá más adelante, con la manipulación de su apariencia.

Las efemérides patrias. Héroes nacionales e identidad.

Finalmente, cabe realizar algunos apuntes en torno al proceso de consolidación de una conciencia nacional que permitiera a los nuevos ciudadanos imaginarse parte de una comunidad delimitada territorialmente ante la heterogeneidad de las realidades a lo largo y ancho del territorio nacional. En el análisis sobre la modernización política del Estado mexicano realizado por Medina Peña (2010), una de las crisis que conforman el proceso de transición hacia una modernidad política es la de la construcción de la identidad o la conciencia nacional. En ésta, reconoce que el ideario liberal contó con la suerte —ante la amenaza de la desintegración del sistema federalista por los intereses de las élites regional— de construir enemigos comunes en torno a los enfrentamientos de invasiones extranjeras.

Además de la posibilidad de identificación de otro enemigo, la invasión norteamericana de 1846-1848 fijó los límites específicos de la frontera al norte de México, antes difusa. La delimitación de un espacio territorial particular para la comunidad nacional es uno de los requisitos que Anderson (1993) también reconoce como esencial para

imaginar la pertenencia a ésta. Además de la intervención de los franceses como otra amenaza a la independencia y la soberanía, así como la movilidad de los cuerpos de guardias nacionales a lo largo del territorio nacional, Medina Peña cree que la naciente educación pública que promovió el liberalismo mexicano también ayudó a conseguir cohesión e identidad nacional. La celebración de efemérides patrias constituye uno de los elementos de consolidación de una memoria nacional comunitaria a la que los ciudadanos podían suscribirse.

Sin embargo, la claridad de la dirección de estas efemérides nacionales no estaba fijada para estos años y la victoria del proyecto modernizador de los liberales tampoco se encontraba asegurada. Pérez Vejo (2008) cree, por ejemplo, que los proyectos de modernización para el México independiente de las facciones liberales y conservadoras, que se fueron consolidando a lo largo del siglo XIX, implicaron distintas visiones cosmogónicas del nacimiento moderno de la nación, en las que la relación con el pasado colonial, y por lo tanto con España, tenía especial importancia. Los liberales vieron en España el enemigo que había subyugado a los originales mexicanos y la independencia nacional significó el resurgimiento de una antigua nación. Los ideales de igualdad y libertad que enarbolaron los liberales mexicanos pretendían rescatar a las “atrasadas” poblaciones indígenas, que creían víctimas del sistema colonial español. En contraste, una visión más conservadora de la independencia nacional veía en el surgimiento de la nación mexicana una consecuencia directa de la madurez alcanzada con el régimen colonial y concebía a España como la madre que había gestado la independencia.

En ese sentido, Pérez Vejo se ocupa de comparar los discursos conmemorativos que se dictaron en las efemérides nacionales, que no eran las mismas para los gobiernos liberales y para los conservadores. Mientras estos últimos conmemoraban la independencia nacional el día 27 de septiembre, con la entrada del ejército Trigarante a la ciudad de México y celebraban la figura de Iturbide como héroe nacional, los liberales prefirieron fijar esta fecha los días 16 de septiembre, con el estallido de la guerra de insurgencia, y festejar la figura de Hidalgo. Los discursos referidos por Pérez Vejo ilustran mucho de lo que estaba en juego en términos de la construcción de héroes nacionales y de su relación con el papel del hombre en el progreso de la nación. A Iturbide se le reconoce por su papel

de conciliación para lograr la independencia a través del Plan de Iguala y de él “se elogia desde su porte distinguido y majestuoso hasta su clarividencia política” (129). En contraste, del cura Hidalgo, que hizo estallar la guerra, se enumeran entre sus virtudes “el patriotismo ardiente, la abnegación de sí mismo, la constancia, el valor...” (131).

La distancia que se encuentra entre el elogio del porte frente al de la entrega, capacidad de acción y el autocontrol, ilustran una dimensión estética de la crisis que significó comprender el papel del hombre en una nueva esfera de interacción pública en la que, teóricamente, éste debe actuar como un ciudadano igual y sin ninguna clase de prerrogativa ni privilegio. El cambio en la estética masculina de la modernidad está directamente vinculado en términos axiológicos con las nuevas formas de entenderse como actor en el panorama de libertad económica.

En los siguientes capítulos se abordarán el enfrentamiento de ideas en torno al papel y los valores masculinos propios de la realidad moderna decimonónica mexicana. A través de las novelas de Roa Bárcena, Altamirano y José Tomás de Cuéllar, se pretenden exponer las complejas formas con que se imaginó una relación moderna de los hombres con la economía y el mercado, con una apropiada economía de sus emociones y con la presentación de su imagen personal. Estas tres categorías de análisis, conectadas axiológicamente con un cambio en los ideales que dan coherencia a la vida social y cultural, podrían ampliarse con el estudio de otros textos literarios de la época que permitan reconocer otras dimensiones de ansiedad, disensión o crisis en el papel del hombre como parte del proceso de modernización en la historia de México.

2. TRABAJO, GASTO Y PATRIMONIO: EL HÉROE DE NOVELA Y LA ECONOMÍA

Estudiar la masculinidad debería partir de una reflexión sobre su especificidad. Por un lado, el modelo que ofrece Scott (2008a) para estudiar las transformaciones y permanencias históricas de las nociones de género permite revelar su naturaleza compleja. La definición de cuatro posibles focos para el análisis —el orden simbólico, el de las instituciones, el de la prescripción normativa y el de la identificación subjetiva—, además de ayudar a comprender los ámbitos en que transita el ejercicio de poder al definir lo que significa ser hombre y mujer, permite comprender las dimensiones del estudio que aquí se realiza. En el marco del desarrollo de una literatura nacional y de una turbulenta lucha por la definición política del Estado moderno mexicano, que caracterizó la historia del siglo XIX, aquí se estudian tres novelas particulares que muestran el debate público que se desarrollaba entre las clases letradas de la época. En este debate se discutían los efectos que el estado o el resultado de dicha lucha —a la vez ideológica y de poder— tendría en la sociedad. Como ya se ha dicho, esta definición de la sociedad implica nociones de género sobre cómo se deben comportar y cuáles son los roles apropiados de hombres y mujeres.

Aquí se aborda, como universo de estudio, el ámbito de la representación literaria, que corresponde al del orden simbólico. Sin embargo, este orden simbólico materializado en la literatura lleva implícita la producción de algunos marcos normativos. Cada representación, constituida desde distintas facciones ideológicas, implica la construcción de referencias más o menos heroicas, más o menos respetables, de sus personajes hombres, que se aprueban o desaprueban. En el fondo, la función moralizante del texto literario queda patente y cada una de las novelas estudiadas implica modelos de comportamiento específicos. Asimismo, la naturaleza propia del artificio literario permite que, en la construcción y presentación de los personajes y en el desarrollo de la ficción, éstos sean puestos en interacción con distintas instituciones de la vida social: el Estado, la Iglesia, la familia, etc. De esta forma, el estudio minucioso de los textos permite establecer relaciones sobre la forma en que sus escritores imaginaron el poder que tenían o debían tener las distintas instituciones de las que habla Scott en el ordenamiento de la sociedad y, por tanto, en la definición de nociones de género. Finalmente, se puede imaginar que la circulación

constante entre algunos círculos letrados de algunas de estas representaciones literarias, así como de otras con concepciones afines, y la difusión de sus nociones en un discurso más coloquial, fueron apropiadas por distintos sujetos en la constitución de sus identidades de género. Aunque se trata de una suposición importante y que le da pertinencia al estudio, el desarrollo de una cartografía de la circulación de las representaciones y de su apropiación subjetiva escapa a los límites de este estudio.

Esta reflexión, sin embargo, no alcanza a abordar la masculinidad en su especificidad. Es decir, ¿de qué manera se debe desarrollar el estudio de las nociones de género específicamente masculinas? Si las nociones de género son histórica y culturalmente específicas, ¿existen particularidades que se deben tomar en cuenta al momento de analizar concretamente los hombres y las formas que ha tomado la masculinidad, en oposición al estudio de la feminidad y las mujeres? El desarrollo teórico que realiza Connell (2003) en *Masculinidades*, aporta reflexiones importantes en ese sentido. Con base en una retórica de la dominación, propone que una de las características que deben considerarse para el estudio de las transformaciones de lo que él llama orden de género, es que las definiciones de lo masculino y la constitución de la masculinidad se modifican en direcciones que apuntan al ejercicio del control. Esto significa que las características que se entienden como propias de los hombres —aunque no todos las encarnen— son definidas así en un interés por llevar el poder a la esfera masculina y ejercer control sobre las mujeres, así como sobre otros hombres que no acaten dicho orden.

Independientemente de la postura política que dicha concepción teórica implica, esta aportación ayuda a focalizar los esfuerzos de análisis en categorías que ofrezcan más potencialidades. Para Connell (2000), el estudio de la masculinidad en trabajos cualitativos contemporáneos debe entender que ésta es el producto de un proceso moderno de industrialización. En términos de su modelo analítico más amplio (2003), el concepto de hegemonía es central para su desarrollo teórico y uno de los elementos más importantes para el ejercicio de dominación de la masculinidad se encuentra en la forma en que sus cualidades son definidas para dominar particularmente las relaciones de producción. En ese sentido, el estudio de la dimensión económica de producción como una categoría pertinente para el análisis específico de la masculinidad cobra claridad. En el caso particular de los

debates políticos que dominaron el México independiente hasta la caída del Segundo Imperio, la economía tiene también gran importancia. Si el proyecto modernizador de la república que fueron construyendo los liberales mexicanos implicaba la desaparición, real o imaginada, de los privilegios de raza y linaje, esto provocó ansiedades sobre las actitudes que se debían tomar en una nueva sociedad de méritos. Comprender las discusiones en torno a una dimensión económica de la vida de los hombres es esencial para iluminar el proceso de constitución de una nueva masculinidad en la modernidad mexicana. A saber, estas discusiones implicaron distintos posicionamientos críticos y juicios morales sobre las actitudes que los hombres mostraban en torno a su acceso al dinero y los bienes materiales —el trabajo o la producción—, y su forma de hacer uso de los mismos —el gasto o la inversión.

Por otra parte, el modelo de Connell brinda la oportunidad de pensar en la masculinidad en un sentido plural: no una masculinidad sino distintas masculinidades. Estas configuraciones implican su definición en distintos campos —una masculinidad obrera, burguesa, militar— así como en distintas relaciones de poder —masculinidades hegemónicas y subordinadas. Así, cabe pensar que las novelas estudiadas, en su representación, articulan un orden de género en que es posible definir distintas masculinidades a su interior. Sin embargo, la lectura que aquí se presenta prefiere enfatizar los rasgos comunes de la articulación de un orden de género que construye cada novela, enarbolando una idea sobre lo que es aceptablemente masculino. Si los axiomas que constituyen cada masculinidad propuesta están ligados a la compleja y a menudo contradictoria e inestable definición político-ideológica de sus escritores —entre cuyos elementos permutables se encuentran el liberalismo, el republicanism, la democracia, el capitalismo, el conservadurismo, la monarquía, la Ilustración, el comunismo, etc.—, se puede decir que las nociones de masculinidad propias de los proyectos políticos y sociales de cada uno de los escritores, se encuentran en pugna en el debate público y en la definición que éste va articulando de la ciudadanía moderna.

El resultado de dichas pugnas definiría entonces la hegemonía, según los términos de Connell, por lo que este debate público se entiende también como una crisis del orden de género. Por el devenir de la historia, sabemos que el discurso liberal ganó gran parte de las

contiendas políticas y, por tanto, sus nociones modernas de masculinidad ganaron terreno en el imaginario colectivo. Esto, sin embargo, no significa que la discusión haya sido resuelta tras la caída del Segundo Imperio. Tampoco significa que el influjo de las ideas conservadoras dejase de incidir en la formas de definir lo masculino, incluso en el discurso literario, como demuestra el desarrollo finisecular de la estética modernista en Latinoamérica. Los estudios de Molloy (2001) y Sánchez Prado (2010) sobre las implicaciones de género en la obra de Amado Nervo dan algunas luces sobre el desarrollo de esta tensión y cómo trasciende lo político.

En todo caso y, como nos permite entrever la postura de Connell, el germen político y económico de una transformación transnacional, relativa también a la circulación de ideas modernas sobre libertad y democracia en las naciones latinoamericanas, permite construir una categoría de análisis útil para el estudio del cambio en las nociones de masculinidad. Explorar las relaciones que los personajes masculinos en las novelas decimonónicas tienen con los métodos y medios de producción, así como con la administración y acceso a los bienes materiales, ayuda a comprender la particular relación que existe entre las formas más amplias de organización política y la distribución social del poder entre los sexos, así como la forma en que éstos son concebidos.

Literatura y cambio social. La trama económica en tres novelas del México independiente.

A su manera, las novelas estudiadas articulan una problemática en que el acceso a los bienes materiales, la forma en que éstos son administrados y el gasto del dinero, se posiciona de manera central en la trama. Con sus distintos matices, las novelas articulan una crítica a los valores de su época y perciben su momento histórico como uno de desorden aunque, como se verá, cada uno juzga la causa de formas distintas. La opinión más o menos directa que cada uno de los escritores —que encuentran voz en sus narradores y en sus estrategias narrativas— tiene sobre el desenlace de las guerras de insurgencia y las ideas modernas de democracia y libertad que devinieron de las mismas, varía en distintos grados.

La Quinta Modelo de Roa Bárcena fue escrita en 1857, en el centro de los conflictos por la promulgación de la Constitución del mismo año, que derivaría en la Guerra de Reforma. En el eje principal de su argumento se encuentra una crítica a los excesos reformistas de los liberales y las consecuencias de su aplicación desmedida y poco concienzuda. En un tono satírico, la novela presenta el personaje protagónico de Gaspar Rodríguez, quien encarna la naturaleza empedernida de los políticos reformistas. El dinero, los bienes materiales y su administración son elemento esencial del ejercicio crítico de Roa Bárcena. Frente al tradicional modelo de administración de su hacienda, Gaspar decide apoyar el proyecto de ensayar un modelo democrático de repartición de bienes entre sus trabajadores, en que cada uno se haga responsable de su propia producción y se supriman los castigos corporales. Por su carácter de “modelo”, la quinta de Gaspar constituye una alegoría de las consecuencias a gran escala de la realidad nacional. La supresión de las estructuras es entendida por Roa Bárcena como poco conveniente para el estado de la educación de los trabajadores, que se entregarían a la ociosidad y a los vicios, resultando en un caos total, que debe finalmente ser reordenado por la guía moral y patriarcal de la Iglesia.

La crítica a los modelos de consumo que aparecen en *La Quinta Modelo* no obedecen directamente a una defensa de las concepciones de consumo conspicuo que se reconocen en los estudios relativos a las formas de gasto del Antiguo Régimen (Elias, 1982; Kroen, 2004). La sátira de Roa Bárcena no es tan simplista como para retratar a un hombre conservador que es esencialmente derrochador, sino que hila más fino. Durante su estancia como exiliado en los Estados Unidos, Gaspar es incapaz de reconocer que no hay gran diferencia entre el lujo monárquico-aristocrático de las cortes europeas y aquel que se vive en la gran ciudad en Nueva York. “Condenó el primero [...] como una ostentación insolente de los reyes y de los nobles, y santificó el segundo como un medio de desarrollo ofrecido a la industria y el comercio” (Roa Bárcena, 2006: 13).

Además de apuntar que tanto patricios como plebeyos podían ser proclives al despilfarro, Roa Bárcena cree que las formas de gasto de las familias más nobles y de sus círculos no son banales, sino que tienen un sentido social. La idea de lujo y gasto, que podría asociarse con las esferas aristocráticas que Roa Bárcena defiende mordazmente, es

en realidad entendida como un medio para la defensa de la tradición, la comunidad y la protección del prójimo. Así, el autor hace burla de su personaje que, en su estancia en la Ciudad de México para fungir como legislador, toma nota de todas las campanas de las catedrales para construir cañones y de los candeleros, atriles y lámparas de plata, para ayudar a construir una hacienda pública, o un banco agrícola e industrial (27). Secuestrada la educación de su hijo Enrique por la esfera masculina, su madre Octaviana se estremece por la falta de compasión del pequeño, que reprueba la caridad y piensa que “quien da limosna a un mendigo fomenta la ociosidad y la vagancia”. “El entrenecerme es una debilidad indigna de mi sexo” (17), añade.

Para Roa Bárcena, parece que la obsesión de estos políticos por la libertad y por la justicia social les ha cegado, impidiéndoles ver la importancia del desarrollo moral, cuyo sustento está también en lo material, como en los bienes de la Iglesia y la institución de la caridad. Sobre todo, Roa Bárcena reprueba que estos “raptos políticos” separen a los hombres de su carácter paternal en la familia. Es un reclamo congruente con las conclusiones a las que llega Brown (2010) en su estudio sobre las cartas de una mujer colombiana a su esposo, un exmilitar Patriota y protestante, en la década de 1860. En éste, tanto como en la sátira de Roa Bárcena, la imposibilidad de cumplir con la provisión material de la familia forma parte de la crítica a la masculinidad liberal. Y es que parte de la ironía de la sátira de Roa Bárcena se encuentra en que, aún con la obsesión de Gaspar por la producción y la política, termina por desestabilizar de tal forma la organización social de la hacienda, que echa abajo las finanzas familiares, casi perdiéndolas por completo.

El caso de *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano es por completo antitético. Escrita y publicada por entregas en 1869, ya en la República Restaurada, la novela se sitúa unos años antes, en 1863, en torno a los esfuerzos del ejército liberal por contener el avance militar de los franceses, que los tenía guarecidos en la ciudad de Guadalajara. Situada en un contexto de guerra, con dos comandantes del ejército liberal como protagonistas, se trata de una novela con una clara estética romántica y cuyo drama central es la historia de infelicidad y desamor del comandante Fernando Valle. Narrada en retrospectiva por un médico de guerra que rememora la trama, plantea a Valle como un personaje incomprendido, tanto por su narrador como por sus colegas y, particularmente, por el objeto

de sus afectos, la Clemencia que le da título a la obra.

El retrato de Altamirano se puede plantear como un proceso de descubrimiento, en que se revela la verdadera identidad moral de los protagonistas, en oposición a sus apariencias, descubrimiento que es asumido retrospectivamente también por su narrador. Estas revelaciones permiten además reconocer una crítica y revaloración de las características de personalidad y de la presentación social de sus protagonistas. El general Flores, construido como un personaje a todas vistas atractivo y noble, es revelado hacia el final del drama como un oportunista sin ideales que compartía información militar con el ejército francés, lo cual se convierte en el punto de inflexión para el personaje de Clemencia, que estaba obsesionada y perdida de amor por la belleza y las galanuras de éste. Valle, quien es criticado por su parquedad y falta de habilidades sociales, termina por demostrar un temple inquebrantable, que en realidad controlaba una intensa vida interior. Éste termina por sacrificarse y tomar el lugar de Flores, cuando su confabulación es finalmente descubierta y es tomado preso para ser fusilado.

El juego entre las apariencias y la verdadera personalidad moral de los personajes lleva implícito un aprendizaje sobre los valores masculinos aceptables, entre los cuales la relación del hombre con el dinero y con su ambición personal debe ser discutida. Si bien ambos personajes son presentados como miembros de familias acomodadas, su forma de llevar esa posición es diametralmente distinta, dicotomía que contribuye a simplificar el mensaje. Flores es presentado como “gastador, garboso, alegre, burlón, altivo y aun algo vanidoso” Encarna el estereotipo de derroche elegante de la aristocracia y, a la vez, de una masculinidad seductora y heroica. “Era jugador y, por una excepción de la conocida regla, ganaba mucho” (Altamirano, 1990: 13). Además, “no esquivaba jamás la ocasión de prestar un servicio, y sus amigos lo adoraban por su generosidad” (14). En contraste, Valle es un personaje presentado como el entero opuesto. Se describe como “económico, laborioso, reservado, frío” (16). A diferencia de la generosidad de su compañero, “guardaba su poco dinero, gastábase con parsimonia y evitaba toda ocasión de comprometerse a pagar en un convite la comida y el vino de sus compañeros”. Estas actitudes lo obligaban a llevar una vida poco sociable, “por lo cual regularmente comía aparte o en diferente fonda, siempre solitario y siempre económico” (16).

No es de sorprender que en la novela de Altamirano, el desenlace demuestre que, a pesar de sus actitudes hurañas y parcas, sea Valle quien tenía la mayor fidelidad a la causa liberal, mientras que el elegante Flores utilizaba su posición en el ejército para obtener el mayor beneficio, sin ningún ideal personal más que el de su ambición. Su opuesto Valle representa todas las características del individualismo que el modelo liberal enarbola y que, sin embargo, no corresponden con la imagen de un ambicioso a toda costa. Su actitud meticulosa frente al dinero es consecuente con la idea de masculinidad moderna que Mosse (1996) describe en *The Image of Man, The Creation of Modern Masculinity*. En este estudio utiliza imágenes y representaciones masculinas desde finales del siglo XVIII en países de la Europa occidental para explicar cómo las nuevas necesidades de las crecientes clases burguesas debieron construir y difundir un ideal de hombre trabajador con valores esenciales de autocontrol, moderación y voluntad. Si para la lectura más visual de Mosse estos valores se traducían, por ejemplo, en el trabajo esforzado de cuerpos atléticos y viriles, Altamirano atribuye esa moderación y autocontrol al cuidado de los bienes que caracteriza a Valle.

Con particular maestría, Altamirano logra hacernos comprender que ese control meticoloso del dinero no significa que Valle fuese un envidioso con ambiciones personales ocultas. Frente a un comandante Flores que hacía gala pública de su generosidad y revela los placeres que dicha exposición le ha granjeado, Valle sólo es generoso una vez a lo largo de la novela, y decide hacerlo de manera anónima. Herido por el rechazo de Clemencia, Valle invierte tiempo, dinero y relaciones para salvar a la familia de ésta de un accidente que los deja varados cuando Clemencia decide que es preferible salir de Guadalajara que permanecer entre los franceses. El error de Clemencia, que desata la tragedia romántica, es no haber puesto atención a sus intuiciones, que le decían que Flores era un calavera cuyas galanuras no eran más que estrategias para obtener toda clase de placeres, y no reconocer que los miramientos de Valle demostraban el cuidado que un hombre virtuoso debía poner ante las decisiones más importantes.

Finalmente, la novela de José Tomás de Cuéllar realiza críticas desde una tradición literaria distinta. *Ensalada de Pollos*, novela con que inicia el proyecto literario de *La Linterna Mágica*, deja patente su función de realismo social. Con repetidas alusiones a

Balzac y su concepto de “comedia humana”, con que explica los efectos de los vicios sociales que retrata, la “linterna mágica” de Cuéllar (2007) ilumina las realidades de sus personajes y “hace más perceptibles los vicios y los defectos de esas figuritas” (4). A diferencia de la obra de Altamirano que, escrita y publicada por entregas también en 1869, se sitúa en la lucha de resistencia liberal frente a la intervención de los franceses algunos años antes, la *Ensalada de Pollos* de Cuéllar es acompañada por el epígrafe que la define como una “novela de los tiempos que corren”. La obra retrata el desventurado camino de dos hermanos de una familia humilde que, abandonados por su padre y guiados por la ambición, deciden buscar destino con toda clase de estrategias sociales. Este destino que Concha y Pedrito buscaban alcanzar estaba asociado con una situación económica más favorable. En sus intentos por asociarse con círculos de jóvenes de clases acomodadas, la novela logra realizar un retrato y una crítica al estilo de vida de los “pollos”, jovencitos urbanos de la Ciudad de México que llevan una vida de elegancia y ociosidad.

Cuéllar, quien fue un decidido liberal pero también un crítico tenaz de los vicios de su tiempo, articula en su novela una trama relativa a la ansiedad por el ascenso social y económico de una nación moderna. Se refiere a “esa aspiración constante de todas las clases de nuestra sociedad [...] de llegar a una posición superior; pero no a costa de trabajo ni por medio de recursos legales, sino arrostrando todo miramiento y consideración” (100). Para Cuéllar, existe un vínculo entre los ideales políticos de libertad que la nación moderna ha construido y los vicios que se han desarrollado en un afán por movilidad social. “El trabajo, que es precursor de la riqueza, todavía no puede entre nosotros ser una aristocracia, y nuestra juventud huye de los talleres presa aún de rancias preocupaciones,” apunta el narrador. Además, añade que “el sentimiento de dignidad personal y de la democracia está mal comprendido en este punto” (91-92). En vez de comprender las posibilidades que la libertad implica para los resultados del esfuerzo individual, Cuéllar cree que los mexicanos se confunden y, guiados por el ocio y el amor al lujo, deciden imitar la superficialidad de un mundo estamental y aristocrático, con la esperanza de ascender social y económicamente.

El trabajo y el esfuerzo es el valor fundamental que Cuéllar percibe como propio del progreso moderno de la nación, mientras que la ociosidad, la ambición y el amor al lujo son su contrario. Y como la “linterna mágica” ilumina y acentúa los vicios de sus

personajes, la novela de Cuéllar muestra los desdichados finales a los que éstos llevan. Don Jacobo Baca, padre de Pedrito y de Concha, inaugura la augurada tragedia abandonando a su esposa doña Lola en su vecindario para lanzarse a intentar hacer fortuna, incapaz de mantenerse en un oficio. “Aburrido don Jacobo de buscar destino y más aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa” (7): lanzarse a la revolución. Este primer error es acompañado por las decisiones de sus hijos que, ante la ausencia de la autoridad paterna, deciden ser consecuentes con su ambición.

Pedrito rápidamente decide buscar una colocación en el gobierno. Aunque no sabe hacer nada, convence a un general retirado de buscarle un puesto. “Era una piedra en el edificio social; buscaba un albañil que la *colocara*” (26).² Sin mucho dinero, pero en una situación de mayor prestigio, Pedrito se entrega a la vida elegante de los “pollos” gracias a los favores y la usura. Por su parte, Concha, ayudada por su belleza y hecha de amistades acomodadas, entra en conflicto con la desesperación de su madre, quien la veía perderse en la falsa ostentación. Raptada por su enamorado Arturo, un “pollo” de una familia adinerada y sin preocupaciones, que se enorgullecía de salvarla así de la violencia de su madre, acepta las ventajas de su nueva situación.

Sin embargo, la crítica a la ociosidad y la defensa del trabajo como valor de progreso y virtud social no es inocente de nociones de género. Mientras Pedrito y su padre, así como los distintos “pollos” que enmarcan la trama de la novela, son criticados por su laxa relación con el dinero y su falta de interés por el trabajo esforzado y constante, el caso de Concha es distinto. Su error fue su vanidad, su amor por el lujo y no haber sabido guardar su dignidad. Al haber aceptado la situación de unión libre con Enrique, en vez del compromiso del matrimonio, para Cuéllar, Concha se entrega a la prostitución y se convierte en víctima de ese mismo vicio masculino que malinterpreta la libertad y rechaza la responsabilidad de la provisión a la familia. El trabajo, particularmente el que requiere de un esfuerzo constante, perseverante y entregado, es un valor necesario para el progreso, aunque quienes encarnan esa responsabilidad como ciudadanos son sólo los hombres, tal como indican lecturas críticas sobre la modernidad, la construcción de la esfera pública y la

² En todas las referencias a las obras literarias estudiadas se conservan la ortografía y las marcas tipográficas de la edición consultada, salvo por el uso de corchetes.

ciudadanía (Fraser, 1997; Pateman, 1996).

La aparición del liberalismo mexicano y la circulación de ideas de democracia en los debates públicos por la conformación moderna del Estado significaron inevitablemente una discusión en términos económicos. Pero ésta no necesariamente se limitó al plano del desarrollo de una economía nacional e, incluso, podría decirse que apareció también como una ansiedad por la definición de modelos de comportamiento. La desaparición de los privilegios de linaje y de raza no significó una redistribución real de los poderes y, tal como explica Pérez Vejo (2008), el control que los españoles —convertidos ora en ciudadanos mexicanos, ora en enemigos invasores— ejercieron sobre las haciendas en los años posteriores a la independencia, fue una situación material real que fue objeto de crítica del liberalismo. Si la estructura de privilegios permaneció más o menos intacta incluso en un nuevo Estado democrático, estos ideales sí significaron un novedoso esfuerzo por imaginar los valores y los comportamientos apropiados que podrían justificar este control sobre la producción material, trascendiendo la raza y el linaje familiar.

Estos valores, discutidos en la prensa y representados en la literatura, se construyeron en torno al modelo masculino de trabajo en la esfera pública y de provisión en la familia, en una aparente necesidad por desarrollar una nueva relación de los ciudadanos con la producción y los bienes materiales. Como indica Scott (2008a), “los cambios en las relaciones de género pueden desencadenarse por las opiniones sobre las necesidades del Estado” (70). Esto significó nuevas opiniones sobre las formas de comportamiento apropiadas para los hombres que no les dieran un sentido de seguridad sobre sus bienes e incentivaran la competencia. Sin embargo, como también lo apunta Scott, “hombre” y “mujer”, como categorías históricamente específicas, son también categorías a punto de desbordar, “porque aunque den la impresión de ser fijas, contienen a su interior definiciones alternativas, desmentidas o suprimidas” (74). En ese sentido, realizar un análisis sistemático de las representaciones en las novelas de Roa Bárcena, Altamirano y Cuéllar debe considerar las relaciones distintas, y a menudo enfrentadas, de la masculinidad con una dimensión económica. Aquí el análisis se realiza en dos partes: en las relaciones que existen con el trabajo y las formas de producción de bienes materiales, y con la administración de los mismos y el gasto.

Un patrimonio propio. Trabajos dignos del vigor masculino.

Con las implicaciones que tienen los privilegios por linaje en el marco de las independencias latinoamericanas —en que se combinan prerrogativas de raza y clase—, acaso uno de los primeros elementos de discusión relativos a la relación de los nuevos ciudadanos con sus métodos para acceder a los bienes materiales reside en las herencias familiares. Esto significa que para el estudio de la representación de una masculinidad *ad hoc* a los cambios del México decimonónico, es de particular importancia analítica explorar la forma en que las obras valoran la relación de los hombres con los bienes de su familia como una vía más o menos legítima de sustento económico.

Altamirano, por ejemplo, en sintonía no sólo con su defensa del liberalismo, sino con su propia trayectoria de vida, pareciera interesarse más por enfatizar los valores que devienen con el desarrollo de una carrera desde abajo. Sus antagónicos personajes principales en *Clemencia* tienen en común la riqueza de sus cunas. El parco y económico Valle nació en una familia “rica y de carácter alegre, [que] daba fiestas a menudo, ya en sus salones en México, ya en sus haciendas del Estado de Veracruz” (Altamirano, 1990: 43). Sin embargo, comenta Valle, “el hogar paterno me negó desde niño su protección y sus goces, a causa de mis ideas y no de mi conducta” (189). A diferencia de Flores, que utilizaba sus recursos familiares para rodearse de la sociedad importante, un desacuerdo familiar de Valle, quien sostenía una amistad con un compañero pobre y estudioso de su infancia, lo obligó a renunciar a la protección de su familia.

Altamirano pareciera insinuar que el hecho de que Valle se haya alistado como soldado raso, desarrollándose desde abajo, formó un carácter hosco y moderado. Éste, a diferencia de Flores, que estaba obsesionado con estar “colocado muy arriba de sus semejantes” (53), se formó una personalidad particular y, antes que altivo, era “sumiso con sus superiores [...] [y] severo y riguroso con sus inferiores” (15). Los valores masculinos de Valle, que era a la vez aguerrido y obediente, parecen ser el producto de su desapego de los bienes de su familia. Y aunque Altamirano retrata estos efectos como extraños para sus semejantes, gracias a una estética romántica, logra enfatizar la profundidad de las

convicciones y la bondad del personaje.

En su *Ensalada de Pollos*, José Tomás de Cuéllar (2007) concuerda con Altamirano en las graves consecuencias que el disfrute de las herencias familiares tiene para el carácter de los hombres, particularmente los “pollos” que protagonizan su novela. Así, critica con su “linterna” al joven Arturo, enamorado y plagario de Conchita, que “bien podía, como Pedrito, no saber hacer nada, puesto que tenía dinero. Bien podía también emplear su tiempo como mejor le pareciese, de manera que, en lo general, no lo empleaba en nada, y podía ser un vago sin título y sin riesgo” (32). Enrique pensaba que el dinero lo podía todo. La comodidad de su juventud, viviendo de las libranzas de su padre, le permitió desarrollar un estilo de vida lleno de vicios. Con ese dinero amuebló la casa de Concha y compró así la comodidad de la unión libre, despegándose de las responsabilidades familiares. Siguiendo la explicación que da Mosse (1996) de una masculinidad moderna, la distensión que ofrecen las acaudaladas herencias familiares no parece desarrollar el tipo de compromisos que se requieren de un hombre, de acuerdo a las sensibilidades burguesas.

Sin embargo, esta relación con los bienes familiares no parece dictar la prescripción de los valores femeninos. Las bellas mujeres tapatías que impulsan el conflicto amoroso en *Clemencia*, aunque con caracteres distintos, son celebradas por sus habilidades sociales en el marco de una educación familiar, tales como su capacidad para tocar el piano y cantar, entre otras. Nada parece indicar que se pretenda que las mujeres se separen de sus bienes familiares. Al contrario, de su relación con su familia y de la unión matrimonial se espera que las mujeres alcancen su bienestar material. Así, su mayor interés debe ser proteger la legitimidad de esa unión, tal como lo hizo Isabel, prima de Fernando Valle en *Clemencia*, al rechazar los avances libertinos de Flores, en contraste con el desafortunado destino de Concha en *Ensalada de Pollos*.

En “One step forward, two steps back”, Dore (2000) explica cómo las reformas liberales del siglo XIX latinoamericano limitaron la protección y autonomía femenina al arrebatarles su capacidad de recibir una herencia familiar o al enviudar, restringiendo la propiedad privada al ámbito público masculino. Como dejan claro los ejemplos anteriores, esto implicó la construcción de un modelo que ata a las mujeres a un proyecto de familia heterosexual. Y aunque el modelo otorga más libertad a los hombres, particularmente en

términos de propiedad, los axiomas que dictan lo que se espera de la personalidad de éstos parecen apuntar más a una producción personal que a la comodidad de los bienes heredados. En uno de sus “Artículos ligeros obre asuntos trascendentales”, columna de José Tomás de Cuéllar (2013), que apareció en el periódico *La Libertad* muchos años después en 1883, *Facundo*³ dará continuidad a su elogio del trabajo esforzado, celebrando una nueva Ley de Libre Testamentificación de ese mismo año. La posibilidad de que los padres heredaran sus bienes de la forma que más les pareciera, despojaba a sus primogénitos de la seguridad de su porvenir, obligando a buscar nuevas formas de ingresos o, al menos, a ser menos ociosos y mostrar a sus padres mayor interés por la buena administración de los bienes.

En contraste, aunque la sátira conservadora de Roa Bárcena (2006) no celebra con descaro la ociosidad, sí involucra una relación distinta con los bienes heredados por el privilegio del linaje. Aunque existen personajes elogiados por su relativa pobreza o, al menos, por no ser ricos de familia, un análisis más detallado de la crítica realizada a su personaje principal, revela cómo se juzga la idea de que un hombre viva gracias a su herencia. Aunque Octaviana, esposa de Gaspar, estuvo enamorada de un hombre pobre en su juventud, su matrimonio con Gaspar se concreta porque él es un hombre acaudalado de familia. No hay ninguna precisión sobre el origen de la hacienda que se convierte en la “quinta modelo” de Gaspar, pero se puede asumir que forma parte de ese pasado familiar. Más que eso, el narrador en ningún momento insinúa que la comodidad de los bienes de su hacienda ha provocado en Gaspar una falta en su carácter. De hecho, se retratan idílicamente los tiempos en que, antes de su proyecto político, el personaje depositaba los quehaceres del campo en la responsabilidad de un administrador. “Tenía en él tal confianza Gaspar [...] que para nada se ingería en la administración de la hacienda, entreteniéndose mientras permanecía en ella únicamente en leer, cazar o montar a caballo” (45).

Roa Bárcena no desapueba estas actitudes que podrían considerarse ociosas y, al contrario apunta, sobre esta época en la vida de la familia Rodríguez, que “en ninguna parte se gusta como en el campo de los placeres de la sociedad” (45). El error de Gaspar en realidad fue el de desestabilizar esa armonía con sus proyectos democráticos que Roa

³ Seudónimo con que publicó José Tomás de Cuéllar en la prensa periódica y en semanarios culturales.

Bárcena juzga como inapropiados para los trabajadores, que están bien con lo que tienen. Por el resultado del experimento, la libertad que Gaspar les ofreció a sus peones pareciera haberles dado un incentivo para el hurto y propiciado el ambiente para los vicios. En contraste con los personajes de Altamirano y Cuéllar, “si Gaspar no era indiferente a las comodidades materiales de la vida, sobre el deseo de la conveniencia personal se levantaba en él [...] el ídolo de la monomanía política” (30). Dicho de otra forma, no es que Gaspar fuera despegado de lo material, sino que estaba cegado por la política. En todo caso, la reflexión de Roa Bárcena se dirige a la idea general de que Gaspar debió valorar mejor su situación económica, dejar todo en manos de su administrador y así cumplir con su papel de esposo y padre. Esa responsabilidad protectora prima sobre el esfuerzo y el trabajo que los contrincantes políticos de Roa Bárcena promueven para los hombres de la nación.

Similares opiniones encontradas se reflejan en torno al tema del préstamo y la usura, de cuya aprobación o desaprobación se desprenden distintos valores masculinos frente al dinero. Cuéllar enlista claramente entre los vicios de sus “pollos” el de vivir de lo prestado. Deber dinero al sastre es uno de los ejemplos que dejan patente la necesidad de aparentar sin hacer caso de la incapacidad de pagar y forma parte del amor al lujo. Y aunque Altamirano no hace ninguna referencia al préstamo y la usura, Valle se muestra como un hombre organizado y cuidadoso con sus finanzas. Por su parte, Roa Bárcena (2006) critica que Gaspar, arruinado con un incendio en su hacienda y regresando de su exilio en los Estados Unidos, logre sostenerse gracias a los préstamos de sus amigos. Sin embargo, aprovecha la ocasión para criticar la postura de los políticos liberales frente a la caridad. Con mordacidad, se refiere a la diferencia que éstos realizan entre prestar a un comerciante o artesano y los grandes préstamos que se otorgan entre los hombres de Estado. “No os prestarán por conmiseración o generosidad; pero os prestarán por interés o por miedo” (25).

Es inevitable notar el interés de Roa Bárcena por sostener un *statu quo* ligado a una estructura jerárquica que, para él, no significa aferrarse a los deseos materiales, sino que son la única manera de permitirse ser generosos y buenos con una comunidad que es incapaz de ganar los bienes por sí misma. Prueba de esto es que la Escuela de Artes y Oficios, que se fundó como parte del proyecto modelo de Gaspar, no haya significado ningún avance para los trabajadores y nuevos propietarios, sino que al contrario, la

dirección paternalista de la Iglesia haya tenido que enmendar su camino. En este panorama, los hombres de clase alta no necesitaban investirse de valores como el autocontrol y propagarlos como una responsabilidad masculina en un sistema de individuos atomizados y sin jerarquías. Desde la realidad conservadora, no hace falta designar un rasgo esencial masculino trabajador, puesto que existen rasgos de distinción para aquellos que están en la cima de la jerarquía. De hecho, el caos que retrata Roa Bárcena en la quinta de Gaspar puede ser una clara alegoría sintomática de las ansiedades que Graciela Montaldo (2010) atribuye a los aristócratas finiseculares en América Latina. Mientras ella se refiere, por ejemplo, a la desaparición de los rasgos de distinción de la alta cultura que arrebatában el poder de los “hombres de genio”, en el caso de Roa Bárcena esta ansiedad se vuelca sobre la pérdida de valores como la caridad y la generosidad, que no asocia con la ostentación y la vanidad, sino con la nobleza del espíritu.

Así, por ejemplo, Roa Bárcena (2006) hace burla del rechazo que Gaspar demuestra hacia Alberto, el pretendiente de su hija Amelia, que no es un político cercano a los círculos de poder como su compadre Márquez con quien quiere emparentarla. Gaspar rechaza a Alberto no sólo porque no tiene dinero, sino porque ocupa gran parte de su tiempo en la pintura. La voz del narrador de Roa Bárcena nos da algunas pistas de los valores que se esconden detrás de la crítica a la opinión de Gaspar:

El límite a donde llega en estos casos una prudencia razonada y previsor, es el punto de partida de la vanidad y del lujo, esas llagas que carcomen las entrañas de nuestra pobre sociedad, haciendo que se extingan las familias y sacrificando no pocas veces ante una sombra vana y hasta ridícula, los sentimientos más nobles del corazón (69).

La articulación de los valores es complicada porque, como en toda noción de género, hay inconsistencias en su modelo, que hay que analizar finamente. Roa Bárcena cree que la obsesión de los políticos como Gaspar, entusiastas de la previsión económica y el progreso, en realidad esconde una vanidad profunda. Irónicamente, su apuesta es por la distensión y el goce del espíritu, por dar más libertad a los sentimientos y, por tanto, ocuparse menos de la reflexión productiva y económica. Esto es posible porque este esquema de valores está sostenido por un ideal de la jerarquía en la sociedad. Roa Bárcena cree que la vida tranquila que llevaba Gaspar, sin preocuparse siquiera por las minucias de la administración de su hacienda, corresponde a una masculinidad responsable, puesto que

guarda el orden y protege los bienes de su familia. Y aunque reivindicar la importancia de la caridad permite desaparecer cualquier sospecha de amor al lujo y de ostentación, el retrato contrario que hacen Altamirano y de Cuéllar permite insinuar que éstos juzgarían esa comodidad material sin esfuerzos como un rasgo feminizante o, por lo menos, reprochable en un hombre de la nación.

Y no es precipitado pensar que la idea de una comodidad económica que no requiera un esfuerzo personal sea juzgada cada vez más como una característica femenina en el nuevo panorama nacional. En su estudio sobre las figuras femeninas en la prensa satírica durante el Segundo Imperio, Erika Pani (2001) reconoce que los liberales encuentran en las mujeres las principales defensoras del conservadurismo. La prensa de oposición durante el imperio criticó su participación política por lo que ellos juzgaban como un arribismo social y una desmesurada búsqueda de la opulencia con base en modelos extranjeros. No es de sorprender, por ejemplo, que en el retrato de la “monomanía política” de Gaspar, éste acuse a su esposa Octaviana de representar a las clases privilegiadas en la pequeña república de su hacienda. En esta sátira alegórica, Gaspar piensa que su mujer defiende “la familia del propietario, que engorda y se refocila a costa de la familia de los obreros” (Roa Bárcena, 2006: 55) y parte de su proyecto liberal es separar a su hijo varón del influjo de su madre, para que se haga de su propio destino, en vez de apoyar las necias inquietudes femeninas. La sátira de Roa Bárcena trata de enfatizar el sinsentido de estas acusaciones, otorgándole a Octaviana la sabiduría convencional de prever el desorden de valores morales que seguiría al experimento de su marido. Así, aboga por un modelo de hombre apegado a la familia y a sus esquemas tradicionales de heredar la riqueza.

Por otra parte, dado el contexto turbulento de los desacuerdos políticos que caracterizaron el siglo XIX mexicano hasta el triunfo liberal y la República Restaurada, la guerra y la trayectoria militar se convirtieron en un medio para alcanzar fama y, sobre todo, un nuevo estatuto social y económico en la nueva realidad nacional. Las revoluciones del siglo XIX latinoamericano constituyeron un espacio propicio para demostrar cierta virilidad ligada al arrojo y a la fuerza física, así como ciertas sensibilidades fraternales propias de su conformación homosocial (González Stephan, 2010). Más que eso, la inestabilidad política permitió que hombres de orígenes humildes llegasen a ostentar altos cargos en los nuevos

Estados a raíz de su pericia militar, su audacia y su astucia. En un seguimiento de las trayectorias militares de los españoles que lucharon por defender la última colonia continental en América durante la batalla de Ayacucho, Sobrevilla Perea (2011) reconoce en la guerra no sólo esta posibilidad de ascender, sino muchos de los prejuicios ligados al militarismo liberal, como el de practicar la masonería y el de formar grupos compactos de protección política.

En las novelas de Altamirano y Roa Bárcena existen juicios encontrados en torno a las trayectorias militares. Por un lado, el desarrollo militar del sobrio Fernando Valle en la novela de Altamirano refleja las ideas de respeto y disciplina que se esperan sean virtudes masculinas en el servicio militar. Valle pasó de soldado raso a coronel manteniendo un perfil bajo y, particularmente, siguiendo las órdenes de sus autoridades. Esta imagen de honorabilidad masculina es congruente con las sensibilidades burguesas de autocontrol de las que habla Mosse (1996). Sin embargo, la guerra no es por sí misma la catalizadora de los valores aquí enunciados. El atractivo y elegante Flores encuentra también en el conflicto bélico una oportunidad para concretar sus ambiciones de poder. La diferencia, por supuesto, se encuentra en que la convicción de Valle estaba tanto en sus ideales políticos como en el desarrollo de sus capacidades desde abajo, mientras que Flores estaba obsesionado con colocarse por encima de todo poder político, económico y social. “El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie”, dice Flores. “Para mí es la ambición. Yo quiero subir” (Altamirano, 1990: 53). Y al cuestionarse la posibilidad de otro medio para su ascenso, Flores argumenta que, aunque siendo banquero hubiera podido llegar a ser millonario, tendría que acaso doblegarse alguna vez ante el hombre de armas o el gobernante.

José Tomás de Cuéllar (2007) también parece preocuparse porque la guerra se convierta en una salida fácil a los problemas económicos y de cabida a las ambiciones de quienes están desesperados por hallar destino sin el esfuerzo constante. De hecho, la tragedia social de su *Ensalada de Pollos* inicia cuando don Jacobo Baca, padre de Pedrito y Conchita, se lanza a la revolución como una forma de escapar a la desesperada rotación de oficios con que no lograba estabilizarse hasta entonces. Sin embargo, *Facundo* se encarga de aclarar que respeta “esta misma idea de lanzarse a la revolución, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo” (8). No se trata entonces de una aversión a la guerra

como una vía de consecución de ideales políticos, sino de un miedo al desorden que generan las ideas de libertad. Este desorden se trata de contener con valores masculinos de autocontrol y medida como los que representa Fernando Valle. Cualquiera puede ver recompensado su heroísmo cuando éste está fundado en el patriotismo y en la disciplina. Sin embargo, la guerra puede significar un espacio para el desorden impulsado por las ambiciones y la ansiedad de subir social y económicamente. El episodio en que don Jacobo debe conseguirse un caballo, apoyándose en el violento poder de coerción de “la bola”, es prueba del interés de Cuéllar por mostrar cómo la guerra puede ser una excusa perfecta para arrebatar los bienes, incluso a quienes los han ganado por medio de su esfuerzo. La brutalidad de la fuerza masculina debe controlarse en este contexto por los valores antes mencionados.

Estas ansiedades por los efectos de la guerra son compartidas en gran medida por los más conservadores que, sin embargo, no encuentran siempre en ella el medio para alcanzar las metas políticas, ni tampoco las personales. Aunque la alegoría satírica de Roa Bárcena no contiene referencia alguna a la guerra, el estudio que Pérez Vejo (2008) realiza sobre el mito fundacional de la nación que sostenían los gobiernos conservadores deja entrever que juzgaban la guerra de insurgencia como un fenómeno violento para un proceso de independencia política que debió darse de forma más lenta y pacífica. Nuevamente, más que abogar por una nueva masculinidad de una fuerza viril contenida para hacer crecer la nación, el ejercicio de resistencia que es esencial en los conservadores apuesta por la confianza en la superioridad moral de las élites educadas para llevar a cabo la independencia e, incluso quizás, la modernización.

Además de esto, las novelas discutidas contienen algunas opiniones encontradas relativas a diversas formas manuales de trabajo para acceder al bienestar económico. Por un lado, se encuentra el rechazo de Roa Bárcena al mundo de la política como una esfera para el desarrollo profesional. En su sátira se ridiculizan las funciones parlamentarias a las que se dedica Gaspar en la primera mitad de la obra, mostrándolas como un estorbo para el ejercicio de poder del ejecutivo nacional. Y aunque su sátira no encuentra otra vía para el acceso a los bienes que no sea la conservación del *statu quo*, alude al idilio de la vida en el campo, ligada a la buena administración de los bienes, aunque la responsabilidad pueda ser

delegada.

Muy distinto es el elogio bucólico que realiza Cuéllar en el trágico episodio del Rancho de las Vírgenes en *Ensalada de Pollos*, en que una hacienda en que vive un viejo con sus hijos e hijas es quemada y saqueada por las fuerzas revolucionarias que, además, no se encontraban en ninguna misión en particular. Los revolucionarios se hallaban en una situación de precariedad de recursos y el saqueo era una forma de subsistencia. Además de dar una lección sobre cómo las campañas militares innecesarias podían ser sólo una excusa para el asalto y la depredación, Cuéllar enfatiza la nostalgia del autoconsumo de subsistencia y del trabajo directo de la tierra —nostalgia muy distinta al retrato idílico que presenta Roa Bárcena de la hacienda de Gaspar Rodríguez. En el episodio del Rancho de las Vírgenes de Cuéllar, una familia tiene que pagar un terrible destino por culpa de la ambición desenfadada y perezosa del grupo de bandidos revolucionarios.

Y es que el retrato de Cuéllar (2007) condena, precisamente, tanto el desenfreno de la fuerza viril, como la pereza y el ocio. La apuesta de Cuéllar es por una masculinidad que sea capaz de controlar su virilidad con disciplina en el ejercicio de un oficio manual. La idea de autocontrol está contenida no sólo en el ejercicio medido de la fuerza que exige el oficio, sino en la perseverancia del trabajo continuo que rinde frutos a largo plazo. Si por un lado la guerra es una salida fácil que da rienda suelta a la ambición de quienes están hartos de buscar destino, Cuéllar condena también en el estilo de vida de los “pollos” la búsqueda de la sofisticación de ciertos trabajos comerciales como una forma de acercarse a los estilos de vida privilegiados. Los retratos de los jóvenes de la *Ensalada*... coinciden en general en el abandono de un oficio familiar por el llamado a una vida de sofisticaciones urbanas. Cuando el padre de Pío Prieto le regala una levita que le permite acceder a espacios y experiencias más sofisticadas, éste pierde el interés en el oficio familiar de hojalatero: “la levita comenzó a ponerse en pugna con el soldador y con el estaño [...] y [Pío Prieto] se volvía más meditabundo que trabajador” (91). También Pepe Pardo “encontró un día muy prosaico el dedal y muy oscuro el porvenir” (174), por lo que decidió dejar la sastrería de su padre y mudarse a la ciudad de México en donde se dedicó al comercio.

El comercio, como algunas otras formas de acceso a estilos de vida elegantes que de otra manera estarían vedados para las clases sociales menos privilegiadas, significa para

Cuéllar una obsesión por el lujo que es improductiva y feminizante:

Tiempo es ya de decirle a esos barbados, musculosos y sanos vendedores de encajes y de chucherías, de listones y de terciopelos, de baratijas y de cigarritos: «Salid de vuestros armazones a emplear vuestras fuerzas, vuestra juventud y vuestra inteligencia en trabajos dignos del vigor varonil y de la misión del hombre y dejad vuestros mostradores para que sirvan de parapeto a la virtud de la mujer» (210).

Abogando por el trabajo manual, José Tomás de Cuéllar completa un cuadro en que se critica, como una necesidad bastarda y superficial, la lucha a toda costa por el ascenso económico o, en todo caso, la permanencia en la cima. La aparición de nuevos ideales de libertad y democracia trajo un juicio negativo a la comodidad de la dependencia en las herencias familiares. La construcción de un patrimonio a través de una trayectoria propia y esforzada aparece como esencial para el desarrollo de los valores de voluntad y aplomo necesarios al progreso nacional. Pero en una nueva realidad sin privilegios de linaje, la libertad hace surgir una ansiedad por el descontrol social. Si el belicismo se percibe como un exceso en el ejercicio viril del poder cuando no está asociado a una personalidad medida, las estrategias urbanas de acceso a los círculos sociales más privilegiados de una incipiente burguesía de cuello blanco se juzgan como femeninas. El trabajo de los hombres debe ser uno que obligue al esfuerzo sin transgredir los límites de la libertad. Los excesos de refinamiento o relajación, que en las sociedades aristocráticas podían asociarse con la capacidad de brindar bienestar material, ahora se juzgan con sospecha y como un rasgo de feminidad.

Rancias preocupaciones. El amor al lujo y la forma de gastar.

Además de la forma de acceder legítimamente a los bienes materiales, las tramas económicas que revelan estas novelas enfatizan maneras distintas de comprender la relación de los hombres con sus modos de administrar los bienes y gastar el dinero. Aunque estas discusiones tienen características específicas, algunas de sus expresiones se han abordado a lo largo de este capítulo porque guardan una estrecha relación con los nuevos axiomas de autocontrol y moderación que se han ido presentando. Además, los nuevos valores que dictan las formas del gasto y la administración de los bienes también delimitan

el tipo de artículos que se pueden conseguir. Esto tiene una repercusión en la presentación de la persona, puesto que la indumentaria y los afeites, por ejemplo, forman parte de dichos artículos que dependen del tipo de gasto. La dimensión de la presentación de la persona se abordará, en términos más estéticos, en los capítulos subsecuentes. Sin embargo, aquí se pueden realizar algunas anotaciones sobre las discusiones que sobresalen en torno tipo de gasto es más apropiado a una masculinidad moderna mexicana en las novelas estudiadas.

Como se dijo antes, la concepción del gasto de las familias debió transformarse de acuerdo a los nuevos valores de libertad y democracia que trajeron el liberalismo y el republicanismo mexicano. El desarrollo de una idea de igualdad entre los ciudadanos y el intento de instauración de un sistema de méritos hacía poco plausible que se valorase el consumo conspicuo y el derroche de las sociedades aristocráticas. Aun así, la dirección de la transformación no fue sencilla. El pensamiento conservador no asoció su tipo de consumo con un derroche ilegítimo sino que, como se muestra en la sátira de Roa Bárcena, lo entendía como una muestra de la superioridad moral de su espíritu en el ejercicio de la caridad. Incluso con este argumento, los críticos liberales vieron en la caridad no un derroche de las clases altas, pero sí un sistema que fomenta la ociosidad de los ciudadanos. En el retrato de los estilos de vida de los “pollos”, alertado por su despreocupada situación financiera que no siempre podían sostener, Cuéllar (2007) reconoce los malos resultados de la institución colonial del Monte de Piedad. Para éste “la pereza [...] la holgazanería y todos sus hijitos los vicios, a la sombra del gran pensamiento filantrópico se disfrazaron de miseria y también se arrastraron hasta la puertas del Sacro y Nacional Monte de Piedad de ánimas” (138).

Sin embargo, el modelo conservador aún defendió su estilo de gasto aludiendo a los beneficios de la filantropía y la caridad. De hecho, en *La Quinta Modelo*, la aparición de vicios como el juego y la bebida entre los trabajadores de la hacienda de Gaspar se juzgan como el resultado de la falta de orden laboral y de la ausencia de dirección moral de la Iglesia. La nueva libertad de los trabajadores los hacía entrar en un descontrol, puesto que no contaban con la superioridad moral de sus hacendados, más educados y, por tanto, con mejores costumbres. Esto es, justamente, lo que le dice Octaviana a su hijo Enrique cuando éste le arguye que su padre le ha enseñado que todos los hombres son iguales.

En contraste, Cuéllar (2007) atribuye los vicios del juego y de la bebida a la fascinación con el lujo y con los estilos de vida de las clases altas, negando así su superioridad moral. Insiste en que, entre los hábitos de la más acomodada sociedad de la Ciudad de México, “el verdadero *chic* consiste en beber con naturalidad” (124), y retrata cómo varias “pollos” se embriagan tratando de imitar dichas costumbres. Además, critica que “entre las virtudes del pollo se enumera la de no ser egoísta: la tercería le encanta porque estimula y le torna servicial, y lo infatúa esta complicidad” (90). Así como Altamirano termina por enaltecer la economía de Valle frente a la falsa generosidad de Flores que sólo es estrategia, Cuéllar se burla del derroche de los “pollos” que, ociosos por la ciudad, se dedican a la galantería y hallan placer en ayudar a sus compañeros en aventuras, completamente despegados de intereses personales. Esa generosidad no es más que la marca de su fascinación por un lujo que es su aspiración.

En el fondo de todos estos intentos por parcelar la relación de los hombres con el tipo de gasto, aunque pareciera primar un cambio axiológico en términos generales, subyace un discurso de género relativo a la masculinidad. En virtud de la promoción de una familia nuclear como vértebra económica y reproductora de la nación, los hombres, vínculos de las familias con lo público, son entonces los responsables de garantizar el bienestar económico y de mantener un orden social. El tipo de gasto que realizan tiene implicaciones claras para con la eficiencia de su proyecto de bienestar.

Cuando, una vez superado el fracaso de *La Quinta Modelo* y, tras la trágica muerte de su hermano, Amelia logra finalmente casarse con su enamorado Alberto, éste se dedica al aprendizaje de las cosas del campo para sostener la economía familiar. El ideal de producción masculino es algo de lo que Roa Bárcena (2006) no logra escapar. Sin embargo, una vez alcanzada una estabilidad, el autor no deja de hacer notar rasgos particulares de sus hábitos de gasto. Alberto, por ejemplo “repugnaba escamotear a los trabajadores el salario” (83) y, al poco tiempo, volvió a retomar su interés por la pintura. Gaspar, ya verdaderamente enloquecido tras la muerte de su hijo, conserva su monomanía política y critica los hábitos de su yerno: “¡A bonito mequetrefe me han dado ustedes por hijo! No sabe más que pintar muñecos y países de abanicos. Parece una dama según lo melindroso y delicado” (87).

Aunque para Roa Bárcena su personaje habla desde el patetismo de la derrota, en sus palabras se esconde un juicio feminizante que limita el actuar masculino, desdeñando las actividades que no sean productivas, así como los gastos innecesarios y artificiales. Como se verá en el capítulo siguiente, el desagrado de Gaspar hacia el ejercicio de la pintura es una característica que puede desdoblarse, entendiéndolo no sólo como una muestra de su rechazo a las actividades improductivas, sino también a la expresión de las emociones y la sensibilidad masculina. La discusión pública en torno a la modernidad abordada en este capítulo pondrá también sobre la mesa un juicio hacia la expresión desmesurada de los sentimientos, que acaso trasladará poco a poco al ámbito de lo femenino.

3. “ENTERNECERME ES UNA DEBILIDAD INDIGNA DE MI SEXO”. CRISIS Y REPRESENTACIÓN DE LAS EMOCIONES MASCULINAS

En su obra sobre la transformación de la intimidad, Anthony Giddens (1992) ilustra la forma en que las relaciones interpersonales de pareja se han convertido cada vez más en un eje fundamental para la felicidad de los sujetos. Explica que las maneras en que establecemos nuestras relaciones han superado las estrictas funciones sociales que tenían en el pasado. Para Giddens, en las sociedades contemporáneas del capitalismo tardío, la construcción de una vida en pareja cumple objetivos de satisfacción personal en la que los sujetos depositan expectativas de realización más trascendental. En este esquema, el aseguramiento de un linaje, la acumulación de los bienes o la construcción de lazos sociales de lealtad quedan cada vez más fuera del juego, dando espacio a las necesidades afectivas más personales y poniendo la intimidad de la pareja en el centro de la relación. Al final de su propuesta, el sociólogo británico reconoce que estas nuevas relaciones —a las que hace llamar relaciones puras— concuerdan con los discursos de democratización en todos los ámbitos de la sociedad. Así, el reconocimiento de las capacidades de cada individuo, la protección frente al poder autoritario y coercitivo, el involucramiento de todas las partes en la toma de decisiones y la búsqueda de autonomía de los sujetos, como ingredientes de los sistemas políticos democráticos, permean también los fundamentos de las relaciones íntimas de pareja (185).

Aunque Giddens habla de un proceso que encuentra su forma más clara en las relaciones de las sociedades contemporáneas, el vínculo que realiza con la noción de democracia liga la transformación de las relaciones íntimas con otros procesos de cambio en las formas de organización política y social. De hecho, el desarrollo de la historia moderna puede atestiguar un cambio en los modelos de construcción de parejas, que se separan de los intereses de preservación de privilegios, de la raza, las propiedades y los linajes de antiguas formas de organización social estamental, encontrando cada vez más espacio para el afecto entre los sujetos. En su estudio sobre los intereses que impulsaban la formación de matrimonios hacia finales del período colonial de la Nueva España, Pilar Gonzalbo Aizpuru (2007) reconoce que “las formas de expresar los sentimientos cambian

con gran lentitud” (1125). Sin embargo, identifica que los registros parroquiales de solicitud de matrimonio en la ciudad de México a lo largo del siglo XVIII, dan cuenta de un incremento en las edades de unión, es decir que los matrimonios fueron cada vez más tardíos. Para Gonzalbo Aizpuru, esto “corroborar la idea de que por esas fechas se había registrado la tendencia hacia un régimen matrimonial de tipo moderno, semejante, aunque con cierto rezago, al patrón imperante en Europa” (1139). El crecimiento en la edad de los contrayentes significaría mayor autonomía para escoger pareja y permite sospechar una mayor necesidad de satisfacción emocional en la elección.

A conclusiones muy similares llega un estudio de Ghirardi (2013) sobre los juicios de disenso de promesas matrimoniales en la región argentina de Córdoba en los albores del siglo XIX. En estos juicios, Ghirardi se encuentra con padres que buscan proteger a su familia de las juveniles decisiones de pareja de sus hijos. Los documentos revelan la “tensión entre la vigencia de un sistema de ‘honor estamental’ basado en privilegios de nacimiento, y una concepción del honor fundada en virtudes y valores individuales” (238). En un mundo marcado por “una falta de autonomía para que los sentimientos individuales fueran el sostén para tomar decisiones matrimoniales” (227), los jóvenes encontraron un nuevo lenguaje para legitimar su decisión de pareja, aunque ésta contraviniera la protección de la sangre, el patrimonio o el linaje familiar. Sin duda, hacia finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, las ideas de libertad e igualdad que permearon en las revoluciones sociales europeas, y después en las independencias americanas, alimentaron nuevos discursos para construir relaciones de pareja en el marco de los sentimientos y en oposición a las restricciones de una sociedad estamental.

En *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, Gonzalbo Aizpuru y Zárate Toscano (2007) apuntan también a que el siglo XIX estuvo marcado por una nueva preocupación por la búsqueda de la felicidad, con la idea de que era posible evadir los sufrimientos y gozar de los placeres materiales. Más allá de los idearios políticos, el protagonismo de la razón y la laicidad que aportó la Ilustración permitió una concepción del mundo que acaso invitaba al goce de los placeres y, por tanto, a una nueva relación más libre de los sujetos con sus emociones y sentimientos. En palabras de las compiladoras de esta publicación, para los últimos años de régimen colonial y en los primeros momentos del

México independiente “se produjeron cambios de actitud que paulatinamente comenzaban a borrar los temores al más allá a la vez que surgía un ansia de felicidad material y terrena más que espiritual y mística” (14). Sin embargo, como ellas mismas advierten, aún en las sociedades contemporáneas, donde las presiones autoritarias más formales y explícitas por controlar las expresiones de felicidad brillan por su ausencia, “nunca faltan reglas sociales que la limiten o proscriban” (13).

Aunque la lectura de Giddens (1992) sobre la transformación de la intimidad sin duda permite abordar el modelo de relación imperante, sólo refleja los anhelos y las aspiraciones culturales que no siempre se concretan en la realidad. Aún hoy las relaciones heterosexuales se construyen en torno a valores y roles de género que a menudo dejan a las mujeres en una situación de vulnerabilidad y desventaja. La incidencia alarmante de violencia doméstica que aún sufren las mujeres en el marco de sus relaciones de pareja es una evidencia que las críticas a la obra de Giddens han utilizado para mostrar que su postura en torno a las “relaciones puras” está lejos de reflejar la realidad (Jamieson, 1999). Así, aunque la historia moderna ha visto aparecer discursos de libertad, igualdad y democracia que han nutrido las expectativas de la realidad social y cultural, esto no significa que las estructuras de género preexistentes desaparezcan. Si bien, por ejemplo, Gonzalbo Aizpuru (2007) reconoce en el incremento de las edades para contraer matrimonio hacia finales de la colonia española una evidencia de relaciones más modernas, también indica que “los promedios de edad de los varones reflejan lo que ha sido costumbre desde hace siglos: que el marido supere en edad a la mujer” (1141). Estos detalles ilustran sobre lo que Goffman (1977) llamó el acomodo o el acuerdo entre los sexos: dinámicas sociales sistemáticas que contribuyen a generar la ilusión de naturalidad de los estereotipos de género en que la mujer se construye como más débil, más pequeña y más frágil. En este caso, además, el arreglo de edades contribuye a restringir su libertad y autonomía para elegir pareja, constriñendo acaso también el escaso espacio para el afecto en el mercado matrimonial y colocándola como objeto sexualmente disponible para los hombres.

Como ya se ha dicho, la introducción de las reformas liberales en los nuevos Estados latinoamericanos en realidad puso a las mujeres en una situación de desprotección frente a la violencia al interior del espacio doméstico y las privó de la herencia como una

forma de acceso a la propiedad (Dore, 2000). La secularización del matrimonio y la posibilidad de acceso al divorcio no contribuyeron a la autonomía de las mujeres porque su premisa principal fue siempre la autoridad del esposo en la familia (García Peña, 2006). Si la aparición de un espacio de discusión política en esquemas de igualdad (Habermas, 1997) contribuyó a la construcción de sujetos que se entendían a sí mismos como más libres e iguales para participar, esto no fue cierto para las mujeres que quedaron recluidas en el ámbito privado y cuyas voces no se escucharon en la discusión política (Fraser, 1997; Pateman 1996).

De hecho, aunque la expansión de los derechos políticos que devino con la independencia nacional y los sucesivos debates para su organización política no llegaron a concretar el sufragio universal masculino directo a lo largo del siglo XIX, la ausencia de las mujeres de los discursos de igualdad y libertad que enarbolaron los protagonistas de las discusiones públicas en México tuvo efectos particulares en el orden de género. En *La Quinta Modelo* —el retrato satírico de José María Roa Bárcena (2006) sobre las terribles consecuencias del liberalismo— Enrique, hijo de un liberal obsesionado, responde a las preocupaciones de su madre sobre su desarrollo moral mostrando los efectos de la influencia paterna. Para Enrique, “los hombres sólo deben arrodillarse ante Dios”, como principio básico de igualdad. Sin embargo, respondiendo a la falta de atención para con su hermana, Enrique recuerda la lección de su padre de que “los hombres tenemos superioridad respecto de las mujeres” (16). Y, finalmente, cuando se le acusa de no poner ninguna clase de atención al sufrimiento de sus semejantes, Enrique remata afirmando: “entermecerme es una debilidad indigna de mi sexo” (17). La contención de los sentimientos, como un principio moderno de masculinidad, se construye aquí como el efecto de una visión del mundo en que el resto de los hombres son percibidos como iguales y, por tanto, igualmente capaces de resolver sus problemas. La demostración de sentimientos de compasión se convierte así en un rasgo inadecuado para la primicia de igualdad de la que sólo formaban parte los hombres.

Esa contención masculina de los sentimientos es también una llamada de atención frente al ejercicio de las libertades individuales. Si, como indican Gonzalbo Aizpuru y Zárate Toscano (2007), el siglo XIX vio nacer una ambición por la felicidad y el goce

material que permitían las libertades de los nuevos principios seculares, las preocupaciones por los peligros del desborde y el descontrol social recaían realmente sobre los hombres. Mientras las mujeres —al menos las que formaban parte de la clase “decente” y letrada— se encontraban ceñidas a estrictas normas de la esfera privada, las ansiedades por un relajamiento de las costumbres recayeron en las libertades ejercidas por los hombres. Estas preocupaciones hallaron su lugar en las reflexiones de los protagonistas de las discusiones públicas sobre el futuro político de México. Como parte de una pequeña clase dirigente, asumieron su papel de reformadores sociales a través de la pluma y sus ejercicios literarios dieron cuenta de las problemáticas sociales que les parecían más alarmantes. La lectura cuidadosa de las novelas de Roa Bárcena, Altamirano y Cuéllar evidencia el carácter inestable y a menudo contradictorio de las opiniones respecto de una situación de aparente crisis.

Por un lado, aparece la añoranza de un modelo de *paterfamilias* cuyo papel de proveedor no lo alejaba del seno del espacio doméstico. Los principios de libertad e igualdad empujaron a muchos hombres a conquistar espacios antes vedados, mientras que la construcción de los espacios políticos y comerciales de deliberación y decisión polarizó la división de las esferas públicas y privadas. Para muchos que desaprobaban la radicalidad del ideario liberal, como el propio Roa Bárcena, esto significó la enajenación de los hombres que se fueron aislando de sus familias, tornándose fríos e insensibles. Por otra parte, sin embargo, muchos encontraron en las nuevas promesas de movilidad social y en los principios de libertad e igualdad un peligro de relajación de las costumbres. En su interés por construir una nación de hombres libres, pero con la genuina intención de prevenir el desorden y la inmoralidad, los ideólogos del México liberal buscaron formas de construir un ideal ciudadano razonado, con control sobre sus impulsos y emociones, más frío y más constreñido.

Se trata quizás del nacimiento del ideal moderno de hombre burgués cuyos principales valores son la moderación, la disciplina y el esfuerzo (Mosse, 1996). Estos valores significaron la aparición de una nueva forma de economía masculina de los sentimientos y las emociones que estaría marcada por el control más o menos estricto. Ideales premodernos como el de la fortaleza viril se sumarían a esta imagen de

autocontención (González Stephan, 2010). Sin embargo, y atendiendo la premisa de Connell de que no existe una, sino varias masculinidades que conviven y luchan por su legitimidad, hay que reconocer que esto no significó la aparición de un modelo que suprime los otros. La prevalencia de un discurso del exceso masculino de las clases populares, así como los sofisticados “desbordes de género” (Molloy, 2012) del decadentismo finisecular del modernismo en los sectores acomodados, son una prueba de la complejidad de los ideales de masculinidad y de la inestabilidad de los mismos.

En muchos sentidos, el siglo XIX es un siglo que ve aparecer el protagonismo de las frivolidades y la cultura del ocio. En Inglaterra, el modelo del *music hall* marca el nacimiento de una cultura de consumo y de ocio en masas (Bailey, 1982) y la práctica del café parisino consolidará nuevas formas de interacción social y uso del tiempo libre (Haine, 1998). Sin embargo, muchas de estos espacios para la diversión y la exploración de la sensibilidad adquieren un carácter femenino. La novela decimonónica verá aparecer protagonistas mujeres como *Madame Bovary* y *Anna Karenina*, cuyos dilemas de relación corresponden precisamente con ese deseo de depositar en la intimidad de pareja la felicidad, a través de los sentimientos y las emociones. En México, la aparición de semanarios culturales para mujeres dará también cuenta de un creciente público lector femenino (Infante Vargas, 2005; Alvarado, 1999). En corto, las mujeres harán una aparición importante como actores centrales en la cultura, en la medida en la que sobre su feminidad se depositan nociones de sensibilidad y emotividad.

En este panorama, el rol de los hombres en relación con la expresión de sus emociones y el disfrute de sus sensibilidades parece ser ambiguo. Como indica Illades (2005), no hubo uno sino varios romanticismos y, en México como en otras naciones latinoamericanas, la estética romántica en la primera parte del siglo XIX halló cabida con la expresión de sentimientos nacionalistas. Sin embargo, las raíces nostálgicas del movimiento estético, que dan importante valor a la sensibilidad, la apreciación estética de la naturaleza, el misticismo y el culto al genio creativo y sus efluvios pasionales, parece estarse disputando el derecho masculino de los sentimientos y las emociones frente a la razón instrumental de los ideales ilustrados. En su estudio sobre la imagen del burgués francés hacia finales de la Monarquía de Julio, Maurice Agulhon (1997) identifica la crítica cultural

del artista bohemio que encontraba en el burgués la expresión de una prudencia y moderación conformista que no estaba en contacto con su sensibilidad. Para estos críticos románticos, el modelo racional y utilitarista que guiaba la sensatez de la nueva clase de hombres burgueses no le permitía expresar sus sentimientos.

Y cuando estos sentimientos eran expresados, a menudo se juzgaban como un gesto de mal gusto. En *Valiente clase media. Dinero, letras y cursilería*. Álvaro Enríque (2012) hace un viaje por algunas expresiones literarias hispanoamericanas —desde Sor Juana hasta Rubén Darío, pasando por Gutiérrez Nájera y el Manual de Carreño. En su propuesta, ilustra cómo al asir la producción cultural, esencialmente entendida como un efecto del prestigio, los primeros escritores en la América hispánica debieron construir nuevas formas de autoridad apartados de la legitimidad que daba la metrópoli. Para Enríque, el concepto “cursi” —en sus primeras acepciones entendido como el resultado estético de la pretensión de ser algo que no se es— explica perfectamente el resultados de las primeras expresiones literarias de este lado del Atlántico. Éstas debieron encontrar en su capacidad de producción económica la reputación para la producción estética; es decir que construyeron una nueva sensibilidad basada en valores burgueses.

Abordar el cambio que la modernidad supone para la sensibilidad masculina es una tarea compleja puesto que no corresponde con cambios concretos de la realidad social, sino que remite a discursos de género que se convierten en repertorios para la construcción de la subjetividad. A la larga, estos también adquieren un carácter normativo. El concepto de violencia simbólica acuñado por Bordieu (2013) para explicar el grado de coerción que la violencia puede ejercer sobre el individuo, al grado de hacerlo partícipe de su propia opresión, puede explicar también algunos fenómenos de presión para los hombres. Aunque es claro que los hombres y la masculinidad tienen un lugar privilegiado en términos sistémicos para el ejercicio del poder, los discursos y expectativas en torno a una masculinidad hegemónica (Connell, 2003) pueden significar ansiedades importantes para muchos hombres en su tarea de cumplirlas (Connell, 2000).

Precisamente porque se trata de una dimensión subjetiva, estudiar cambios en los modelos para la administración de las emociones y los sentimientos es un reto particular. Las categorías de sentimientos y emociones son difíciles de aprehender y es complicado

responder cómo historizarlas. Para Gonzalbo Aizpuru y Zárate Toscano (2007), el cuerpo es una marca importante que ayuda a dar sentido a nuestras lecturas sobre los sentimientos, ya que éste “se usa para percibir lo cotidiano y al exteriorizar un sentimiento, éste puede ser estudiado para comprender su significado en el tiempo y espacio” (14). El texto de ficción, en este sentido, tiene la cualidad de que permite identificar, a través de la narración y la descripción, los síntomas de sentimientos y emociones en el cuerpo. La variedad de herramientas narrativas de los textos de ficción permiten escudriñar en la sensibilidad de los personajes de forma compleja, porque esa es parte de la intención de éstos.

En la literatura también se juega en cierta medida una dimensión emocional que forma parte del discurso de la producción artística como un terreno para la expresión de los sentimientos. La literatura ha significado la materialización de las formas aceptables de expresión del deseo heterosexual y en ese sentido sus tradiciones discursivas han normado en la forma en que los hombres deben manejar sus emociones. Desde el punto de vista de la recepción, la expresión literaria ha formado parte de la educación sentimental de las sociedades, permitiendo que estas formas aceptables de demostración de los afectos y los sentimientos se difundan y reproduzcan.

Por un lado, la estética del romanticismo contiene en sí misma, como tradición discursiva de la literatura, una valoración e implicaciones particulares en lo que refiere a los sentimientos y la sensibilidad. La ponderación de estas implicaciones es un elemento importante para la construcción de conocimiento cultural sobre las transformaciones modernas de la masculinidad. Por otra parte, sin embargo, “las novelas mexicanas del siglo XIX abundan en narradores en tercera persona que emiten juicios valorativos sobre los personajes o sobre sus acciones” (Olea Franco, 2011: 299). La nueva autoridad de los protagonistas de la cultura mexicana letrada, cargada de discursos de observación social y de la mano de la estética realista, permite también reconocer en la voz de narradores críticos las intenciones profundas de sus escritores. En torno a estas tensiones se pueden reconocer las distintas problemáticas que los discursos políticos y los modelos de organización social, que se encuentran en las discusiones públicas del México decimonónico, implican en la formación de una imagen ideal para el manejo de los sentimientos y emociones masculinas de acuerdo a los intereses de las élites políticas.

Transformación de los sentimientos y emociones en la conformación de la esfera pública.

La novela distópica de Roa Bárcena (2006), sobre una hacienda en que los principios radicales son puestos en práctica por un amo liberal que reparte tierras para el trabajo libre de sus peones, fue escrita en 1857. En la novela su autor recoge los temores de una larga historia de inestabilidad política que amenazaba la paz y el bienestar de los mexicanos. Estos temores sintetizan no sólo el trauma que implicó el fin de la guerra norteamericana en 1848, sino también las noticias de los levantamientos populares que acabaron con la Monarquía de Julio en la Francia de ese mismo año y que se opusieron a otros regímenes en el resto de Europa. En el marco del ulterior enfrentamiento político que significó el dilema por el juramento a la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, Roa Bárcena mostró el drama que significaría su puesta en práctica. El modelo de falansterio fourierista desarrollado en la quinta de Gaspar Rodríguez es una excusa alegórica que permite a Roa Bárcena exponer los estragos que causarían, a nivel nacional, decisiones políticas como la desamortización de los bienes de la Iglesia y de los bienes en manos muertas. Además, la novela es un terreno en que el autor se permite apuntar los vicios morales de quienes defendían la causa liberal.

En una visión exacerbada de la separación de los espacios de decisión pública frente a los de la vida doméstica y privada, Roa Bárcena representa un conservadurismo que añora un modelo de organización social en que estas áreas de la vida están interconectadas. En la novela, Gaspar Rodríguez es retratado como un personaje que ha perdido toda sensibilidad a causa de un interés desmedido en los asuntos políticos. La incapacidad de Gaspar para relacionarse con sus emociones es retratada de forma absoluta y caricaturesca. Para introducir al personaje, Roa Bárcena satiriza el ideal de templanza heroica de los nacionalismos modernos. A su regreso del exilio americano, que marca el inicio de la obra, el narrador nos indica que Gaspar “debía estar dotado de lo que hemos dado en llamar un alma romana, puesto que no le causaba impresión alguna volver a las montañas y los edificios del país donde nació” (11).

Sin embargo, el mayor rasgo de su desatención a las emociones lo marca su falta de

interés por los asuntos del hogar y a su familia. A su llegada del exilio americano, Gaspar recibe dos misivas. La primera contenía noticias sobre la destrucción de su hacienda a causa de un incendio y en la segunda se le informa que se le espera en la capital para servir como diputado. En la caricaturesca representación de Roa Bárcena, las desgracias domésticas desaparecen rápidamente del pensamiento de Gaspar ante su entusiasmo por contribuir políticamente. El desdén con que atiende sus asuntos privados, sin embargo, no es ajeno a una visión particular de la organización social. Según el narrador, “estaba escrito en el catálogo de sus más íntimas convicciones que el individuo y la familia nada son ante la sociedad, nada son ante el pueblo”. Además, este narrador interviene con sus opiniones. “¡Singular forma de raciocinar! Se acepta el todo y se quiere reducir a la nada sus elementos constitutivos” (15). Queda claro que Roa Bárcena valora con nostalgia la sensibilidad hacia la vida en el seno de la familia que, cabe aclarar, sólo es desdeñada por sus personajes masculinos.

De alguna u otra manera, para Roa Bárcena esta falta de sensibilidad hacia la vida en familia es el producto desagradable de una sociedad formada por hombres libres e iguales, obsesionados con la lucha por el éxito que les aleja de sus familias desde tempranas edades. En ese sentido, la educación de los niños confabula en la conformación de un orden sexual que los va preparando para la vida pública. De la boca de Márquez, el aliado político de Gaspar, surgen normativas de género, tales como que “los niños no deben estar al lado de la madres que los afeminan y enseñan a hipócritas”. Además, surgen ideas sobre la educación masculina de que “las señoras sólo son buenas para educar a las niñas; pero echan a perder a los niños queriendo tenerles cosidos a sus faltas” (18). Las ideas ya expresadas en el capítulo anterior sobre la necesidad de sacar a los hijos varones del hogar para enseñarles oficios útiles que los hagan competitivos, tienen además implicaciones particulares en términos de sensibilidad y emociones, si se considera que el hogar puede ser un espacio para el desarrollo emocional desde tempranas edades.

En términos generales, Roa Bárcena acusa a la obsesión o “monomanía política” y a la ambición de los nuevos hombres de Estado de hacerlos incapaces de asumirse como padres de familia sensibles y amorosos. En la biografía de Gaspar destaca, por ejemplo, que a poco de contraer nupcias con Octaviana, éste “olvidó a su mujer por la política, y la mujer

puso todo su amor en sus hijos” (20). Así, se construye una identidad masculina que es además promovida y reforzada por el grupo de pares. “¡Ni un beso para sus hijos! ¡Ni una caricia para su esposa! De seguro que la filosofía no vale lo que el amor” (22), le exige el compadre Márquez a Gaspar cuando éste se encuentra por primera vez con su familia tras el exilio.

Incluso antes de que se desatara el experimento social que da título a *La Quinta Modelo*, la vida doméstica de Gaspar está marcada por la reclusión y el aislamiento en la lectura. Y cuando la decisión de concretar los planes de un modelo democrático en sus tierras se ponen en marcha, Gaspar lleva ese desinterés por la vida familiar y su falta de sensibilidad hasta sus últimas consecuencias. Al descubrir por sorpresa que su esposa y su hija, alertadas por el relajamiento de las costumbres en la hacienda, le expresan al cura su preocupación por el destino de ésta, Gaspar los acusa a todos de ser confabuladores y reaccionarios. Y cuando éste decide finalmente desterrarlos, “los campesinos comenzaron a preguntarse si el amo no era injusto y extravagante al desterrar de la hacienda a seres tan inofensivos y tan buenos” (62).

El retrato de Gaspar como un ser frío e insensible a causa de sus obsesiones políticas y su ambición es construido como una anomalía moral provocada por el ejercicio pleno de las libertades individuales. Para Roa Bárcena, la vida doméstica y apacible es posible en una sociedad con orden, jerarquías y responsabilidades. Esta noción de que la frialdad es un efecto moral de nuevas ideas de organización social de libertad es reforzada por las reacciones de Gaspar ante los momentos dramáticos que provoca su experimento, así como por las actitudes de aquellos personajes que no se dejan llevar por sus ideas y son garantes de un orden moral anterior.

Cuando Gaspar se enfrenta a la trágica muerte de su hijo Enrique, en medio de una riña provocada por el vicio del juego, éste regresa a pedir el socorro de sus trabajadores, que se entregaban al saqueo de los muebles de su hacienda. El narrador reconoce que Gaspar “en aquel momento no era político y las desgracias domésticas le abrumaban como a un hombre cualquiera” (71). Contraviniendo los principios de libertad e igualdad, recurre al auxilio de los otros en medio de la tragedia, apelando a su sensibilidad, sólo para encontrarse con la indiferencia de quienes antes fueran sus fieles trabajadores. Sin embargo,

la llegada de su enemigo el cura, y Alberto, quien aspiraba al amor de su hija Amelia, marca las actitudes de solidaridad que enarbola Roa Bárcena. Éstos llegan al auxilio porque “en las circunstancias solemnes de la vida, los corazones bien formados olvidan todo agravio y resentimiento” (73).

En el fondo, también, la novela deja ver que la pérdida de sensibilidad masculina es el efecto de una cultura de laicidad cada vez más acogida por los liberales. “La filosofía moderna ofrece a los hombres por término de su carrera, la nada; la religión les ofrece la inmortalidad y el cielo” (82), apunta el narrador. En el marco de los valores laicos, las cosechas de la felicidad se deben construir en lo terrenal, invitando a la competencia entre hombres libres e iguales, alejándolos de sus familias y de su sensibilidad en aras de la consecución de sus ambiciones. Después de su crítica a la laicidad, el narrador recurre a realizar un elogio de la sensibilidad de las personas creyentes que esperan y se resignan, incluso en la desgracia. “El aspecto de la naturaleza les encanta y detiene su contemplación más que si fueran dichosas; el sol brilla todos los días para el pobre y el rico, para el feliz y el desgraciado” (82). En la visión cristiana de orden social de Roa Bárcena, cada quien tiene su lugar en lo terrenal y de su capacidad de resignación a este sino depende su vida eterna. La armonía y ausencia de competencia significan en este sentido la capacidad de los hombres de desarrollar sus sensibilidades en el marco de una vida apacible.

La novela de Roa Bárcena es una sátira mordaz y su crítica es más o menos transparente. Para Olea Franco (2011), por ejemplo, la obra tiene un limitado valor desde una perspectiva literaria porque privilegia la transmisión de un mensaje ideológico, desdeñando la ejecución estética de la obra. Incluso cuando la forma literaria supone dar un mensaje profundo, el autor, en un afán satírico, no parece soportar la tentación de apuntarlo directamente. “Íbamos a hacer una extensa descripción de las bellezas del cuadro”, indica el narrador, “sin recordar que los políticos maniacos son insensibles al encanto de la naturaleza y que debemos conservar a la novela hasta cierto punto el carácter espartano de su protagonista. Gaspar hace tanto caso de estos accesorios como de su familia” (Roa Bárcena, 2006: 17). Irónicamente, Roa Bárcena se inclina por realizar la crítica de los asuntos públicos antes que asegurar la dimensión artística de su obra. Con esto, sin embargo, refuerza una crítica clara a la pérdida de sensibilidad masculina, aunque en este

sentido su propia obra no sea consecuente con ésta.

No sucede lo mismo en *Clemencia* de Altamirano (1990) que, más allá de su calidad literaria que aquí no se pretende evaluar, sí responde a una tradición estética de la literatura romántica. Por las características de esta estética a la que Altamirano suscribe y que tiene un especial interés por darle expresión y representar las pasiones y los instintos humanos, desarrollar una ponderación sobre la representación del universo de los sentimientos y las emociones masculinas requiere cierta minuciosidad. Como se ha dicho anteriormente, Altamirano sigue una estructura modelo en que dos personajes masculinos, que parecieran representar en sí mismos los polos opuestos de la bondad y la maldad, la luminosidad y la oscuridad, la belleza y la fealdad, terminan por descubrir sus verdaderas identidades, revelando unos valores invertidos.

No es sorpresa que el personaje de Fernando Valle termine por ser el gran héroe en *Clemencia*, tomando en cuenta el interés particular que tiene la estética romántica por explorar el lado oscuro de la sensibilidad humana. Aunque Valle es presentado como un personaje con una intensa vida interior, corresponde también con un modelo de contención de las emociones que prefiere cuidar sus acciones y proteger sus asuntos privados como parte de un código masculino de honor. Sin embargo, Altamirano construye su novela retratando un mundo en donde la norma social exige la expresión abierta de los vínculos emocionales con todos los asuntos de la vida personal, aunque estas expresiones terminen por ser hipócritas. Así, un personaje atormentado e incomprendido como Valle acaba por ser en realidad el único hombre sensible, aunque parte esencial de esa sensibilidad implique algún grado de moderación o contención. La estética romántica del artista atormentado permite a Altamirano desarrollar un personaje cuya moderación y medida no lo convierten en el patético burgués al que se refiere Agulhon (1997) cuando habla de la crítica de los románticos a la burguesía. Valle, al contrario, es un héroe que se enfrenta a un mundo lleno de frivolidades en que los sentimientos son en realidad fingidos como estrategia social.

El héroe es presentado como “taciturno, siempre sumido en profundas cavilaciones” (15), con un “carácter frío y reservado” (16), así como una “sobriedad calculada” (19). A su llegada a la ciudad de Guadalajara en donde el ejército liberal se guarecerá hasta ser desplazado por los franceses, Valle se encuentra con su prima Isabel, quien despertará en él

interés y avivará momentáneamente su ánimo. Este pequeño cambio de actitud provocará las reacciones de sus compañeros, especialmente del galante y elocuente Enrique Flores, quien aprovechará la oportunidad para hacer burla del carácter de su amigo. “Valle el taciturno, Valle el huraño, Valle el enemigo de las pasiones, Valle el que se reía con desdén de nuestras debilidades, he aquí que se humaniza, que es accesible, que se apasiona” (39).

Este episodio revelará que en Valle existen tímidos sentimientos que se asoman y desarrollará una complicidad entre los personajes en torno a la conquista de la prima Isabel y su amiga Clemencia, joven apasionada y con imponente carácter. Sin embargo, dicha complicidad demostrará la polaridad de los caracteres de ambos, ya que mientras Valle da protagonismo al amor sincero, Flores reconoce usar estrategias de galanteo para saciar sus intereses pasionales. “He hecho de mi vida una especie de orgia de buen tono” (50), comenta Flores, quien cree fervientemente que “el amor no debe ser más que el embellecimiento del camino de la ambición” (52).

En este juego de seducciones, Valle se reencuentra con su incompetencia social y deja ver su particular forma de lidiar con sus emociones, tratando constantemente de someterlas al buen juicio. En plena dinámica social de cortejo, ante la constante competencia de su compañero, “se preguntaba si no sería más cuerdo para él, que había pensado en sacrificarse por la patria, retirarse de aquella casa [...] y refugiarse en sus deberes de soldado, para escapar a los peligros de una pasión que acababa con sus fuerzas”. En uno de esos emotivos encuentros, “una lágrima, que no fue bastante fuerte para reprimir, salió de sus ojos” (69). Sus esfuerzos por suprimir este síntoma corporal y su premura por enjuagar la lágrima de su rostro permiten una consistencia con la construcción de un personaje romántico, a la vez que se le retrata como un hombre con moderación y suficiencia.

Conforme avanza esta dinámica, los intereses de ambos comandantes se acomodan y Fernando Valle descubrirá su predilección por la enérgica Clemencia, cuyo natural le hará mostrar inclinación por el carácter atormentado de éste, que no parece encontrar las habilidades necesarias para la vida social. Aunque la curiosidad de Clemencia se retrata como sincera, su carácter parece oscilará entre el genuino interés por Valle y la estrategia para llamar la atención del gallardo Flores con el látigo de su desdén. En todo caso, Valle se

mostraba incapaz de lidiar con estas inconsistencias y “se encerraba en una reserva que no era posible romper; pero desfallecía al sentir aquella mirada magnética que tanta influencia tenía en su ánimo” (87).

Una vez lanzados por el desarrollo de las circunstancias nacionales al ejercicio de sus deberes públicos como comandantes del ejército liberal, los personajes se verán envueltos en maniobras bélicas que desembocarán en el descubrimiento de que Flores había utilizado su influencia y sus habilidades sociales para conspirar intercambiando información con el ejército francés que tomaba Guadalajara mientras los liberales huían. Descubierto por Valle y acusado por éste ante los líderes del ejército, Flores es puesto en custodia a la espera de su fusilamiento. Las reacciones del conspirador frente a su ineludible destino reiteran el interés de la obra por enarbolar un temple masculino de control frente a las emociones. Incapaz de asimilar su situación, Flores “tenía la fiebre que acomete a los reos de muerte cuando no tienen la fortuna de contar con un corazón templado y un alma estoica” (175). Y aunque pueda parecer un retrato previsible, dadas las circunstancias del personaje, en torno a éste se construyen juicios de género particulares. El narrador indica que Enrique “estaba desfallecido. Su corazón estaba próximo a estallar, como el de un niño o el de una mujer. No había allí aliento de un hombre” (176).

Las manifestaciones corporales de estas emociones fuertes contrastan con las que muestra Valle cuando decide tomar su lugar en el fusilamiento, tras una enérgica visita de Clemencia que lo acusaba de haber puesto una trampa a su contrincante motivado por los celos. Agobiado por el violento desprecio de Clemencia y por el crimen que le imputaba, se dirige con Flores a su celda para cambiar lugares y dejarlo escapar. Tras este trámite, Valle “respiró como si algún enorme peso acabase de quitársele del corazón, después de lo cual apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, dos gruesas lágrimas rodaron por su mejilla y murmuró con voz ronca. —¡No creía yo que había de morir así!” (195). Cuando el médico del ejército, narrador de todos estos eventos desde una temporalidad indeterminada en el futuro, lo visita en su celda, las expresiones corporales de control y contención de las emociones de Valle permanecen. Ante la manifestación de unas lágrimas, éste “apresuró a enjuagarse los ojos y añadió sonriendo: —¿Pero qué hemos de hacer?” (195).

Las descripciones de Fernando Valle cuando se enfrenta a su fusilamiento terminan

por construir un complejo retrato que, por un lado, es congruente con el del héroe romántico que se entrega a decisiones dramáticas y radicales guiado por sus pasiones, a la vez que refrenda un ideal de masculinidad templada en constante ejercicio de control de sus emociones. Para llegar a la escena de su fusilamiento, “Fernando bajó tranquilo, y con paso seguro y firme avanzó entre una doble hilera de soldados” (197) y a la espera de las detonaciones que acabarían con su vida se encontraba “pálido, pero con la mirada serena y con una ligera y triste sonrisa, elevando los ojos al cielo” (198).

Este ideal masculino, a través de la lente del romanticismo mexicano de Altamirano, se enfrenta políticamente y de forma clara a las añoranzas de un modelo de *paterfamilias* cuya desarticulación Roa Bárcena denuncia en *La Quinta Modelo*. Para éste los principios liberales de igualdad y libertad constituyen un espacio de competencia que separa a los hombres de sus familias y los hace más fríos y menos sensibles. En contraste, Altamirano parece encontrar en la medida y la contención de las emociones una solución al desenfreno que puede devenir de las ambiciones de movilidad social que provocan estos discursos. Si Valle se separa de su familia, esto no lo hace un hombre carente de sentimientos y emociones, sino un siervo de la nación que privilegia el proyecto nacional en condiciones de igualdad, en vez de entregarse a los privilegios de su posición.

La sutileza del retrato de Altamirano permite enarbolar los sentimientos como valor fundamental de su héroe romántico Valle, aunque en realidad éste sea percibido por los demás como un sujeto frío e insensible —y, de hecho, se puede ver que suprimía sus emociones con regularidad. Así, lo que en el resto de los personajes podía parecer libre expresión de las emociones, en realidad son sólo frivolidades, que quedan muy pronto descubiertas por el lector a través de las verdaderas intenciones de los galanteos de Enrique Flores. Esta maniobra de inversión de valores permite construir a un personaje que, aunque en algunos sentidos es efectivamente frío y duro, es en realidad el portador de sentimientos y emociones genuinas. En el fondo, el mensaje es que cuando estas emociones son verdaderas, los hombres honorables las administran con medida y esta capacidad forma parte de su valor masculino.

De la mano con los ideales de libertad e igualdad del pensamiento liberal característico de Altamirano, el modelo de contención emocional es apropiado para una

masculinidad moderna y republicana porque protege de los excesos que terminan por convertirse en banalidad. Y esta banalidad que viene del goce de las pasiones es en realidad una vuelta al pasado, donde los sujetos están aferrados a la ambición que les llevará a la situación de comodidad y hedonismo que ofrece el estatus. De estas frivolidades se queja el narrador, cuando indica que “esta especie de ateísmo que se burla de los sentimientos, y que no hace caso sino del estúpido goce material, no es más que el retroceso que toma una nueva forma, y que se envuelve y se mezcla entre las galas del progreso para emponzoñarle y destruirle” (31). Y cuando el narrador habla de sentimientos, se refiere a aquellos que son genuinos y, como los de Valle, discretos, interiores y domesticados.

Acaso por haberse escrito después y por retratar un contexto posterior, ya durante la República Restaurada, la *Ensalada de Pollos* de José Tomás de Cuéllar (2010) parece abarcar críticas que se entrecruzan y recuperan algunas de las discusiones anteriores en torno a la sensibilidad masculina en el marco de las transformaciones políticas de la primera modernidad mexicana. Además, en el tono y la articulación de una novela de realismo social, en que el narrador se sitúa como un observador crítico y superior de los vicios sociales, Cuéllar se permite realizar retratos más minuciosos de los problemas de su tiempo. Esta tradición discursiva y literaria, sin embargo, está tan interesada en estudiar las problemáticas sociales, que su retrato carece casi por completo de héroes o modelos de comportamiento. El mismo narrador, hacia el final de la obra, se disculpa frente a sus lectores por la ausencia de caracteres honorables y por el triste destino de sus protagonistas. Esta característica contribuye a la naturaleza realista y a la misión crítica de la obra.

En ésta, Cuéllar contará el destino de los miembros de una familia de clase popular en la ciudad de México, cuyas trayectorias personales estarán guiadas por la ambición y las ganas de crear fortuna y ascender socialmente. En su camino, el narrador iluminará con su *linterna mágica* también las vidas de los “pollos”, jóvenes ociosos que se pasean por la ciudad con aires de cosmopolitismo. Esto le permitirá también realizar una crítica a la comodidad de los jóvenes de clase privilegiada y a sus ambiciones sin esfuerzo que no se adaptan al proyecto de progreso nacional republicano. La crítica de Cuéllar está claramente orientada a la forma en que las falsas apariencias, en torno a un pujante discurso de igualdad y libertades individuales, mina el esfuerzo y el trabajo como un motor del

progreso. En ese sentido, su apuesta es por una ética burguesa del esfuerzo, aunque el carácter abarcador de su crítica alcanza a tocar ciertos elementos en la transformación de la sensibilidad masculina.

La obra comienza con la partida de don Jacobo Baca, padre de Concha y Pedrito, para unirse a las fuerzas armadas de una constante e indeterminada “revolución” que recorre el territorio nacional enarbolando la bandera de la transformación social pero, en esencia, viviendo del vandalismo y el saqueo. En un esquema de libertades laborales, Jacobo Baca está cansado de transitar de oficio en oficio, por lo que decide encontrar su destino en la guerra. La ausencia del padre despierta en los hijos la ansiedad por salir de casa y alcanzar sus ambiciones. Avergonzados por sus orígenes humildes, buscarán en sus relaciones y en las apariencias estrategias para acomodarse en otros escalafones sociales y llevar un estilo de vida que les resulta más moderno y atractivo. Antes, sin embargo, su salida del hogar estará marcada por la destrucción de los lazos familiares. En ese sentido, Cuéllar es crítico con el discurso de la libertad en el marco de la educación de los niños. Para él, “abolida (y con justicia) la disciplina y los golpes como método racional de enseñanza, ha habido después muchos papás y mamás que han tocado el extremo opuesto” (41).

Curiosamente, la crítica de Cuéllar parece estar en sintonía con el disgusto de Roa Bárcena frente a la desaparición de los vínculos emotivos de una vida doméstica y familiar con participación y presencia masculina. La partida de don Jacobo Baca deja a su esposa doña Lola no sólo en un momentáneo desamparo económico, sino con un vacío en cuanto a su vida de pareja se refiere. Su compadre don José de la Luz, uno de los pocos personajes aparentemente honorables y sensibles en la obra, aprovecha la oportunidad. El desarrollo de su tímida relación revela el cambio en las expectativas de las relaciones interpersonales del que ya se ha hablado (Giddens, 1992). Además de esto, Cuéllar denuncia la forma en que los discursos de libertad e igualdad, así como las ambiciones de movilidad social, desdibujan los vínculos familiares en torno a intereses individuales, particularmente representados por el desprecio y la salida de los hijos. Reconociendo un momento de ruptura emocional de Pedro y Concha, el narrador se refiere a “la época en que los niños hacen llorar a las madres. Es la primera vez en que el niño comprende que se pertenece,

sintiendo el primer destello de la individualidad” (62).

Una vez atendiendo al desarrollo de las estrategias de supervivencia y ascenso social de Pedro y Concha, así como del resto de los pollos, Cuéllar desarrolla un retrato de la forma en que la ambición y la libertad de esta nueva generación de jóvenes modernos los lleva al desenfreno y a la falta de medida. En una lectura que refleja mucho de las preocupaciones de Altamirano en *Clemencia*, Cuéllar expone en las historias de estos adolescentes cómo la libertad para expresar las emociones y buscar la felicidad, se transforma en frivolidades y banalidad desmesurada. Haciendo gala de su voz de observador social, explica que “cuando el pollo es *tempranero*, cuando es de esos pollos que abundan, sahumados con humos parisenses [...] entonces el pollo en vez de amar corrompe, en vez de esperar apresura, en vez de contemplar se precipita” (35).

Cuéllar critica las formas en que se han asimilado las libertades, particularmente aquellas que refieren a la asociación y la liberalización del matrimonio. En ese sentido, reconoce que han contribuido, en su afán por asegurar las libertades individuales y la libre expresión de los sentimientos, a que los hombres desdeñen la formalidad del matrimonio —“único pedestal en que descansa la felicidad de la familia” (209)— y así cambien de parecer constantemente, dejando a muchas mujeres en el desamparo. El destino de Concha, abandonada una vez tras la muerte de su acaudalado concubino Arturo y posteriormente por el Coronel que la sedujo tras la tragedia, da cuenta de cómo la libertad de asociarse en pareja, guiados por el impulso emocional o pasional, pone a los hombres en una situación de ventaja que más que sensibles los torna frívolos. Así, Cuéllar aboga por un mismo modelo de contención emocional que, como se dijo, “espere en vez de apresurar”. Pio Prieto, quien habría de asesinar a Arturo en un lance de honor tras intentar seducir a Concha, personifica la altanería de estas libertades: “Es muy sencillo: odio las trabas, aborrezco la ley, detesto la prohibición, no reconozco en ningún hombre el derecho de coacción, soy libre por excelencia” (186).

Y aunque claramente Cuéllar parece inclinarse por un modelo masculino de contención emocional, su apuesta no es del todo por el de una administración de los sentimientos que las suprima del todo, sino el de una moderación burguesa como la que ilustra Mosse (1996) en su estudio sobre masculinidad y modernidad. La agudeza de su

crítica social alcanza a abarcar el señalamiento de una masculinidad popular y bélica de contención emocional, particularmente para demostrar rudeza y fortaleza como parte esencial de la virilidad. Así, el desarrollo de la trayectoria bélica de don Jacobo Baca con los vándalos revolucionarios en el campo sirve como contrapunto a la crítica de las frivolidades libertinas de los pollos ciudadanos. Don Jacobo debe poco a poco comenzar a cambiar actitudes personales, suprimiendo el miedo y la angustia con una coraza de fuerza viril.

Cuando, en plena campaña, por miedo a los relámpagos que se dejaban sonar, don Jacobo lanza un rezo, reconoce su diferencia con Capistrán, el jefe de la guerrilla, quien a su vez grita maldiciendo. “Don Jacobo cortó su oración para escandalizarse de su jefe, y en seguida pensó que tendría necesidad de abandonar ciertas costumbres para llegar a ser jefe, tan jefe y tan hombre como Capistrán” (84). Las muestras físicas de la contención emocional llaman la atención del narrador en los momentos en que la guerrilla se prepara para sus saqueos. “Aquí es donde para no parecer cobarde se necesita gritar [...] —¡Adelante, muchachos, y que nadie se *raje*!” (200). Cuéllar ridiculiza de forma crítica estas expresiones de virilidad. “La salvación de un sentenciado está envuelta de estas palabras: ‘triunfar, sobreponerse’. ¿De quién? ¿De qué? ¿Por qué? No importa: vencer, no importa a quien; matar, aterrorizar, sobreponerse, este es el valor del cobarde” (198). Su búsqueda por unos filtros a las libertades de los pollos de clase acomodada —o que, en todo caso, pretenden imitarla—, se enfrenta directamente al desprecio de una virilidad carente de debilidades que enarbola la guerrilla, colocando a Cuéllar como defensor de una administración emocional burguesa y mesurada. Acaso, este desdén a la rudeza viril lo afemina, revela que habla desde el privilegio de la clase acomodada y explica las críticas e inconsistencias ulteriores en la masculinidad moderna finisecular (Molloy, 2012; Irwin, 2010).

Sinceridad y sentimientos: cortejo, seducción y matrimonio.

Como se advirtió al inicio de este capítulo, en la elección de pareja, el proceso de cortejo y seducción, así como en las pugnas por la liberalización del matrimonio, se juega de forma

particular la demostración de sentimientos y emociones. La construcción de la relación de pareja a lo largo del siglo XIX ha pasado de significar el método para asegurar el linaje y los bienes familiares para transitar poco a poco hacia el terreno de la satisfacción personal en la intimidad. Sin embargo, este discurso de libertad en las expresiones de afecto y construcción de pareja significó un espacio para que muchos hombres aprovecharan y engañaran, manifestando una predilección por relaciones informales y utilizando la seducción y el galanteo como una herramienta para conseguir objetivos sexuales o afectivos momentáneos. En ese sentido, los escritores mexicanos que protagonizaron las discusiones públicas sobre la transformación del país, mostraron sus preocupaciones y en muchos casos desarrollaron un discurso de contención de los impulsos masculinos como una herramienta moral para mantener las libertades procurando el orden social.

Este es el caso de José Tomás de Cuéllar (2007), quien denuncia las estrategias de seducción y los estilos de vida de los adolescentes citadinos, que preferían sostener relaciones frívolas para evadir sus responsabilidades masculinas. En una discusión entre Arturo, muchacho acaudalado, y su amigo Pedro sobre su relación con su hermana Concha, éste le indica: “ya sabes, Pedrito, mi aversión al matrimonio; yo no soy para casado en regla; yo, chico, soy liberal, pues, soy así... despreocupado; ya me conoces”. El narrador de Cuéllar continúa con una burla a la forma en que aquellos jovencitos parecían dar rienda suelta a sus intereses sentimentales sin ninguna clase de inquietud o miramiento. “La mancha más fea para los pollos en aquel momento hubiera sido la de parecer preocupados” (98).

A lo largo de la obra, Cuéllar hace burla de la forma en que estos jóvenes expresan sin pudor o cualquier tipo de contención sus más profundos deseos a las jovencitas que pretenden. Por esto, como se ha dicho, parece preferir dar un mensaje de paciencia y moderación. Esta búsqueda por el encubrimiento de las emociones no significa para Cuéllar la educación de hombres fríos e insensibles. No son los sentimientos los que se atacan, sino la forma estratégica y superficial con que son expresados. Así, cuando el muchacho Alberto decide, con seductoras intenciones, consolar a Sara por la muerte de su hermano Arturo, el narrador acompaña el episodio con un aforismo que resume sus opiniones a este respecto. “Uno de los principales triunfos de las virtudes, es que los vicios les usurpan su forma para

cubrirse” (182).

Es una postura que parece coincidir con la de Altamirano, que construye en el antagonista Enrique Flores a un personaje que “sin descuidar sus deberes, encontraba momentos a propósito para galantear a las más hermosas jóvenes de los lugares que tocaba” (12). En contraste, su héroe romántico Fernando Valle “ni tenía aventuras de amor, ni aunque las tuviera serían del carácter de las de Flores” (19). Ante el reclamo de su contrincante, Valle admite ser incapaz de establecer relaciones con la misma frivolidad que éste: “me hubiera sido eso difícil sin amar. Las pasiones de los sentidos no han sido hechas para mí” (48).

La misma fórmula de Cuéllar, en que se presume que los sentimientos son más genuinos cuando se expresan con mesura o, en este caso al menos, con torpeza, es desarrollada en Altamirano. Frente a las promesas de matrimonio que Flores le presentaba a su amiga Isabel, Clemencia, en su lucidez que a veces resulta contradictoria, le advierte: “me parece el caballero Flores demasiado calavera para aventurar una promesa tan pronto, con intención de cumplirla”. Al contrario, le asegura: “si fuera Valle te diría yo: Querida mía: no tengas miedo; he ahí la sinceridad [...] Los hombres encogidos como él cuando se deciden a declararse, tiemblan [...] pero puedes creerles... toda esa timidez revela la pureza de un sentimiento que no sabe fingir” (104). Así, para Altamirano y Cuéllar los hombres honorables son aquellos con un natural tímido, porque esa timidez revela la severidad de sus decisiones, frente a unas libertades que permiten expresar sentimientos fingidos.

No parece ser esa la opinión de Roa Bárcena, que se burla de la incapacidad de los políticos de enfrentarse a situaciones sensibles con la capacidad que deberían otorgar las habilidades sociales. Para Roa Bárcena, esa negación a demostrar libremente las emociones es en realidad el producto de los discursos de igualdad que alimentan la egolatría de los políticos. La frialdad, la timidez y los miramientos al momento de la expresión de los sentimientos y los intereses de pareja son una máscara que oculta el orgullo de quienes temen ser heridos. Así sucede, por ejemplo, con Márquez, compadre de Gaspar en *La Quinta Modelo*, quien, “cuando se convenció que sus atractivos personales no eran suficientes a conquistarle el cariño de Amelia [hija de Gaspar], no quiso exponerse a una derrota que hubiera lastimado su amor propio”. Márquez prefiere que su compadre

interceda frente a las mujeres de su familia porque sabe que “ni su educación ni el conocimiento de la antipatía que ellas abrigaban hacia él le permitiría estar a sus anchas delante de ellas” (48). En todo caso, Roa Bárcena parece apreciar una dinámica de interacción que se asemeja más a las habilidades expresivas del comandante Flores de la novela de Altamirano. Se trata claramente de la añoranza por la valoración de un hombre sensible y hábil con la capacidad de manejar sus emociones en un entorno social.

En su estudio sobre los intercambios epistolares que una mujer colombiana en la década de 1860 tiene con su esposo, un héroe insurgente, liberal y protestante de la Independencia nacional, Matthew Brown (2010) descubre, además de los reclamos por manutención, quejas sobre su ausencia del hogar familiar. Este descubrimiento revela, por un lado, un interés por la construcción de pareja en el marco de la intimidad, ligada a una experiencia sensible compartida y una relación de mutua sinceridad —la mujer reclama también a su marido las sospechas de una infidelidad. Por otra parte, revela también un proceso de transformación que es incompatible con estas expectativas: la liberalización de las oportunidades y la búsqueda de muchos hombres por cumplir sus ambiciones personales fuera del hogar. Como se ha visto, este desarrollo de un modelo de comportamiento burgués viene acompañado de un acorazamiento de la sensibilidad masculina que, mientras unos critican, otros promueven como una forma de prevenir el desorden social.

La aparición de este discurso de modernidad burguesa viene acompañado de cambios en las relaciones sociales que pondrán la ausencia de sensibilidad masculina o, al menos, la supresión de la expresión de ésta, en el centro de un debate que trasciende el terreno de la intimidad y la pareja. Como se dijo en el capítulo anterior, liberales y conservadores tuvieron opiniones más o menos antagónicas sobre el papel de las instituciones de caridad y la práctica de la misma. Mientras los primeros la veían como una tradición que iba en contra de los principios de libertad e igualdad de oportunidades y fomentaba la holgazanería de los sectores populares, los conservadores la entendían como parte de su responsabilidad social, religiosa y humana en un mundo con una distribución desigual —o jerárquica— de los bienes, pero también de los talentos y las capacidades. Esta forma de entender al prójimo en términos de su capacidad de manutención significará para los hombres también un cambio en las formas de relacionarse que alude a su

sensibilidad frente a las vidas del resto de los miembros de su comunidad.

Cuando en la novela de Roa Bárcena (2006), Gaspar Rodríguez y su compadre Márquez se enfrentan a la situación de tratar con los trabajadores de la hacienda, para que estos ejerzan su voto, surgen algunos malos entendidos. Cuando Ambrosio, trabajador de la zona, se acerca a los dos hombres, éste no atiende a sus llamados porque aquellos insisten en referirse a él en formas impersonales. En una exacerbación paródica de las obsesiones políticas del modelo liberal, Roa Bárcena pone a sus personajes a dirigirse a Ambrosio como “ciudadano”. La confusión de Ambrosio aumenta además cuando sus interlocutores se niegan a que éste se refiera a ellos como “amos”. Cuando finalmente Márquez y Rodríguez deciden aceptar el lenguaje de referencia al que estaban acostumbrados, la respuesta de Ambrosio es reveladora. “Ahora sí, señor amo. Yo creía que ya no me conocía su merced, ni se acordaba de cuando iba yo a raparme en su barbería” (23).

El episodio ilustra un cambio en las formas de entender al otro que inevitablemente es atravesado por el tema de la sensibilidad. En su afán por asegurar la igualdad entre “ciudadanos”, Márquez y Rodríguez rechazan unos modos de referirse a sus trabajadores que están ligados al paternalismo, el cuidado y la protección. Más allá de las estructuras de poder que claramente subyacen en los tratamientos paternalistas, en el fondo lo que el retrato de Roa Bárcena denuncia es la ausencia de preocupación por los intereses del prójimo, la idea de que enternecerse por las realidades de los demás es indigno del sexo masculino. En este sentido, cuando los hombres son libres e iguales ya no son sujetos de las preocupaciones de otros y sus relaciones se vuelven neutrales e impersonales, ya no más marcadas por la afectividad sino por la ilusión de un libre y equitativo intercambio.

Éstas son sólo algunas de las expresiones de sensibilidad masculinas que quedarán en jaque con la aparición de los discursos de igualdad entre los hombres. El rechazo, por ejemplo, al ejercicio masculino de las artes que se abordó en el capítulo anterior, guarda un vínculo axiológico de transformación en esta discusión porque no sólo se refiere a la negativa a promover actividades ociosas para el progreso de la nación y en esquemas en que la manutención económica no se gana con el privilegio, sino también porque las artes son el vehículo de una expresión emotiva que estaba en la mesa de debate. Este proceso de domesticación de las sensibilidades masculinas, y su dimensión estética, tendrá efectos que

no sólo se restringen a los vehículos externos de expresión. La capacidad masculina de ocuparse por su apariencia personal, de concebirse como un objeto de deseo y de presentar socialmente su cuerpo, cambiará paulatinamente, en un proceso que afectará particularmente los usos de la vestimenta y, en general, de la cultura material masculina para las clases altas y para quienes aspiran a escalar socialmente.

4. LA IMAGEN DEL HOMBRE. MODAS, OBJETOS Y PRESENTACIÓN PERSONAL

Preguntarse cómo debe verse un hombre moderno es una discusión que trasciende el estudio de lo visual. Los discursos en torno a la imagen, la presentación de la persona, la cultura material y la vestimenta están a menudo cargados de ideas sobre la naturaleza del individuo que dicen mucho más sobre la sociedad en que éstos circulan que de la mera apreciación estética. Las discusiones públicas que acompañaron el proceso de modernización y transformación política del México independiente involucraron también un serio cuestionamiento al significado del individuo y del cuerpo social que afectaron la forma en que hombres y mujeres se entendieron a sí mismos y la forma en que debían verse. La literatura fue un espacio en que los líderes de estas discusiones pudieron experimentar hasta sus últimas consecuencias con sus ideas en torno a estos cuestionamientos, así como plantear algunas de sus críticas con ayuda de los recursos de la ficción. Reconocer la importancia que tiene la imagen y la vestimenta en la construcción de estos ideales a través los textos literarios nos ayuda a considerar las profundas implicaciones que tienen el cuerpo y la presentación de éste. Estas implicaciones se entrecruzan normalmente con discursos políticos, sociales y de género, que colocan a la moda como un fenómeno que no es ni trivial ni contingente.

En *El imperio de lo efímero*, su estudio sobre la moda en las sociedades modernas, Gilles Lipovetski (1990) trata de explicar la trascendencia que ésta tiene como parte fundamental del mundo occidental contemporáneo y la presenta como “agente por excelencia de la espiral individualista y de la consolidación de las sociedades liberales” (13). En su lectura, el fenómeno de la moda —esa *haute couture* que privilegia la novedad y el cambio— está en directa sintonía con el papel central que la protección del individuo y de sus aspiraciones y libertades personales ha tenido para los ideales políticos de Occidente en su tránsito hacia a la modernidad. En ese sentido, la moda es un signo del triunfo de lo individual y de la libertad para la cultura moderna. La volatilidad contemporánea del mundo de la moda es sintomática de la búsqueda de identidades individuales y originales propias de un régimen político liberal, así como parte importante de la lógica de producción industrial y de mercado capitalista. El vestido es entonces la herramienta con la que los

individuos se permiten construir día a día esa individualidad.

Así lo entendió también Simmel (1988), reconociendo la compleja función social que tiene la moda en el marco de la construcción de identidades individuales originales. Por un lado la moda “es imitación de un modelo dado y proporciona así satisfacción a la necesidad de apoyo social”. Sin embargo, explica cómo ésta también sirve a “la necesidad de distinguirse, a la tendencia a la diferenciación, a contrastar y destacarse” (29). Indica que su peculiaridad reside en este carácter dual. Es un espacio de experimentación enmarcado en una actividad socialmente reconocida, de tal modo que logra equilibrar “la tendencia a fundirnos con nuestro grupo social y a destacar fuera de él nuestra individualidad” (27). Con su particular ojo sociológico, logra articular el carácter sistémico de la moda como una actividad humana, así como las capacidades de emancipación que otorga, explicando que ésta “ofrece por su singular estructura una posibilidad de destacar que siempre es vista como apropiada” (46). El carácter liberador que tiene la moda en términos de la expresión de individualidad haría pensar que, en el tránsito hacia la modernidad y con la aparición de los discursos políticos liberales, los cambios en la cultura material estarían marcados por una expansión del gusto regida por la experimentación y la profusión de adornos, telas y colores.

Y de alguna forma, así lo fue. En su estudio sobre la aparición del *ready-made* en los Estados Unidos, Michael Zakim (2003) explica la relación que tienen las nuevas formas del vestido con los métodos modernos de producción. Además, establece un vínculo directo entre la aparición del *ready-made* con el concepto de democracia norteamericana. Si el traje sastre masculino implicaba una relación exclusiva con la prenda y el acceso a determinados círculos selectos de consumo, la aparición de trajes con tallas predefinidas y fabricados industrialmente en masa significó la ampliación de mercados de consumidores que podían elegir a su gusto y a un precio más accesible. La idea del *self-made man*, que con su propio esfuerzo y creatividad puede alcanzar toda clase de metas personales, prometida por el régimen republicano, fue de la mano con una transformación de los códigos de vestimenta que permitió a muchos acceder a determinada imagen personal y estilos de vida antes vedados. En ese sentido, el tránsito hacia los valores liberales de democracia estuvo regido por una revolución en el vestir, particularmente en cuanto a las rígidas barreras sociales que

marcaba.

Pero dicha transformación no significó necesariamente un culto a la individualidad guiado por las libertades y la originalidad. La incipiente movilidad social de los regímenes políticos liberales y la liberalización e industrialización de los métodos de producción sí permitieron que algunos miembros de clases populares aspiraran a estilos de vida percibidos como más elegantes. Sin embargo, en cuanto se refiere al mundo del vestido, quizás el valor de la igualdad primó sobre el de la libertad. Los estudios de la cultura material en el mundo moderno invitan a pensar que la prevalencia de un discurso de igualdad entre los hombres, que negaba la fuerte estructura estamental del Antiguo Régimen, promovió el gusto por la sencillez en aras de la construcción de derechos políticos para todos, fundamento del pensamiento democrático.

La creciente influencia cultural de la burguesía —como una clase que representó las potencialidades de movilidad social y de desestabilización de la estructura estamental propias del mundo moderno— cultivó el desarrollo de nuevas sensibilidades que se extendieron al terreno de la estética en el vestir. Mientras la estética y los usos del vestido promovidas por las aristocracias de Antiguo Régimen privilegiaban la profusión de símbolos que indicaran el lugar social de quienes los portaban, el gusto burgués comúnmente optó por deshacerse de los códigos suntuarios. Y aunque los códigos de distinción no desaparecieron con la prevalencia de discursos modernos, la estética burguesa privilegió la sencillez, así como las nociones utilitarias y morales en el desarrollo de su gusto en el vestir (Perrot, 1994: 10). La búsqueda de la simplicidad y la practicidad como organizadores de la estética burguesa están en sintonía con los valores, los intereses y las actividades de su clase, en una continuidad axiológica que Pierre Bourdieu (1988) aborda con detalle en *La Distinción*.

La simplificación del gusto en el vestir forma parte de un fenómeno más amplio que se corresponde con la aparición de discursos que hicieron pensar en nuevas formas de entender la estructura social y el lugar del individuo en ésta. Como ya se ha dicho, el estudio de Pérez Vejo y Quezada (2009) sobre un conjunto de retratos que atraviesan las últimas décadas del período novohispano y las primeras del México independiente, dan cuenta de una transformación importante en la forma de retratar al individuo. Mientras la

estética colonial vinculaba con mayor prevalencia al sujeto del retrato con los símbolos nobiliarios, los detalles de su procedencia y de su linaje, los primeros retratos del México independiente reflejan la búsqueda de una representación más moderna. Los ideales de igualdad y libertad y la construcción de un régimen político desvinculado de la nobleza desaparecieron esos símbolos de distinción y los retratos mostraron a sujetos ataviados con uniformes militares, propios de sus profesiones o simplemente con indumentaria más austera. Además, el desarrollo de la estética romántica contribuyó al ejercicio de retratos que se detuvieran en la representación más minuciosa del rostro que, como característica individual, reflejara las complejidades de la vida interior particular de cada sujeto —el ideal romántico de que la apariencia es el reflejo de los valores morales. En ese sentido, la búsqueda de la sencillez estética está articulada con una visión del individuo como eje de la estructura social en sí mismo, independiente de sus vínculos con una estructura política. El nacimiento del individuo del romanticismo es así también el origen, de alguna manera, del concepto de ciudadano de la nación moderna.

Para Simmel (1988), la distinción es una de las capacidades fundamentales de la moda, pero ésta no se ejerce solamente en un nivel individual, sino que forma parte de las dinámicas sociales de clase. Con esta visión, desarrolla una lectura cíclica de las fluctuaciones estéticas de la moda, en que las clases privilegiadas adoptan unos símbolos de prestigio que son abandonados conforme los sectores populares los reproducen por imitación, para así buscar nuevos mecanismos de diferenciación. Esta dinámica abona al carácter efímero del mundo de la moda. Sin embargo, para Lipovetski (1990), la retórica en torno a la moda y las rivalidades de clase comete el error de colocar “como origen lo que no es más que una de las funciones sociales de la moda” (11). Para éste, el fenómeno de la moda, en la lógica de mercados contemporánea, explica mucho más que un mecanismo de distinción entre clases.

Por un lado, se entiende que el carácter efímero de la moda, la transformación de su producción y la liberalización de su consumo dan cuenta de la importancia que tiene la expresión de las libertades individuales para el mundo occidental. Por otra parte, sin embargo, de forma más o menos contradictoria, esta misma transformación permite la igualación de las diferencias en un orden social imaginado como democrático. Y aunque

estas lecturas en torno a la transformación de la vestimenta puedan ser contradictorias, lo son tanto como la posibilidad de conciliar los ideales de libertad y de igualdad como ejes rectores de la revolución política del liberalismo moderno. En todo caso, esta discusión se nutre cuando se reconoce que las transformaciones políticas y sociales de la modernidad están atravesadas por un componente de género.

Como se ha dicho anteriormente, las nociones de libertad individual y de igualdad política que transformaron el mundo moderno imaginaron una nueva estructura social cuyos protagonistas eran en realidad sólo los hombres. El espacio público de la política, la participación ciudadana y la propiedad fueron vedados a las mujeres, cuyo lugar en el espacio privado reconstituyó las desigualdades de género preexistentes en torno a una moral familiar. Las consecuencias se dejaron también ver en la transformación en los hábitos de vestimenta, cuyas presiones por la construcción de régimen de igualdad y libertad transformaron poco a poco los ideales en torno a la estética masculina. Así lo reconoce el mismo Lipovetski cuando indica que “el traje masculino, neutro, sombrío, austero, traduce tanto la consagración de la ideología igualitaria como la ética conquistadora del ahorro, del mérito, del trabajo de las clases burguesas” (101). En un mundo de ciudadanos libres e iguales, la aparición de un discurso de moral masculina regido por el autocontrol se traduce de esta forma al mundo de la vestimenta. Esto permite por un lado la igualación de las diferencias y responde en una clave estética al miedo al descontrol y al afeminamiento como producto del discurso de libertades individuales.

En su estudio sobre la progresiva conquista de las mujeres por el uso del pantalón, Christine Bard (2005) parte de una premisa básica que ilumina las tensiones y la transformación de la vestimenta masculina en el mundo occidental moderno. Estudiar cómo las mujeres se apropiaron del pantalón como prenda de vestir es importante y enriquecedor porque en esta conquista hay una dimensión política. El pantalón representa el mundo masculino del trabajo y sus privilegios. Bard inicia su reflexión refiriéndose a la “gran renuncia masculina”, expresión acuñada por el psicoanalista John Carl Flügel, que alude al fenómeno de transformación de la estética masculina, en que los hombres ganaron los privilegios políticos y sociales de la esfera pública, pero dejando a un lado la posibilidad de adornar su cuerpo y de entenderlo como un objeto de placer erótico. El pantalón es, en

este caso, entendido como “uno de los indicadores más sorprendentes del cambio régimen político”, en una generalización en torno a las así llamadas sociedades de Antiguo Régimen y las nuevas sociedades democráticas. En todo caso, la sobriedad y estandarización de la vestimenta masculina fue una característica preponderante que marcó la historia moderna, apelando a las sensibilidades burguesas de orden y autocontrol.

Michael Zakim (2003) quien, como se dijo, estudia la relación entre la aparición del traje masculino *ready-made* y la democracia norteamericana, cree también que esta transformación de la vestimenta masculina es central en el cambio de sociedades agrarias patriarcales a las del discurso republicano en los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, pretende explicar que las ideas de igualdad debieron enfatizar la importancia de la diferencia sexual entre hombres y mujeres. En vez de procurar la libertad individual, la homologación de la vestimenta masculina fue importante para la democracia americana porque materializó el principio de pertenencia a la república. De la misma forma, permitió responder a las preocupaciones reaccionarias por el descontrol y la turbulencia social que podrían ocasionar los nuevos ideales políticos (10).

México no fue excepción en este proceso de transformación, en donde también se vivió la aparición del pantalón y de la levita como prendas masculinas tradicionalmente burguesas (Pérez Monroy, 2005), que rápidamente comenzaron a significar las aspiraciones políticas liberales de los nuevos mexicanos. La sobriedad del traje masculino vino no sólo a fundirse con las necesidades de igualdad social de los ideales modernos, sino que entró en pugna directa con las particularidades de una sociedad marcada por las diferencias étnicas. La popular imagen del presidente Benito Juárez, personaje que por muchos motivos se encuentra en el centro de estas discusiones y que resulta emblemático de las aspiraciones e ideales políticos de los liberales mexicanos, da cuenta de las profundas implicaciones que estas transformaciones tuvieron en el país.

La imagen sobria del presidente, siempre ataviado con su negra levita, significa por un lado el éxito de los ideales liberales de igualdad. Su color de piel y su origen evidencian el éxito de la abolición de los privilegios raciales. Sin embargo, su vestimenta da cuenta de que los principios de igualdad nunca implicaron un reconocimiento de la diversidad étnica y cultural en México. Al contrario, la imagen masculina promovida por muchos ideólogos

liberales, aunque pretendía suprimir los rasgos suntuosos y de distinción, no pudo escapar la especificidad de la imagen de hombre occidental burgués. Aunque aquí la reflexión gire en torno a un asunto tan aparentemente trivial como la imagen personal y la vestimenta, este detalle cultural ilustra lo que acaso es una de las deudas históricas de las democracias modernas en Latinoamérica.

Es trascendental, además, porque el color de piel, como rasgo que conforma la apariencia, se entrecruza con la transformación de la masculinidad que significó la modernidad. Acaso la imagen del hombre burgués, sobrio y sin adornos, pero ataviado con levita y pantalón, se entendía como contradictoria a los rasgos estéticos, tanto físicos como culturales, de las comunidades indígenas que convivían en tiempo y espacio con los ideólogos que forjaron la nación moderna. En su *Ensalada de Pollos*, José Tomás de Cuéllar hace burla de la importancia que la apariencia física tiene en las ambiciones de los “pollos”. Además, realiza un juego de palabras en que los nombres de sus personajes cobran importancia simbólica. Don Jacobo “Baca”, es el esposo bruto e incompetente que abandona el hogar para unirse a la revolución y don José “de la Luz” es la salvación que ilumina la vida de doña Lola ante la ausencia del marido.

En ese contexto, los personajes de Pepe “Pardo” y Pío “Prieto” llaman la atención porque sus nombres aluden seguramente a su apariencia y su color de piel. Hijos de un sastre y un hojalatero respectivamente, estos personajes de Cuéllar posiblemente pretendían denunciar la incompatibilidad de un modelo de masculinidad de apariencia austera y sobria con la aspiración a un estilo de vida elegante de las clases populares. Más que eso, la burla de estos personajes “pardos” y “prietos” deja entrever el dilema que la etnicidad implicaba para la consolidación de la imagen masculina moderna que era alentada como modelo de ciudadano. Acaso, con una historia de estructura jerárquica atravesada por la raza, no todos estaban complacidos con imágenes como la del presidente Juárez, con su piel morena y su elegante y sobria levita negra.

En todo caso, las novelas escritas por los protagonistas de las discusiones públicas en torno la conformación política de México dan cuenta de que esta discusión sobre la apariencia tenía repercusiones importantes. Sus textos evidencian que la preocupación por el significado del individuo y su lugar en la sociedad tenían efectos particulares en la

imagen y la estética masculina. A través de sus textos literarios, Cuéllar, Altamirano y Roa Bárcena trataron de dar vida a un mundo que fuera consecuente con sus ideales políticos o, en todo caso, de criticar mundos posibles que se alejasen de sus visiones de prosperidad y rectitud moral. La construcción de sus personajes hombres, así como las críticas o alabanzas de su aspecto, permiten descubrir que las reflexiones morales en torno a la construcción del individuo en la sociedad tienen un componente estético inevitable que acompañó las transformaciones modernas del país.

Las múltiples direcciones en que avanzan las propuestas de estos ideólogos revelan la complejidad de la transformación y el carácter inestable y a menudo contradictorio de las normativas de género. Particularmente, cabe señalar la contienda de discursos en torno a la estética masculina, que hoy es a menudo entendida como una de larga data, con características únicas e inamovibles. Además, sus reflexiones reflejan algunas de las lecturas sociales e históricas ya mencionadas en torno a la moda, la imagen y la modernidad. Por un lado, aparece una clara preocupación por el desborde de las libertades en el vestir que, sin embargo, toma formas distintas. Mientras a algunos preocupa el relajamiento de las costumbres, la pérdida del decoro, y las maneras correctas, otros se incomodan más por el afeminamiento que trae consigo la ambición de las clases populares por acceder a estilos de vida más elegantes a través del vestido. Además, se puede apreciar también un esfuerzo por la construcción de un ciudadano modelo que aglutine los valores de sobriedad y autocontrol, desdeñando la opulencia y construyéndose una imagen ajena al interés por los afeites y el vestido.

Los excesos de la libertad: el desparpajo y el afeminamiento.

Los discursos de libertad y de igualdad entre los hombres que tuvieron cabida en el universo y los imaginarios de las clases letradas mexicanas después de la Independencia, dada la situación de inestabilidad y contestación política, podían ser traducidos como una invitación al descontrol. Así fue entendido por los pensadores reaccionarios que encontraban en el cambio un peligro de desorden, e incluso por los más progresistas, que se esforzaban en encontrar nuevas ideas morales que promovieran el progreso nacional en el

marco de sus valores políticos. Para actores conservadores como Roa Bárcena (2006), que criticaron de manera pública los excesos del pensamiento liberal mexicano, la mayor preocupación fue la pérdida de las buenas costumbres y del decoro que eran procurados por las clases acomodadas. Particularmente los hombres que, guiados por las ideas de igualdad y libertad, se lanzaban a conquistar espacios públicos para hacerse una vida propia, se encontraban en una situación para utilizar sus ideales como excusa para desentenderse de todas las reglas de propiedad que dictaba su educación.

Así sucede con Gaspar, el personaje de Roa Bárcena que encarna en clave paródica todos los excesos del pensamiento liberal hiperbolizado. El retrato de este hombre que pierde la compostura y el decoro propio de la sociedad decente no es contingente ni simplemente parte de la intención crítica de la construcción de un personaje caricaturesco. Su desarrollo conecta la desfachatez con sus ideales políticos de forma directa. Cuando, al inicio de la obra, Gaspar Rodríguez se encuentra en el exilio en los Estados Unidos, tuvo la oportunidad de asistir a ceremonias oficiales del gobierno. Allí alcanzó a ver cómo le “hundieron hasta los hombros su sombrero al presidente de la República o le estrellaron un huevo en las espaldas sin que el primer mandatario yankee perdiera su flema habitual”. Esta imagen completamente desproporcionada de los políticos norteamericanos abona a la noción de descontrol en las formas que Roa Bárcena pretende prevenir y nutre la visión política de su personaje. Gaspar, a la luz de estas escenas, cree reconocer “la modestia y la mansedumbre que deben adornar al depositario del poder público en una sociedad democrática” (13).

Además, como indica Enrígue (2007) en su estudio sobre dinero y literatura en la cultura hispanoamericana, no es de sorprender que sea en este contexto, y particularmente en Latinoamérica, en que aparece por primera vez el famoso *Manual de Carreño*. Los ideales políticos liberales venían acompañados de un cambio en las formas y en la noción de distinción. Al mismo tiempo, las sociedades acomodadas en América se vieron pronto desprovistas de la legitimidad cultural que aportaba la metrópoli. La aparición y, sobre todo, la popularidad de un manual de comportamiento son sintomáticas de la ansiedad social que los nuevos discursos políticos y sociales generaban en torno a la apariencia y la propiedad de las formas.

La pérdida de una imagen recta, seria y con propiedad de las figuras masculinas en el poder no es para Roa Bárcena una característica aislada de Gaspar como personaje, ni del pequeño grupo de hombres de Estado que le rodean, sino que corresponde a una misión política cuyo mensaje están propagando. Gaspar guarda en su ideario político la intención de “desimpresionar al pueblo y enseñarle que los presidentes y los ministros son iguales a todos los demás hombres” (14). Como queda claro por el episodio anterior, esta misión didáctica implicaba la total pérdida de las buenas costumbres y de la decencia que deberían tener los representantes más altos de la jerarquía política y social. En el imaginario de Roa Bárcena, el papel de estos hombres no es sólo tomar las decisiones en el marco de un orden democrático, sino que deberían poner el ejemplo como personalidades destacadas en una comunidad patriarcal. La pérdida de este decoro y propiedad de las formas es sólo una de las añoranzas del conservadurismo del autor.

Estas preocupaciones no corresponden solamente al terreno de lo público o de las figuras de autoridad gubernamental. Para Roa Bárcena, el problema es que las ideas sobre igualdad puedan invadir la educación de los niños de las buenas familias. En los episodios de discusión entre Octaviana —esposa de Gaspar— y su hijo Enrique, las lecciones del padre, desdeñoso de la propiedad y la imagen entre hombres, saltan a la vista. Octaviana trata de recordar la infancia de Gaspar en su primera comunión y pretende hacerlo reflexionar sobre la pérdida de su ternura infantil. Las palabras de la madre tratan de evocar una inocencia perdida por una influencia corruptora. “¿Te acuerdas, Enrique? Te llevé a la iglesia vestido de toda gala y por tu juicio y compostura llamabas la atención de las gentes [...] De vuelta a casa, te pusimos, Enrique, una corona de rosas del jardín y te festejamos mucho”. Le respuesta de Enrique evidencia la influencia del padre, quien “se disgustó de ello y dijo que todo lo volvían ustedes una farsa” (17). La pugna entre madre e hijo no es sólo en torno a la madurez y la vuelta a una inocencia infantil, sino que explica cómo el padre instruye al hijo en el rechazo al cuidado por las formas y la propiedad, que se vuelven indignas para la virilidad republicana y comprometida con la igualdad.

El rechazo de Roa Bárcena por los discursos de igualdad social se compone también por una aversión hacia la confusión y el desorden de las reglas de propiedad, comportamiento y vestimenta entre las distintas clases sociales. La novela da cuenta de un

rechazo hacia la influencia de una virilidad ruda y popular entre los hombres de situación privilegiada, como producto del descontrol. Cuando Gaspar llega a la ciudad de México para cumplir con su tarea de legislador, el narrador realiza una fotografía de los sectores acomodados que parece apuntar a la total confusión de clases. En un paseo por las calles principales de la ciudad “por más que buscó a la juventud masculina, lustre y esperanza del país, no pudo dar con ella bajo el disfraz de charros del interior con que sus miembros caracoleaban a caballo por todo el paseo, destrozando de vez en cuando palabras francesas” (27). Roa Bárcena se muestra disgustado con que los hombres rectos y decorosos, que deberían ser ejemplo para otros, se comporten y se vistan a la usanza de las clases populares del país. A su vez, lamenta que la confusión de los códigos de comportamiento sea tal que los jóvenes “destruyan” los galicismos. Acaso porque no tienen la educación suficiente para pronunciarlos con propiedad o simplemente porque su atuendo no corresponde con la apariencia de un hombre que utilice dichos recursos, la molestia del autor parece ser la de la pérdida total en la propiedad de las formas.

Lipovetski (1990) comprende la moda como un fenómeno complejo en que se cristalizan las aspiraciones de las sociedades contemporáneas por la novedad, la invención y la libertad de las identidades. En ese sentido, la creatividad en la combinación de rasgos culturales es esencial para la invención estética. Si situamos los primeros discursos de modernidad y liberalismo como un punto germinal de las realidades a las que Lipovetski se refiere, la aparición de nuevos usos, en que podían convivir elementos populares y otros de distinción en un mismo sujeto, es la muestra de las potencialidades de los nuevos tiempos. En cambio, Roa Bárcena critica estos pastiches porque rechaza ese proyecto de modernidad y entiende el mundo en clave de decoro.

Sus disgustos, que a la luz de los códigos de una masculinidad contemporánea podrían resultar feminizantes, corresponden con los ideales de autoridad masculina y de clase propios de una sociedad patriarcal de Antiguo Régimen, que entienden su lugar en la pirámide social como una responsabilidad. Se trata, en breve, de las nociones premodernas de lo público como un espacio de demostración simbólica de los comportamientos sociales en torno a figuras de autoridad, tal como lo explica Habermas (1997) en su análisis de la transformación del espacio público moderno. Estas demostraciones públicas implican

comportamientos adecuados relativos a la presentación del cuerpo y la vestimenta de acuerdo a ciertos códigos de propiedad. Así, por ejemplo, cuando Gaspar decide visitar a su hijo Enrique en el colegio liberal en el que se encuentra internado, la primer imagen de éste es la de un joven “negligentemente recostado en una silla, con las piernas extendidas, y un grueso puro en la boca” (36). Para Roa Bárcena, la educación liberal es apática con las normas del decoro porque la noción de igualdad entre los hombres invita a pensar que no son necesarios mecanismo de distinción entre ellos.

De hecho, el autor se burla de forma directa del programa educativo liberal de la escuela de Enrique, que antepone el desarrollo de una virilidad centrada en el esfuerzo físico a la de una concentrada en la disciplina formativa del conocimiento. El programa de Enrique incluye asignaturas como equitación, natación y “toda clase de ejercicios gimnásticos”. Y aunque “los alumnos deberán estar precisamente vestidos con arreglo a las últimas modas de París”, esto no significa, como se ha visto, que se guarden adecuadamente las formas del decoro masculino. Al contrario, esta exigencia parece corresponder a la necesidad de los hombres liberales que, a los ojos de Roa Bárcena, se encuentran obsesionados con parecer modernos. Además, en el programa se puede leer que “al estudio de una teología embrollada y de una metafísica indigesta e inútil, se han sustituido los ejercicios corporales que facilitan la digestión y dan a las formas un desarrollo prodigioso” (40). Mientras que Roa Bárcena añora la disciplina del conocimiento teológico y del respeto a las maneras en el manejo del cuerpo, el programa educativo liberal promueve el desarrollo de una virilidad centrada en el esfuerzo físico, que forma parte de la disciplina de autocontrol masculina propia de las sensibilidades burguesas, tal como explica Mosse (1996) en su estudio sobre masculinidad moderna europea.

En todo caso, el retrato de Roa Bárcena parece denunciar claramente la confusión de las reglas de propiedad que las ideas de igualdad social de los políticos liberales traen consigo. Al ausentarse la necesidad de distinción, las exigencias de decoro en el vestir y en el manejo del cuerpo pierden importancia, particularmente para los hombres jóvenes que son quienes entran en un terreno de competencia entre iguales en el espacio público. La alegoría política de *La Quinta Modelo*, en que Gaspar Rodríguez intenta construir una comuna democrática, llega a tal punto de desorden que los trabajadores de la hacienda

terminan por saquear la propiedad de los dueños. Cuando, en el colmo de los vicios, Enrique es asesinado en una contienda en medio de la bebida y el juego, la situación de desamparo de la familia se suma a la tragedia. Octaviana, en medio de su desdicha, trata de cambiar la ropa ensangrentada de su hijo, sólo para encontrarse con su propiedad saqueada, “y la idea de que no podía vestir de limpio a su hijo para que le enterraran, la apasionó de tal modo, que rompió en gritos y sollozos” (73). El proceso de restauración de la paz no se completa sino hasta que Enrique es vestido con unas ropas limpias que le son prestadas por vecinos solidarios que, cabe decir, no fueron trabajadores de la hacienda. Las ropas fueron prestadas por el vecino Alberto que, no siendo un hombre rico, usaba prendas dignas de un caballero educado en una familia que lo era.

Esta misma preocupación por el descontrol abunda en la radiografía que Cuéllar (2007) realiza en su *Ensalada de Pollos*, sobre los estilos de vida modernos de los adolescentes citadinos de la ciudad de México durante la República Restaurada. Sin embargo, mientras Roa Bárcena lamentaba la pérdida de la imagen de propiedad y decoro masculino, la preocupación de Cuéllar parece girar en torno a un peligro de afeminamiento. En su crítica, Cuéllar lamenta el poder de atracción que, dadas las condiciones de una incipiente democracia, empuja a los jóvenes de clases populares a tratar de alcanzar estilos de vida más elegantes. La aversión a los oficios tradicionales y productivos, así como la desesperada búsqueda de empleos de cuello blanco que caracteriza a los “pollos” de Cuéllar, conforman el retrato de estos muchachos interesados en subir de escalafón social. En la obra de Cuéllar, la apariencia no sólo es una herramienta para acceder a círculos sociales que podrían asegurar un bienestar a sus personajes, sino que en muchos casos es un incentivo. Las formas de vida elegantes y las vestimentas que vienen con ellos se convierten en un objetivo aspiracional para estos jóvenes ociosos que Cuéllar juzga como afeminados.

Quizás por la calidad de su pluma o sencillamente porque así lo exige la tradición literaria del realismo social con que Cuéllar se plantea retratar los vicios de la sociedad de su época, la *Ensalada de Pollos* abunda en descripciones detalladas del cuerpo, la indumentaria y la cultura material a lo largo de la trama. Concha, uno de los personajes principales que, junto con su hermano Pedro, decide salir de su barrio popular para buscar

una vida elegante, tiene en su aspecto los rasgos que dictarán su terrible destino: “dos ojos muy negros y expresivos, de esos ojos que no están en balde en el mundo, ojos programa, ojos que levantan a su propietaria falsos testimonios” (26). Usando la sabiduría popular que conecta el cuerpo con la calidad moral y que dicta que los ojos son el espejo del alma, Cuéllar elabora sobre la falsedad de las apariencias. En el caso de Concha, “al espejo del alma le iba sucediendo una cosa rara: que cada día iba siendo mejor el espejo que el alma” (29). Y, sin embargo, las provocaciones en que caía Concha a causa de su apariencia la harían pensarse merecedora de un estilo de vida acorde a su potencial. “Todo lo que los ojos de Concha tenían de ricos, tenía ella de pobre; pero decididamente la hermosura engendra aspiraciones” (31).

El camino de Concha hacia conseguir sus aspiraciones, que sería en realidad su caída a la “prostitución”, está marcada por el placer estético que le provoca el lujo de los adornos de su cuerpo. Desde la necesidad de reponer una crinolina vieja, que le hace pensar en su amante Arturo, “por la analogía que probablemente ha de haber entre el amor y la crinolina” (50), hasta unos botines de seda que éste le regala y que le hacen ver “en sus pies, como a sus pies, el lujo, las comodidades, la vanidad y el bienestar social” (52), la obra de Cuéllar está adornada con detalles de la cultura material de su época. El narrador precisa la transformación de la niña que pasa de ser prieta a andar pintada, de llevar trenzas, como sus pares del vecindario, a usar castañas. Y cuando, tras la muerte de Arturo con quien vive en unión libre, su futuro se nubla, el narrador explica con precisión los detalles del porte de su rebozo, “el más íntimo confidente de la mujer en México”, ese “adminículo indispensable” con el que “las costumbres francesas se han estrellado” (133). El narrador explica cómo su posición en torno a los hombros, los brazos, el cabello o el rostro, indican el estado de ánimo de una mujer. En el caso de Concha, era el de la total amargura.

Tal como señala Simmel (1988), la transformación de Concha está en función de una estrategia de distinción de clase. Concha quiere vestirse como los más acaudalados porque quiere asemejarse a ellos y acercarse a estilos de vida más cómodos. Sin embargo, lo hace también porque quiere distinguirse. Las marcas de su atuendo le permiten separarse de sus pares del vecindario y adentrarse en las dinámicas de grupos sociales que le son ajenos a través de una práctica cotidiana que no despierta sospechas: vestirse. Además de eso, el

hecho de que sea capaz de lograr dicha una transformación es en sí mismo un signo de sus tiempos. La movilidad social como símbolo de modernidad tiene una conexión clara con el fenómeno de la moda y con su carácter efímero. “Su cuestión no es ser o no ser, sino que ella es simultáneamente ser y no ser, se sitúa siempre en la divisoria de las aguas entre el pasado y el futuro, proporcionándonos así mientras está en su apogeo un sentimiento de presente tan intenso como poco fenómenos (36-37).

En todo caso, el Cuéllar (2007) logra exitosamente retratar el embelesamiento estético que motivaba a sus personajes adolescentes a dejar sus hogares y sus oficios —propios de sectores populares— para perseguir empleos que, aunque quizás no estaban preparados para realizar, eran más acordes a sus aspiraciones personales. Si el único error de Concha fue haber aceptado los regalos y el bienestar que le ofrecía Arturito, sin perseguir el compromiso fundamental del matrimonio, que para Cuéllar es la única base moral de la sociedad, el caso de los “pollos” es diferente. Su error moral está en directa relación con lo que se espera de su sexo. Dejaron el trabajo esforzado para lanzarse a la aspiración de una vida elegante, que Cuéllar juzga como femenina.

Pedrito, el hermano de Concha, al saber de la ausencia de su padre, no tardó en buscar su propio destino en un mundo que fuera digno de sus aspiraciones personales. Y “tardó muy poco en encontrar destino, y mucho menos en encontrar sastre, dos elementos tan indispensables para el pollo”. Iba a ser escribiente en la oficina de un general liberal, aunque poco supiera escribir. La imagen era parte esencial de su nuevo empleo, cuyas funciones poco se mencionan porque, como se entiende al final de la novela, nunca logra cumplirlas. Mientras dura, sin embargo, Pedro disfruta del estatus que su nuevo empleo de cuello blanco le ofrece. “Se transformó en un abrir y cerrar de ojos; no había recibido la primera quincena cuando estrenó un pantalón a grande cuadros, un saco o gabán en que empleó el sastre la menor cantidad posible de género” (41).

Lo mismo sucede con algunos de los pollos que forman parte del clan de Pedro, cuyas aspiraciones parecen no reducirse al bienestar, sino que son relativas de forma específica a estilos de vida añorados. La relación que estos adolescentes construyen con sus vestimentas es tal que adquiere un carácter casi trascendental. Tal es el caso del joven Pío Prieto, cuyo padre, hojalatero de oficio, “hubo de emplear un día sus ahorros en comprarle

una levita a su hijo”. El padre, sin embargo, poco sabía de las consecuencias que esta prenda tendría sobre el carácter de su hijo. “La levita comenzó a ponerse en abierta pugna con el soldador y con el estaño. Cada lunes hacía Pío un nuevo sacrificio al ceñirse su mandil de brin y al recuerdo de sus conquistas del domingo por la tarde, Pío Prieto entraba en mudas confidencias con la hoja de lata, y se volvía más meditabundo que trabajador” (91). Su nuevo disfraz le permitió al joven *pollo* acceder a espacios y amistades antes vedados, de tal modo que al poco tiempo hubo de abandonar su oficio para perseguir sus aspiraciones sociales.

Para Cuéllar, el drama social de estos jóvenes no es sólo que son un lastre para el país y que no parecen contribuir al progreso nacional, sino que entra en conflicto directo con su masculinidad. Así, propone, acaso como argumento central de su obra, que “esos barbados, musculosos y sanos, vendedores de encajes y de chucherías, de listones, de terciopelos y de cigarritos” abandonen el comercio y se dediquen a “trabajos dignos del vigor masculino”, dejando los mostradores “para que sirvan de parapeto a la virtud de la mujer” (210). Se trata de un giro contradictorio para el pensamiento liberal de Cuéllar que, por un lado, es un defensor del republicanismo mexicano pero, por otro, atiende aquí a las preocupaciones por el descontrol social con una aspiración que en alguna medida mira hacia atrás, hacia un mundo de trabajo corporativo organizado por oficios y gremios, aunque lo haga en el marco de las libertades.

Independientemente, su juicio sobre la masculinidad de estos jóvenes no está en función exclusiva de su trabajo, sino también del efecto que éste tiene sobre su imagen personal. “Cuando el uso de los guantes de cabritilla tenga por objeto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del obrero, entonces será difícil comprar votos en las elecciones” (94). Si a Roa Bárcena preocupaba la pérdida del decoro masculino, de la propiedad y la elegancia de los hombres educados, el caso de Cuéllar, aunque también teme al descontrol social, es por entero contradictorio. A éste preocupa cómo las aspiraciones de las clases populares por su ascenso social contribuyan al afeminamiento de su imagen y, a su vez, al declive de su productividad.

Feo, fuerte y formal: la estética masculina moderna.

La obra de Cuéllar no se limita a señalar el miedo al desborde y el descontrol que los discursos sociales de libertad e igualdad entre los hombres traerían para las aspiraciones de los jóvenes de clases populares y cómo estas se traducen en un afeminamiento de sus gustos. El rechazo de Cuéllar a la obsesión por el lujo y la sofisticación de la vida del empleado de cuello blanco, a la que se entregan los adolescentes citadinos que retrata en su novela, viene acompañado de una propuesta de masculinidad. De las clases populares, particularmente del mundo de los oficios y los artesanos, el autor alimenta la idea de que la virilidad se construye con el esfuerzo físico constante y disciplinado del trabajo en el taller. En una constante alusión a la vestimenta y el uniforme del artesano y el obrero, identifica rasgos de masculinidad en el rechazo a las delicadezas de la vida de las clases acomodadas.

Ya sea como una estrategia de control de cara al miedo a una movilidad social confusa o desmesurada o por genuina convicción, Cuéllar forja una noción de masculinidad que se separa por completo de los excesos y los adornos de las sociedades aristocráticas y, en ese sentido, es consecuente con los ideales políticos democráticos de la modernidad. En su obsesión por el retrato del espacio citadino de la ciudad de México, indica sobre el paseo elegante de la Calle de Plateros que, “mientras [...] no veamos diariamente cruzar mil blusas en vez de cien levitas, mil obreros en vez de cien pollos ociosos, no tenemos esperanza de remedio” (94). Curiosamente, su evaluación de la situación del progreso nacional está en directa relación con la indumentaria masculina, no sólo porque esta represente las labores diarias de sus ciudadanos, sino también sus deseos y aspiraciones más profundas.

Quizás los ideales políticos de igualar las diferencias sociales fueron los que construyeron de manera más o menos estable una visión de la virilidad que, al menos, rechazaba cada vez más los excesos y los adornos de las clases acomodadas y entendieron este rechazo como un valor moralmente positivo específicamente masculino. En *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano (1990), la ya mencionada fórmula de inversión de valores evidentes por los que se encontraban ocultos, en la confrontación de dos personajes antagónicos, deja claro el interés del autor por destacar unas características que

inicialmente resaltan como indeseables. En este caso se trata de la sobriedad, el carácter sombrío y la ausencia de belleza física e interés por los afeites del héroe romántico.

A las ya mencionadas características antagónicas de los dos personajes que se han enumerado a lo largo de este ensayo, se suman otras que son de carácter puramente estético y que describen sus características físicas y el cuidado de su indumentaria. El galante comandante Enrique Flores, que termina por ser un farsante y traidor a la República, se presenta como un “gallardo, buen mozo”. Se construye como un personaje “de maneras distinguidas” (11), cuya “fisionomía era tan varonil como bella; tenía grandes ojos azules, grandes bigotes rubios, era hercúleo, bien formado”. Además, se añade sobre su vestimenta que “todo lo que se ponía le caía maravillosamente, de modo que era el dandy por excelencia del ejército”. Para completar el retrato, por si no fuera suficiente, se indica que era un hombre “garboso...y aún algo vanidoso” (13).

Estas características de belleza masculina se presentan como unos valores apreciados por todos, incluso en el marco del ejército. “El coronel era el tipo más acabado del gentleman. Había querido que sus oficiales fuesen semejantes a él, y había llegado a reunir en su cuerpo una pléyade escogida de dandys. El único con quien estaba descontento era Valle” (33). La prosopografía de Fernando Valle es la más clara antítesis de la belleza tradicional masculina en la estética europea. Se dice que era “de cuerpo raquítico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas” (14). Estas características revelan lo que podría ser un claro desdoblamiento del propio Altamirano quien, como Juárez, era de origen indígena y perteneció a los círculos más influyentes de poder político y cultural del país. Altamirano además participó en la guerra apoyando a la facción liberal durante los años turbulentos de la Reforma y la Intervención. Su personaje Valle también iba “siempre vestido con su uniforme, cuidadosamente aseado, pero sin lujo” (19).

El comportamiento aparentemente errático pero finalmente virtuoso que caracteriza a Fernando Valle y que ya se ha estudiado con profundidad hasta ahora, deja claro que el modelo de masculinidad que propone Altamirano es el de un hombre que no procura el cuidado de su imagen personal ni se siente atraído por los afeites y el adorno. Aunque es un

personaje cuidadoso y orientado al orden, como parte de una disciplina moral, el placer estético que guía la vida emocional de Valle ya se encuentra en la profundidad de su vida interior. Encuentra la belleza en el objeto de su amor y en el natural contemplativo de su carácter romántico, siempre escondido detrás de una actitud sobria. La preocupación por la propia apariencia, en este código, es asociada con el gusto por el placer y los lujos, así como la necesidad de ascender socialmente que termina revelando el carácter hipnotizador y socialmente hábil de Enrique Flores.

En ese sentido, un hombre que está dispuesto por luchar por principios morales rectos y, particularmente, por los principios de igualdad social y libertad de los hombres del republicanismo mexicano, es uno que no se quiere hacer destacar como Fernando Valle. Y la clave de que estos valores son asociados con una masculinidad republicana y no son carentes de una especificidad de género, la da la actitud ambigua del personaje de Clemencia frente a la apariencia de los soldados y a su propia vanidad. Clemencia se acerca a Valle en un interés que oscila entre la estrategia por provocar celos al galante Flores y una efectiva originalidad de su personalidad, que percibe algo de interés en el sombrío comandante. En todo caso, el narrador justifica las inclinaciones banales de la joven, aludiendo a su naturaleza femenina. “Juzgaban como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organización especial. Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad” (41).

La estética de la voluptuosidad romántica y su exaltación de la juventud sin duda nutren este discurso sobre la feminidad. Sin embargo, las palabras de la propia Clemencia a este respecto permiten iluminar mejor esta visión. Como en una estrategia en la que se asoman de a poco los intereses profundos del temperamento de Clemencia, cuando su amiga Isabel le pregunta si está enamorada de Valle, su respuesta proyecta una clara idea en torno a la masculinidad y la belleza. “No he amado nunca, porque no he encontrado jamás el alma a la altura de las cualidades físicas, y sería triste para mí amar a una bella estatua. ¿Pues no hay bastante belleza con la de la mujer? Yo busco en el escogido de mi corazón la fuerza, la energía, la inteligencia y la elevación de sentimientos: todo eso he creído entrever en Fernando” (107). Enumerados así los valores y con la ulterior develación de las

verdaderas identidades de Fernando Valle y Enrique Flores, queda claro que el interés de Altamirano es el de enarbolar un ideal de masculinidad basado en la rectitud moral y el heroísmo carente de todo interés por la imagen propia que trascienda los afeites.

El personaje de Enrique Flores, en su papel de traidor, termina por verse asociado con el bando opositor de los protagonistas de esta novela romántica: los franceses y los reaccionarios. Así, los rasgos de su imagen, toda su galantería, su belleza y el carácter más o menos suntuoso de sus cuidados personales, se entienden como los rasgos aristocratizantes de un Antiguo Régimen que son perversos porque están orientados, como Flores, al hedonismo y a la corrupción moral. La belleza como una cualidad personal es ahora entendida como parte de la virtud femenina, puesto que refuerza un discurso antiquísimo de su delicadeza y no carga con la responsabilidad de la organización de los quehaceres políticos en la esfera pública. En sus teorizaciones, Simmel (1988) explica que “el hecho de que la moda exprese y subraye a un tiempo la tendencia a la igualación y la tendencia a la individualización, el gusto por imitar y el gusto por distinguirse, explica quizás por qué las mujeres son, en general, más proclives a seguirla” (41). En su lógica, la mayor sujeción o restricción de las libertades, entre más débil la posición, es mayor la necesidad de hacerse distinguir a través de códigos socialmente aceptados. Esto significa que la conquista democrática de libertades políticas y sociales exclusivas para los hombres fue la que provocó el desinterés por su imagen ante el panorama de libertades reales. Esta visión del fenómeno de la moda como una actividad de interés femenino es congruente con la lectura de Bard (2005) sobre el pantalón. Aunque con éste vienen el poder, los privilegios y las prerrogativas, su uso implica la renuncia a la experiencia estética de la moda como un espacio de libertad individual. En todo caso, lo cierto es que la aparición de la imagen de un hombre austero en su imagen, definido por la sabiduría popular como “feo, fuerte y formal”, es característico de los valores del mundo moderno, acaso porque en el nuevo esquema de valores marcado por la igualdad y las libertades de los individuos, su principal herramienta de distinción es la de su propio trabajo.

Para Lipovetski (1990) la moda es una de las características de las sociedades liberales del capitalismo tardío. Sin duda, el periodo aquí analizado corresponde un capítulo inicial de esa historia moderna en México, en que los elementos discursivos de la

organización política y social contemporánea se encontraban apenas en conformación, dejando asomar algunas consecuencias en las aspiraciones de los sujetos. En este capítulo se aborda cómo éstas toman forma en los cuerpos y las vestimentas. Los retratos literarios que aquí se aprecian dan cuenta de las distintas impresiones de los testigos de un cambio en los valores, así como de sus principales preocupaciones. Por un lado, se encuentra el miedo a la pérdida del decoro que algunos miembros de las clases dominantes consideraban como parte de su responsabilidad social y cultural y, por otro, se encuentra el miedo al afeminamiento de los hombres como producto del discurso de libertades individuales. Y aunque, como se ha dicho, los más férreos liberales respondieron a esas preocupaciones propugnando un modelo de masculinidad de sobriedad apropiado con los ideales políticos de igualdad, hay que reconocer la forma en que éste se encargó de ir diluyendo las marcas no occidentales de cultura popular y de etnicidad, difundiendo una cultura republicana específica. Independientemente de esto, queda claro que tanto el temido afeminamiento de las élites, consolidado con el escándalo del baile de los 41 a finales de siglo, como los rasgos estéticos de etnicidad y las marcas culturales no occidentales, que prevalecieron en la estética posrevolucionaria, sobrevivieron a esta formulación de las clases dominantes.

CONCLUSIONES

Sería poco fructífero intentar clasificar en términos metodológicos el ejercicio de investigación que se ha concretado con este proyecto. Quizás tratar de alcanzar precisión metodológica distraería la atención del interés de cualquier investigación, que es la construcción de conocimiento. En este caso, el conocimiento aspirado es relativo a los cambios y permanencias de los discursos y las expectativas que se tienen de los hombres y de la masculinidad en el tránsito a la modernidad política y social de México tras la independencia. Así, se buscó indagar en los imaginarios de sus ideólogos, protagonistas de las discusiones públicas por la conformación política, social y cultural de la nación. Sin embargo, cabe llamar la atención sobre el carácter interdisciplinario del ejercicio de investigación, que aprovecha la literatura como un espacio en el que las élites letradas del nuevo país encontraron un territorio fructífero para imaginar sociedades e individuos que fueran consecuentes con sus ideales políticos, así como señalar las peligrosas consecuencias morales de mundos posibles en que los proyectos de sus adversarios se consolidaran.

La independencia de México significó la apertura a discursos modernos que desde tiempo antes circularon proponiendo la igualdad entre los hombres, la libertad de los individuos y su derecho a participar en la organización de su gobierno. Y aunque estas ideas se encontraban navegando en las circulaciones culturales transatlánticas desde el siglo XVIII, las transformaciones políticas de la independencia de México y el carácter público de las discusiones sobre el futuro de la nación dieron cuenta de que las consecuencias de estas ideas implicaban un cuestionamiento a las nociones de la organización social y el lugar del individuo en ésta. El período comprendido en esta investigación, que por la naturaleza de los textos estudiados recoge experiencias y aprendizajes de toda la primera mitad del siglo, en una lógica de larga duración, encierran en sí mismos momentos climáticos de la disputa entre dos formas de entender la organización política y el mundo social: las pugnas por la Reforma, el Segundo Imperio y la República Restaurada.

El estudio de los textos literario lleva consigo la responsabilidad de atender a la importancia y las consecuencias que las tradiciones discursivas de la creación estética tienen en la imaginación de los mundos creados por los miembros de las élites letradas del

México independiente. A menudo, estas tradiciones estéticas crecen y se desarrollan en función de o contribuyen de forma contundente a visiones del mundo que trascienden el terreno de las artes. Así, por ejemplo, la estética romántica hizo mucho por consolidar en los imaginarios modernos la importancia dada a las personalidades individuales en el pensamiento liberal. En México, por ejemplo, el carácter arrojado y heroico de las sensibilidades románticas contribuyó a la construcción de un nacionalismo muchas veces bélico, como lo hizo de muy distintas formas en otras latitudes. El discurso de observación social del realismo, que generaría a lo largo del mundo occidental crónicas detalladas de la movilidad social del mundo moderno, pronto desarrolló un arte de la clasificación de los vicios sociales que se convirtió en un naturalismo, en perfecta sintonía con regímenes políticos positivistas.

Además de esto, estudiar el texto literario permite trascender la barrera aparentemente infranqueable de la historia política para acceder al estudio de la masculinidad. La premisa de que la historia económica y política es una historia, de hecho, protagonizada por hombres, a menudo genera la ilusión de que las expectativas sociales y culturales en torno a la masculinidad permanecieron estables mientras éstos tomaban decisiones que podían tener toda clase de consecuencias, pero no cambiaban su constitución como sujetos masculinos. El estudio de la cultura y sus productos permite trascender esa ilusión y acceder a la forma en que hombres comprometidos con ideales de transformación política entendían su papel en el marco de los cambios aspirados.

La idea de que la creación literaria es un terreno dominado por hombres puede dar una vuelta de tuerca en la medida en que se reconoce que sus obras dan cuenta de deseos y aspiraciones. Aunque realizar un estudio de la concepción del individuo en la cultura es un lugar común, entenderlo desde una perspectiva relacional y detenerse a reconocer los intersticios en que los grandes creadores se separan de las mujeres, discriminan sus características frente a las de ellas, así como a las de otros hombres que deben ser rechazados mediante mecanismos de autoridad, ilumina el carácter inestable de la masculinidad y su constante transformación. Acercarse a la literatura realizada por los protagonistas de las discusiones públicas por la conformación política del país contribuye a desarrollar una narrativa histórica entendida con mayor o menor preponderancia como una

historia cultural y de la representación, como una historia de las ideas políticas y sociales, así como una historia intelectual, pero sobre todo marcada por el interés de desarrollar una historia crítica de la masculinidad.

Con el interés de dar mínimos pasos hacia ese objetivo, a lo largo de este ensayo se han tratado de recuperar lecturas críticas de la modernidad, lecturas acaso clásicas de filósofos, sociólogos, historiadores como Habermas (1997), Anderson (1993) Elias (1982), Bourdieu (2003;1998), Giddens (1992), Agulhon (1997), Lipovetski (1990) y Simmel (1988). Estas lecturas, que dan sentido a varios fenómenos de la transformación moderna del mundo Occidental, ayudan a iluminar distintos aspectos de la conformación de la personalidad del individuo que parecen entrar en disputa en el marco de las transformaciones políticas y sociales: el manejo de las finanzas personales, la administración de los sentimientos y emociones y el cuidado de la imagen personal. Si la gran historia política y económica es protagonizada por hombres, entonces las teorías sobre las transformaciones históricas más amplias deberían de ayudar en algo a explicar los cambios en las expectativas de masculinidad del mundo moderno, dando luz a la forma en que los discursos de libertad, igualdad y democracia entraron en discusión en el México independiente.

Además, tratar de entender las transformaciones en las expectativas y el papel de los hombres en los discursos modernos implicó evaluar las críticas que, desde una perspectiva feminista o con una mirada de género, pusieron en duda las lecturas *mainstream* de la modernidad, señalando la medida en que dejaron de lado los efectos de las transformaciones culturales más amplias en los espacios de las mujeres o en la concepción de lo femenino. Críticas como las de Dore (2000), Pateman (1996), Fraser (1997), Jamieson (1999) y Bard (2005), permitieron iluminar la forma en que se han entendido las grandes transformaciones políticas y culturales de la modernidad y revelar su carácter relacional. Contextualizar todas estas ideas en el marco del nacimiento de la modernidad mexicana y de la turbulencia política que significó el siglo XIX, así como entender el potencial que tienen para desarrollar una narrativa histórica de cómo las grandes convulsiones de la historia tradicional desestabilizan las nociones de masculinidad, creando cambios y continuidades, es una tarea complicada que queda incompleta en este ejercicio de investigación.

El estudio de los textos y la forma en que las ideas políticas de sus escritores y sus representaciones literarias entran en relación, revelan un profundo cuestionamiento por el papel del hombre en la estructura social y en el marco de su familia. Analizar la importancia que tiene el dinero en el papel masculino de proveedor permite reconocer una tensión entre una concepción de la estructura social en que la caridad y la preocupación por el otro tienen un papel preponderante y una nueva visión de individualista que, aunque promueve la igualdad, constriñe el gasto y desatiende al prójimo. Del estudio sobre la dimensión emocional se puede reconocer la ansiedad de la clase letrada de que las nociones de libertad promuevan la profusión de emociones descontrolada sin ningún compromiso social. Finalmente, atender la descripción de los personajes masculinos y su vestimenta ha permitido ver cómo esas ansiedades se reflejan en un miedo al afeminamiento y la pérdida de las reglas de propiedad.

En términos generales, este ensayo ha apuntado a la forma en que estas tensiones ven nacer un modelo de masculinidad propio de las sensibilidades burguesas que, en atención a un discurso de libertades individuales e igualdad entre los hombres, se inclina hacia el autocontrol, la moderación y el esfuerzo como mecanismos de estabilidad social. Esto significa la aparición de un discurso de masculinidad más constreñido, en el que el hombre es apreciado por ser más contenido en el manejo de su gasto y sus finanzas, más sobrio, menos expresivo de sus sentimientos y menos preocupado por su apariencia personal. Cabe, sin embargo, preguntarse si estos discursos de masculinidad moderna, que apelan a sensibilidades burguesas, tuvieron las consecuencias esperadas en el discurso y las actitudes sociales, o si las ansiedades y preocupaciones de estos escritores por el desborde y el afeminamiento no eran infundadas.

La estética decadentista de fin de siglo apunta, sin duda, a que los ideólogos del liberalismo mexicano pudieron hacer muy poco por apelar a sensibilidades de moderación y esfuerzo frente a las promesas de lujo y de movilidad social que la modernidad ofrecía. En su estudio sobre el famoso Baile de los 41, Irwin (2011) indica, de forma contundente, que los protagonistas de dicho escándalo fueron los mismos hombres de clase alta que promovieron la construcción de lazos fraternales e idealizaron el progreso de la nación. La aparición del movimiento modernista latinoamericano apela sin duda a sensibilidades más

sofisticadas que aquellas de la moderación burguesa que personajes como Cuéllar o Altamirano promovieron. Acaso estas sensibilidades nunca fueron capaces de apelar suficientemente a la virilidad de las clases populares. Al contrario, aquí habría que apuntar a la forma en que el modelo de sobriedad masculina enarbolado por los valores republicanos contribuyó al desdibujamiento de los rasgos populares de la personalidad masculina, en un contexto de diversidad étnica y cultural.

La Revolución Mexicana vino sin duda a transformar este panorama. Las experiencias bélicas pero, sobre todo, las demandas sociales de los movimientos campesinos y obreros que tuvieron cabida en el marco de éstas, denunciaron una cuenta pendiente del primer liberalismo mexicano con las clases populares. La forma en que los discursos sobre masculinidad se situaron en el marco de esta crisis finisecular, la lectura que los circuitos de producción artística posrevolucionaria hicieron de esa masculinidad decadentista de fin de siglo y la manera en que forjaron un nuevo discurso nacionalista de masculinidad ligado a las clases obreras y campesinas, son cuestiones que quedan en el tintero de esta investigación.

Finalmente, este estudio espera, con sus limitaciones, contribuir al interés por escribir un primer capítulo de la historia de la masculinidad en México, que revele las ansiedades, los cambios y las permanencias que la profusión de discursos en torno al futuro del México independiente significaron para los hombres y el lugar que creían que debían tomar en la sociedad. Así como este estudio pone un especial énfasis en el proceso de independencia como un proceso larga duración de cara a los albores de la modernidad en México, el trabajo de Domínguez-Ruvalcaba (2007) sobre modernidad y nación hace especial hincapié en el discurso colonialista para entender la centralidad de la masculinidad en la retórica nacionalista. Su trabajo, sin embargo, inicia cronológicamente en el porfiriato, dejando a un lado los momentos de crisis y descontrol que marcaron la historia de gran parte del siglo XIX en México. El análisis aquí presentado invita a repensar este período de convulsión política como uno que desestabiliza y genera incertidumbre en torno a las estructuras de la realidad social, ofreciendo potencialidades para el estudio de las conexiones entre el gobierno, las masculinidades, la cultura y la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Agulhon, Maurice (1997), “Reflexiones sobre la imagen del burgués francés en vísperas de 1848: Monsieur Prudhomme, Monsieur Homais y Monsieur Bamatabois”, *Historia Social*, núm. 29, pp. 73-87.
- Altamirano, Ignacio Manuel (1990), *Clemencia*, Bogotá, Editorial Norma.
- Alvarado, María de Lourdes (1999), “La prensa como alternativa educativa para las mujeres de principios del siglo XIX”, en Pilar Gonzablo (coord.), *Familia y educación en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, pp. 267-285.
- Anderson, Benedict (1993), *Comunidades Imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bailey, Peter (1982), “Custom, capital and culture in the Victorian music hall”, en Robert D. Storch (ed.), *Popular Culture and Custom in Nineteenth Century England*, Londres, Croom Helm, pp. 180-204.
- Bard, Christine (2005), *Historia política del pantalón*, Madrid, Tusquets Editores.
- Bobadilla Encinas, Gerardo (2009), *Estudios sobre la literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas*, Madrid, Editorial Pliegos.
- Bourdieu, Pierre (2003), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1988), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Brown, Matthew (2010), “Soldiers and Strawberries: Questioning Military Masculinity in 1860s Colombia”, *The Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 87, núm. 6, pp.725-744.
- Butler, Judith. (1997), “Merely cultural,” *Social Text*, núm. 52/53, otoño-invierno, pp. 265-277.
- Connell, R.W. (2003), *Masculinidades*, México, UNAM/PUEG.
- Connell, R.W. (2000), *The men and the boys*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press.
- Cuéllar, José Tomás de (2013), *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, (Selección, edición, introducción y notas de Belem Clark de Lara), México, Summa Mexicana, Dirección General de Publicaciones del Consejo General para la Cultura y las Artes.

- Cuéllar, José Tomás de (2007), *Ensalada de Pollos*. Obras II. Narrativa II, (Edición crítica, prólogo y notas de Ana Laura Zavala Díaz), México, UNAM.
- Domínguez-Ruvalcaba, Héctor (2007), *Modernity and the nation in Mexican representations of masculinity. From sensuality to bloodshed*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Dore, Elizabeth (2000), "One step forward, two steps back", en Elizabeth y Maxine Molyneaux (eds.), *Hidden histories of gender and the State y Latin America*, Londres, Durham & London, Duke University Press.
- Elias, Norbert (1982), *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Enrigue, Alvaro (2013), *Valiente clase media. Dinero, letras y cursilería*, México, Editorial Anagrama.
- Farge, Arlette (1991), "La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía", *Historia Social*, núm. 9, invierno, pp. 79-101.
- Fraser, Nancy (1997), "Pensando de nuevo la esfera pública. Una contribución a la crítica de las democracias existentes", en *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá, Editores Siglo del Hombre, Universidad de los Andes, Facultad de Derecho.
- García Peña, Ana Lidia (2006), "Esposas y amantes ante la reforma individualista", en Guadalupe Gómez-Ferrer, Gabriela Cano, Dora Barrancos y Asunción Lavrin (coord.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Isabel Morant (dir.) Vol. III. Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Editorial Cátedra, pp. 609-632.
- Ghirardi, Mónica. (2013) "Amor de pareja y prejuicios. Córdoba, Argentina, en la transición del antiguo al nuevo régimen", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de Mexico, pp. 221-244.
- Giddens, Anthony (1992), *The transformation of intimacy: Sexuality, love and intimacy in modern societies*, Stanford, Stanford University Press.
- Goffman, Erving (1977), "The arrangement between the sexes", *Theory and society*, núm. 4, vol. 3, pp. 301-331.

- Gómez Galvarriato, Aurora y Emilio Kourí (2010), “La reforma económica. Finanzas públicas, mercados y tierras”, en Erika Pani (coord.), *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*, México, CIDE, FCE, Conaculta, INHERM, Fundación Cultural de la Ciudad de México, pp. 62-119.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar (2007), “Afectos e intereses en los matrimonios en la Ciudad de México a fines de la colonia”, *Historia Mexicana*, vol. 56, núm. 4, pp. 1117-1161.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Verónica Zárate Toscano (2007), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México.
- González Stephan, Beatriz (2010), “Héroes nacionales, Estado viril y sensibilidades homoeróticas”, en Ana Peluffo e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.), *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, pp. 23-58.
- Habermas, Jürgen (1997), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- Haine, W. S. (1998). *The world of the Paris café: Sociability among the French working class, 1789-1914*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Illades, Carlos (2005), *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Infante Vargas, Lucrecia (2005), “De lectoras y redactoras: las publicaciones" femeninas" en México durante el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen III. Publicaciones periódicas y otros impresos*, México, UNAM, pp. 183-194.
- Irwin, Robert McKee (2011), “Century of Mexican Homophobia. The Mexican Revolution and the Famous 41”, en Charles B. Faulhaber (ed.), *1810–1910–2010 Mexico's Unfinished Revolutions*, Berkeley, Bancroft Library, University of California Press, pp. 77-88.
- Irwin, Robert McKee (2010), “Homoerotismo y nación latinoamericana: patrones del México decimonónico”, en Ana Peluffo e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.), *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, Madrid,

- Iberoamericana, Vervuert, pp. 209-226.
- Jamieson, Lynn (1999), "Intimacy transformed? A critical look at the 'pure relationship'", *Sociology – The journal of the british sociological association*, vol. 33, núm. 3, pp. 477-494.
- Kroen, Sheryl (2004), "A political history of the consumer", *The Historical Journal*, vol. 47 núm. 3, pp. 709-736.
- Lempérière, Annick (2003), "Versiones encontradas del concepto de opinión pública. México, primera mitad del siglo XIX", *Historia Contemporánea*, núm. 27, pp. 565-580.
- Lipovetsky, Gilles. (1990). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Medina Peña, Luis (2010), "México: una modernización política tardía e incompleta". En *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*, en Erika Pani (coord.), México, CIDE, FCE, Conaculta, INHERM, Fundación Cultural de la Ciudad de México, pp. 21-61.
- Meyerowitz, Joanne (2008), "A history of 'gender'", *The American Historical Review*, vol. 113, núm. 5, pp. 1346-1356.
- Molloy, Sylvia. (2012). *Poses de fin de siglo. Desborde de género en la modernidad*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, Editora.
- Molloy, Silvia (2001), "Sentimentalidad y género. Notas para una lectura de Nervo", en Rafael Olea Franco (ed.) *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, pp. 263-274.
- Montaldo, Graciela (2010), "Hombres de multitud y hombres de genio en el *fin-de-siècle*", en Ana Peluffo e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.), *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, pp. 123-144.
- Montero Sánchez, Susana A (1996), *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*. México, Plaza y Valdés, Programa Universitario de Estudios de Género PUEG, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos CCYDEL.
- Mosse, George Lachmann (1996), *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*,

- London, Oxford University Press.
- Núñez Becerra, Fernanda (2011), “Mujer y matrimonio civil vistos por las Leyes de Reforma”, en Celia del Palacio Montiel (coord.), *México durante la Guerra de Reforma. Tomo II. Contextos, prácticas culturales, imaginarios y representaciones*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 139-154.
- Olea Franco, Rafael. (2011), “La Quinta Modelo de Roa Bárcena en el debate cultural”, en Celia del Palacio Montiel (coord.), *México durante la Guerra de Reforma. Tomo II. Contextos, prácticas culturales, imaginarios y representaciones*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 289-310.
- Olea Franco, Rafael. (2003). “Imágenes francesas en la literatura mexicana del siglo XIX.” *Iberoamericana*. Vol. 3. No. 9. pp. 135-145.
- Pani, Érika (2001), “‘Diez pesos a un zapatero le doy si sabe coser la boca de mi mujer...’: Las mujeres del Imperio en la prensa satírica”, en Susanne Iglar y Roland Spiller (eds.) *Más nuevas del imperio. Estudios interdisciplinarios acerca de Carlota de México*. Madrid, Iberoamericana, Vervuert, pp. 15-26.
- Pateman, Carole (1996), “Críticas feministas a la dicotomía privado/público”, en Carme Castells (comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Buenos Aires, Paidós, pp. 31-52.
- Pérez Monroy, Julieta (2005), “Modernidad y modas en la Ciudad de México: de la basquiña al túnico, del calzón al pantalón”, Anne Staples (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México. Pilar Gonzalbo Aizburú (dir.). Tomo IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, pp. 51-80.
- Pérez Vejo, Tomás (2008), *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México, ENAH, INAH.
- Pérez Vejo, Tomás y Marta Yolanda Quezada (2009), *De novohispanos a mexicanos: retratos e identidad colectiva en una sociedad en transición*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Perrot, Phillipe (1994), *Fashioning the bourgeoisie. A history of clothing in the nineteenth*

- century, Princeton, Princeton University Press.
- Picatto, Pablo. (2003). "Jurados de imprenta en México: el honor en la construcción de la esfera pública, 1821-1882" en Paula Alonso (coord.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Roa Bárcena, José María, (2006), *La Quinta Modelo*. México, Premià editora, Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Sánchez Prado, Ignacio M. (2010). "Nación y castración: *El Bachiller* de Amado Nervo" en Ana Peluffo e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.), *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, pp. 275-288.
- Scott, Joan Wallach (2008a), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Joan Wallach Scott, *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 48-74.
- Scott, Joan Wallach (2008b), "Unanswered questions", *American Historical Review*, vol. 113, núm. 5. pp. 1422-1430.
- Simmel, Georg (1988), "La moda" en Georg Simmel, *Sobre la Aventura. Ensayos filosóficos*, España, Ediciones Península, pp. 26-55.
- Sobrevilla Perea, Natalia (2011), "From Europe to the Andes and back: Becoming 'Los Ayacuchos'", *European History Quarterly*, vol. 41 núm. 3, pp. 472-488.
- Soley-Beltran, Patricia, y Beatriz Preciado (2010), "Abrir posibilidades. Una conversación con Judith Butler", *Lectora: revista de dones i textualitat*, núm. 13, pp. 217-239.
- Sommer, Doris (1991), *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, Los Angeles, University of California Press.
- Suárez de la Torre, Laura (2005), "La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (coords.), *La República de la Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen III. Publicaciones periódicas y otros impresos*, México, UNAM.
- Vázquez, Josefina Zoraida y José Antonio Serrano Ortega (2010), "El nuevo orden, 1821-1848", en Erik Velásquez García *et al.*, *Nueva Historia General de México*, México D.F., El Colegio de México, pp. 397-442.

Weber, Max. (1980), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México: Premio Editora.

Zakim, Michael (2003), *Ready-made democracy. A history of men's dress in the American Republic, 1760-1860*, Chicago, The University of Chicago Press.